



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**ASPECTOS DE LA CRÍTICA SOCIAL EN
SIETE ARTÍCULOS DE MARIANO JOSÉ
DE LARRA**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA

Omar Serrano García

Asesora

Dra. Leonor Fernández Guillermo

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX. 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

“Te amé siempre.
Desde antes.
Tú desde siempre estabas en mi sangre
y en el alma de todas las cosas que he querido...”
Rubén Bonifaz Nuño

“en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas
veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me
ahorqué y siempre fue de pereza.”
Mariano José de Larra

AGRADECIMIENTOS

Aunque resulte trillado, es imposible agradecer a todas las personas que—directa o indirectamente— han contribuido a que este proyecto—que parecía interminable— culmine. En primer lugar quiero, y debo, agradecer a mis padres: Virginia García Moreno e Hilario Juan Serrano, porque sin su apoyo incondicional jamás habría llegado siquiera a la licenciatura. Infinitas gracias.

En segundo lugar, quiero agradecer al hombre que siempre ha sido un ejemplo, un apoyo y, sobre todo, un sabio que no necesitó de educación “formal” para ser un hombre íntegro: mi abuelo, Jesús García Roldán. Abue, nunca podré pagarte todo lo que has hecho y— seguramente— seguirás haciendo por mí.

No puedo dejar de agradecer a la Universidad Nacional Autónoma de México, por ser mi segunda casa y la institución que me abrió, desde mis años de CCH, las puertas de la cultura. Una cultura inmensa que ni siquiera había imaginado. Además, dentro de mí—y lo digo con inmenso orgullo, porque la considero mía— universidad conocí a profesores entrañables, quienes, con el paso del tiempo puedo llamar amigos: la Doctora Leonor Fernández Guillermo, pues sin su valiosa y paciente colaboración esta tesis jamás habría sido terminada. Al Doctor Ignacio Díaz Ruiz, extraordinario amigo, profesor y, sobretodo, tutor académico y de vida. Doctor, por todo, muchísimas gracias. A la Licenciada Eva Núñez Alonso, gran amiga mía, quien me ofreció la oportunidad de conocer la maravillosa experiencia de ser docente dentro de la UNAM. A Pável Granados, gran escritor, pero sobre todo, gran amigo, por ser mi guía en el fascinante mundo de la creación literaria. Pável, muchas gracias por tu amistad y tus conocimientos, siempre estaré en deuda.

Finalmente, quiero agradecer a todos mis amigos—universitarios y no— que me han acompañado y apoyado a lo largo de mis buenos y malos momentos: Iván Quintanar y Aarón Sánchez, mis mejores amigos, el primero desde la prepa; el segundo en la licenciatura. Amigos, ustedes han sido hermanos que han estado allí cuando los necesité y siempre puedo

hablar con ustedes de cualquier tema entre risas y alegría. A Raquel Torres y Sandra Martín, mis mejores amigas dentro de la Facultad, quienes siempre me brindaron su apoyo y orientación, así como palabras alentadoras en momentos difíciles. A mis amigos de la AMC— mención especial a Guevara, David, Diego y Bryan— quienes, de un modo u otro, ayudaron a labrar este proyecto.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1.	Contexto histórico y social (1800-1840).....	9
	1.1 Vida y obra de Mariano José de Larra	12
	1.2 La sociedad de su tiempo.....	16
	1.2.1 La economía	17
	1.2.2 La educación.....	21
	1.2.3 Los libros y la lectura	24
2.	Obra periodística: los artículos	26
	2.1 La crítica	28
3.	La crítica en los artículos periodísticos	32
	3.1 Ironía y sátira.....	32
	3.2 Influencias literarias.....	39
	3.3 Los temas de la crítica	46
	3.3.1 Falsedad-Apariencias.....	48
	3.3.2 Costumbres.....	65
	3.3.3 Educación.....	75
	3.3.4 Honor-Orgullo.....	85
	3.3.4 Religión	93

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La primera vez que leí a Mariano José de Larra (1809-1837), cursaba mis primeros semestres de la licenciatura. Desde que comencé a leerlo quedé muy asombrado e intrigado; hasta ese momento, en mi vida de lector, nunca antes había encontrado un escritor tan ameno, de estilo desenfadado, pero, a la vez, con un afán didáctico. Larra pretendía, como más tarde lo supe, enseñar deleitando. Al menos en mí (y estoy seguro que en muchos lectores más) lo logró. Me fascinaron de tal modo las anécdotas, los juegos de palabras, el recurso de autoproyección, los personajes y ambientes que retrata (posteriormente comprendí que todos estos recursos servían a uno mayor: la ironía) que decidí leer sus *Artículos Varios*. Conforme avancé en la lectura de este autor español, considerado uno de los románticos más representativos, pude notar una curiosa paradoja: algunos de los temas, así como las ideas expresadas en ellos, eran realmente desesperanzadores; se percibía una voz —la del propio Larra— que se quejaba, mientras que exteriormente parecía reír. El trágico final de su vida (suicidio), así como su visión desesperanzada dejan percibir una huella visible en sus últimos artículos. Larra siempre expresó su punto de vista, generalmente contrario a la opinión popular, e invitaba a sus compatriotas a reflexionar sobre su propio proceder mediante artículos repletos —la mayor parte— de humor e ironía.

A tal grado llegó mi interés en los artículos de Mariano José de Larra, que comencé a desarrollar, a lo largo de la licenciatura, diversos trabajos en torno a su obra. Finalmente, decidí elaborar como tesis un estudio de los recursos que utiliza, como la sátira, la burla, la caricatura, la parodia, etc... todas ellas puestas al servicio de una mayor: la ironía. Considero que una lectura crítica del autor es muy necesaria, en estos tiempos (de crisis en muchos ámbitos, desde el social, el político, el económico, etc.), pues los problemas y las situaciones que Larra crítico, a casi doscientos años, siguen siendo temáticas vigentes. Una nueva lectura, o relectura en su caso, podría generar nuevas perspectivas del problema para poder lidiar con

asuntos que aquejaron a hombres de otro tiempo, pero que, por la similitud de circunstancias, podría ser nuestro contemporáneo.

Estudio los siguientes artículos: "Empeños y desempeños" (1832), "El casarse pronto y mal" (1832), "El castellano viejo" (1832), "El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval" (1833), "Vuelva usted mañana" (1835), "Un reo de muerte" (1835) y "El duelo" (1835). En cada uno de los textos, me enfoco a frases o párrafos concretos donde la ironía exalta el pensamiento de Larra; con ello pretendo catalogar los tipos de ironía, así como su función dentro de la crítica del autor. Es decir, en general usó la ironía como medio para criticar; no obstante, hay ocasiones muy puntuales en cuyo caso la utilizó como fin en sí mismo, únicamente con el objetivo de ridiculizar ya situaciones, ya personas.

Por lo tanto, resalto esas ocasiones donde se utilizó la ironía como fin, que es un poco atípico, para demostrar la grana capacidad de manejar la ironía pues la maneja a su gusto: si quiere, la hace tan fina y disimulada que pasa inadvertida para un lector novel o la arroja procazmente contra su objetivo.

El contenido del presente trabajo se organiza en tres capítulos: el primero, aborda el contexto histórico y social, donde ofrezco un panorama de la sociedad española durante los primeros años del siglo XIX, un país en medio de su Guerra de independencia y acosado por la amenaza de una invasión napoleónica. Además, expongo las consecuencias internas de estos acontecimientos en la economía y la educación, para revisar, después, la situación de los libros y la lectura, y, por supuesto, de los periódicos. Con esto pretendo dar un referente orgánico del tiempo en el que vivió nuestro autor.

En el segundo capítulo, trato de la obra periodística en general, de Mariano José de Larra; qué tipo de periodismo se practicaba en su época y sobre los temas que abordó este autor. Además, observo y comento cómo utilizó la crítica en sus artículos y las características de sus textos, por las cuales no se le considera un costumbrista prototípico.

En el último capítulo, "La crítica en los artículos periodísticos", me enfoco en los recursos que utiliza para realizar dicha crítica: la ironía y la sátira, principalmente, a las cuales también dedico un apartado (el 3.1) a manera de marco teórico. Tras estas reflexiones previas, analizo la ironía –tipo, identificación y función —en torno a cinco motivos que aparecen en

los artículos seleccionados: la falsedad-apariencias, las costumbres, la educación, el honor y el orgullo, y la religión. En cada uno de los apartados he intentado resaltar la manera como nuestro autor empleó la ironía para generar una crítica, en general bastante sutil, de manera que fuera mejor aceptada por los lectores.

Las costumbres, las apariencias y la educación son los principales apartados de mi trabajo. A estos temas dedicó Larra muchos de sus artículos y expuso su punto de vista al respecto. En ellos y, en buena medida, mediante el uso los recursos mencionados, es notoria la influencia que ejercieron en él escritores españoles, como Quevedo, Vélez de Guevara y Feijoo, y franceses como Boileau y Jouy.

1. CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIAL (1800-1840)

Ofrecer un contexto, en el caso de Mariano José de Larra, resulta primordial puesto que es un escritor cuyos textos están siempre imbuidos del panorama de su época; es decir, respondía constantemente, a través de sus artículos, a la situación política, pero sobre todo a la social.

El momento histórico por el que atravesaba España. Para el año 1800, las tropas francesas, al mando de Napoleón, estaban en una campaña expansionista muy fuerte por toda Europa. En el país ibérico, reinaba Carlos IV, cuyo régimen político, el Antiguo Régimen, enfrentaba una profunda crisis por varios motivos: el descontento general del pueblo que no aprobaba su manera de dirigir al país, la creciente amenaza que representaba una invasión del ejército francés, y la crisis económica. Lo anterior, culminó en 1808, cuando un grupo de amotinados obligaron a la abdicación del rey y a la renuncia de Manuel Godoy, el ministro.

En 1809, el país sufría graves conflictos tanto internos como externos. La nación se encontraba en el apogeo de la guerra independentista. Con la entrada de las tropas napoleónicas —cuyo fin último era imponer a José I, hermano de Napoleón, en el trono español, lo cual se justificaba por la abdicación tanto de Carlos IV como de su sucesor Fernando VII—, el país se dividió en dos grandes fracciones: los españoles que aceptaban la imposición de José I y quienes se oponían al “rey intruso”. Las palabras de Vicente Palacio resumen muy bien esta etapa de la historia:

la tensión antiguo régimen-liberalismo fue más violenta y prolongada, porque el factor nacionalista se disoció del liberalismo, y porque la Iglesia y el Estado liberal chocaron desde los inicios, [...] siendo precisamente la política eclesiástica motivo de grave confrontación ideológica, a la que se sumaba la distinta interpretación de la historia española, de la tradición anclada para algunos en el pasado inmutable, y de la renovación modernizadora proyectada por otros hacia el futuro.¹

¹ Vicente Palacio. *Nosotros los españoles: una breve historia de España*. Barcelona, Planeta, 1991, p. 173.

Para 1813, y tras la firma del tratado de Valecay entre Napoleón y Fernando VII, se dio por concluida la Guerra de Independencia. Un año más tarde, ocurrió la restauración de Fernando VII con lo que inició el primer periodo absolutista.

En 1820, el comandante Riego comenzó una insurrección, con la cual Fernando VII se vio obligado a aceptar la Constitución de Cádiz, donde se "propone una serie de cambios orgánicos en la sociedad civil que la hacen incompatible con el Antiguo Régimen: soberanía popular, división de poderes, supresión de la Inquisición y los señoríos, impulso de la desamortización eclesiástica"²: el resultado es la formación de un gobierno liberal y el inicio del trienio liberal.

La entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis, en 1823, comandados por el duque de Angulema, enviados por el rey de Francia, Luis XVIII, cuyo único propósito era restablecer el poder de Fernando VII, pues la sublevación de Riego lo había mermado. Así pues, las tropas francesas no encontraron oposición alguna para reinstaurar el gobierno absolutista: el resultado "muchos liberales tuvieron que exiliarse, mientras que en España se iniciaban diez años de brutal represión: la década ominosa."³

Además de la terrible represión por parte de la monarquía, también continuaron las persecuciones contra los liberales, por lo que la familia Larra tuvo que mudarse constantemente de residencia: de Correlo a Madrid; luego a Valladolid para regresar, nuevamente, a Madrid en 1826.

Otra clara manifestación del absolutismo ocurrió en 1827 en una confrontación conocida como la Guerra de los Agraviados, en la cual algunos ultrarrealistas consideraban desacertadas las decisiones del rey, pues veían que no favorecían a sus propios intereses. El levantamiento concluyó con una sangrienta represión.

Por esa época, el rey había presentado graves problemas de salud por lo cual se había empezado a pensar, ante su muerte, quién podría ocupar el trono. Al no dejar hijos, el poder pasaría a su hermano Carlos. Así nos lo narra Vicente Palacio: "Fernando VII no dejaba hijos ni hijas de sus tres primeros matrimonios. Las expectativas de sucesión recaían, por tanto, en

² Carlos Blanco Aguinaga (coord.) *Historia social de la literatura española (en lengua castellana) II*, Madrid, Castalia, 1987, p.92.

³ Felipe B. Pedraza y Remedios Rodríguez. *Las épocas de la literatura española*, Barcelona, Ariel, 1997, p. 200.

su hermano don Carlos, que se había caracterizado políticamente por una posición muy hostil a cualquier clase de concesiones liberales.”⁴

Sin embargo, tras su cuarto matrimonio con su sobrina María Cristina de Nápoles, en 1829, engendró una hija; pero ésta no podía suceder en el trono, a menos que se reinstaurara el orden tradicional, lo cual había sido planteado, pero aún no promulgado, en las Cortes de 1789. Siguiendo los intereses propios de mantener el trono para la familia, el rey firmó el 29 de marzo del año siguiente la Pragmática Sanción. Su hija Isabel II podría reinar a la muerte de su padre.

En 1833 ocurre lo inevitable: la muerte de Fernando VII. A pesar de los movimientos políticos para conservar el trono, no pudo evitar los enfrentamientos posteriores: “La muerte del rey en setiembre [sic] de 1833 dejó a España a las puertas de una confrontación civil entre los absolutistas, que apoyaban a su hermano don Carlos, y los liberales, que defendían los derechos sucesorios de Isabel, su hija.”⁵ Ambas partes tenían respaldo, por lo tanto la guerra carlista comenzó: “la causa de don Carlos estaba respaldada por la alianza de Münchegraetz, que era algo así como el acto epigonal de la Santa Alianza [...] la causa de Isabel II encontraba el apoyo de Inglaterra y de la Francia del rey Luis Felipe de Orleans.”⁶

1834 es otro año crucial para la vida política y cultural que le tocó vivir a Larra; es ahora cuando hay un masivo regreso de exiliados debido a la promulgación del Estatuto Real. Con esto muchos exiliados vuelven nutridos de las ideas más liberales de los otros países europeos, donde entraron en contacto con nuevas formas de pensamiento y con los principales exponentes del romanticismo europeo, que en esas naciones estaba en pleno apogeo.⁷

Desde el comienzo de la Guerra de Independencia hasta inicios de la guerra carlista, España sufrió importantes transformaciones sociales, Pedraza Jiménez las enlista: “Desaparecieron instituciones tan enraizadas como la Inquisición (abolida por José Bonaparte, por las cortes de Cádiz y definitivamente en 1834), las órdenes militares (1813),

⁴ Vicente Palacios, *op. cit.*, p. 188.

⁵ Felipe B. Pedraza, *op. cit.*, p. 201.

⁶ Vicente Palacios, *op. cit.*, p. 189.

⁷ Irónicamente, la intención de alejar a los intelectuales y progresistas del pensamiento liberal al exiliarlos, resultó contraproducente pues al emigrar, mayoritariamente a Francia e Inglaterra, entraron en contacto con las ideas ilustradas muy aceptadas en aquellos países; de modo que, a su regreso, pudieron difundirlas mediante su pluma en casi todo el país.

los mayorazgos (1820) y la meseta (1836), y se puso fin a la acumulación de bienes en manos de la Iglesia y las órdenes religiosas (desamortización)."⁸

En 1835 (con la quema de conventos y fábricas en Barcelona y la matanza de frailes) Mendizábal tomó el control del gobierno, cuya política comprendió algunos de los intereses de la burguesía, por lo cual varias de sus reformas estuvieron encaminadas al beneficio de esta clase. Habrá todavía, al menos durante el siguiente lustro, múltiples revueltas y amotinamientos de inconformes con el gobierno progresista.

En 1836, se decretó la desamortización —otro gran movimiento a favor de la burguesía— pues la Iglesia ya no podía acumular bienes. Durante estos años, la guerra carlista continuaba; los carlistas, que habían sufrido importantes descalabros, trataron de expandir el área geográfica que abarcaban, ya que de no hacerlo su derrota era inminente. Por tal motivo, realizaron campañas al mando de los generales Guergué y Gómez, trataron de atacar por la retaguardia a las tropas enemigas, pero fracasaron. Finalmente, este año se anularon las elecciones, en las cuales Larra había sido electo para procurador en las Cortes (uno de los últimos golpes desesperanzadores); además, se restableció la Constitución de 1812.

1.1 VIDA Y OBRA DE MARIANO JOSÉ DE LARRA

Alrededor de 1809, año en que nació Mariano José de Larra, España enfrentaba graves conflictos políticos y sociales. El 24 de marzo, en un edificio en el centro de Madrid, vino al mundo el escritor, hijo de don Mariano de Larra y Langelot, médico al servicio del ejército francés y de María Dolores Sánchez de Castro. Desde pequeño, Larra tuvo que trasladarse constantemente de ciudad, debido a la filiación política de su padre, quien era partidario de Napoleón.

A los tres años, la familia se fue a Valencia; a los cuatro, a Burdeos, donde vivió por menos de un año para residir, por último, en París, donde permaneció más tiempo por cuestiones laborales del padre. Para 1813 (aproximadamente) el pequeño Larra inició sus estudios en un colegio francés.

Esta etapa infantil resulta, a mi modo de ver, fundamental para que Larra pueda “absorber” el espíritu ilustrado del país galo. Aunque varios críticos señalan el increíble

⁸Felipe B. Pedraza, *op. cit.*, p. 201.

impacto que generó la estancia en aquel país en Mariano José, la mayoría⁹ concuerda en que se desconocen, casi completamente, los hechos trascendentes que allí pudieron sucederle. Es decir, hay un gran hueco de información, sin embargo, es evidente que allí se plantó la semilla que haría germinar al famoso escritor.

Cuando el futuro crítico volvió a España, en 1818, casi había olvidado su lengua materna. Ingresó en el colegio de San Antonio Abad, donde hizo estudios elementales y secundarios. La familia volvió a mudarse en 1820 a Corella. Allí residió hasta 1822. En un colegio de esta zona, tradujo la *Ilíada*, redactó una *Gramática castellana* y escribió en verso una *Geografía de España*. En 1823, ingresó en el colegio Imperial de los jesuitas, en Madrid, nueva residencia de la familia.

Durante la Década Ominosa (1823-1833), Larra fue perfectamente consciente de todo el acontecer político y social del momento; quizás por su educación francesa o por su genio innato adelantado a su época, comprendió muy bien el contexto de su país, lo que le permitió hacer críticas severas en sus artículos satíricos.

Dos años después, comenzó a estudiar leyes en Valladolid. En 1827 frecuentó diversos círculos literarios; publicó sus primeros poemas, que pasaron inadvertidos quizá por su escaso valor literario. Un año después, publicó el primer número del periódico *El Duende satírico del día*, del cual fue el único redactor. Allí dejó testimonio de su peculiar estilo crítico y satírico.

Para 1829, el joven de veinte años contrajo matrimonio con Pepita Wetoret. El acontecimiento es muy importante, puesto que Larra reflexionará, un par de años después, sobre la costumbre de casarse tan joven, en su artículo "El casarse pronto y mal", de rasgos evidentemente autobiográficos.

Juan Bautista Montes, en su cronología sobre la vida de Larra, apunta algo que ningún otro crítico consultado resalta: en el año de 1830 ocurre una revolución burguesa en Francia; el hecho llama particularmente mi atención, recordemos la primera educación francesa de Mariano José de Larra; sin duda alguna, siempre estaba pendiente de lo que acontecía en otras naciones europeas— que él consideraba ejemplos a seguir para España— principalmente Francia e Inglaterra. Fue en Francia donde influyeron en él las ideas

⁹ Tanto Juan Bautista Montes, Evaristo Correa Calderón, Francisco Umbral y Alejandro Pérez Vidal concuerdan en que la información de sus primeros años es prácticamente nula.

ilustradas, a través de las cuales observaría a su país años más tarde. Esta revolución burguesa fue la clara demostración del triunfo de una clase “inferior” sobre la clase política. En el libro *Historia social de la literatura española* se aborda la influencia de Francia sobre algunos escritores españoles, Larra entre ellos, por supuesto. Muy probablemente, este auge de la clase media (a la que pertenecía Larra) lo impulsó a publicar sus primeros textos con la esperanza de contribuir al cambio de orden político y social que se gestaba en su nación.

Fue en 1830 cuando surgió el periódico *El pobrecito hablador*, del cual sólo aparecieron cinco números y en cuyas páginas se encuentran sus mejores artículos costumbristas, pues llevó a la cúspide el manejo de la ironía. De 1832 a 1835 divulgó, en diversos periódicos, más de ciento cincuenta artículos. Hacia 1833, dio a la luz pública, con el seudónimo de *Fígaro*, diversos escritos, algunos de índole política (en contra del carlismo, por ejemplo) y otros de crítica teatral, en *La revista española*.

En este mismo año, inició relaciones con Dolores Armijo¹⁰, una mujer casada. Para la mayoría de los estudiosos, ella fue la principal causa de su suicidio. En 1834 rompió definitivamente con su esposa. También estrenó su obra *Macías* y publicó su novela *El doncel de don Enrique el Doliente*. Asimismo, colaboró en *El observador*.

En 1835 participó en la *Revista mensajero*, atravesó por una profunda crisis personal debido a una ruptura con Dolores. Viajó por varios países europeos; en París, gracias a su amistad con el embajador de España, el duque de Frías contactó con los principales escritores románticos del momento: Víctor Hugo, Scribe, Nordier. En diciembre de ese año regresó a España; para entonces, era un escritor consagrado. Prueba de ello fue la publicación, en tres tomos, de sus artículos.

En 1836, inmiscuido en la política, Larra fue electo procurador; sin embargo, jamás logró ostentar el cargo porque las elecciones fueron anuladas. En cuanto a su labor literaria, firmó sustanciosos contratos con los periódicos *El mundo* y *El redactor general*, diarios conservadores, lo cual desató brutales críticas de sus enemigos. En los últimos dos artículos de este año, se da noticia de la profunda desesperanza de Larra.

Finalmente, en febrero de 1837, tras un encuentro con Dolores Armijo, quien le informó su deseo de romper toda relación, Larra acabó con su vida al pegarse un tiro. La vida

¹⁰ Los críticos difieren en cuanto a la fecha exacta del comienzo de su tormentosa relación. Para Alejandro Pérez Vidal, ésta comenzó a finales de 1830 o principios de 1831; sin embargo, Juan Bautista Montes considera que fue en 1833 cuando se inició.

de este autor es sólo reflejo de quien tal vez sea uno de los más destacados representantes del romanticismo español, por la visión adelantada a su época. Muy pronto se percató del mal rumbo que llevaba España debido al mal manejo de su política, a sus costumbres retrógradas y al temor a nuevas ideologías. Con humor, autocrítica y reflexión atacó problemas que aún resultan actuales. Debo agregar que, sin quererlo, Larra pasó a representar el perfecto hombre romántico dominado por sus pasiones; sin embargo, su formación era muy ilustrada y racional, no así su vida privada. Luis Iglesias: “Larra no es un romántico, o al menos no lo fue durante la mayor parte de su vida. Su formación fue la neoclásica [...] y, si evolucionó, nunca parece haber asumido del todo las ideas del movimiento.”¹¹ Hay que aclararlo: ¿Larra fue un romántico? Sí y no. Lo fue en su vida privada, en cuanto a dejarse dominar por sus emociones, la añoranza de un pasado glorioso, y la visión desencantada de su país. En su obra, por el contrario, mostró un pensamiento ilustrado: capacidad crítica en todo momento, instó a usar la razón por encima de todo (costumbres, creencias), conocimiento enciclopédico. Por tanto, en nuestro autor se mezclan perfectamente ambas corrientes: en Larra confluyen las dos vertientes: el espíritu romántico con un pensamiento ilustrado; por ello suele considerarse un escritor que marca el cambio de un movimiento a otro.

Considero que Larra reflejó su profunda crisis personal en varios artículos. Aunque mucho se ha criticado su afrancesamiento, incluso cuando vivía, pienso que tiene más influencia de escritores coetáneos (Quevedo, Vélez de Guevara, Feijoo, Cadalso, por mencionar a los principales) que de extranjeros; sin embargo, es innegable la repercusión de su primera educación en Francia.

1.2 LA SOCIEDAD DE SU TIEMPO

Al analizar los artículos periodísticos de Larra hay que percatarse de la gran capacidad de observación y análisis, tanto de individuos —cuyas descripciones son extraordinarias— como de grupos sociales —recordemos los calaveras— y de la sociedad española en su conjunto. Larra fue un agudo observador de la idiosincrasia¹² de los españoles. La conocía

¹¹ Luis Iglesias Feijoo en prólogo a *Obras completas de Fígaro: Mariano José de Larra. Tomo. I*, Madrid, Fundación José Antonio Castro, 1996, p. XV.

¹² El *Diccionario de la Real Academia* lo define así: “Del gr. ἰδιοσυγκρασία *idiosynkrasía* 'temperamento particular'. f. Rasgos, temperamento, carácter, etc., distintivos y propios de un individuo o de una colectividad.” Sin embargo, es muy curioso que la palabra aparece en los diccionarios hasta 1884 (es decir,

bien y era capaz de descubrir las peculiaridades más sobresalientes y, según él, nocivas para sí mismos.

No debe menospreciarse por ningún motivo la estrecha relación que mantenían en aquellos tiempos la sociedad y la literatura. Así lo confirma Derek Flitter:

La célebre fórmula de Bonald: ‘La littérature est l’expression de la société’ era a estas alturas [año 1835] ampliamente aceptada en Francia, y llevaba a los escritores no sólo a reflejar, sino también a procurar modificar a la sociedad contemporánea en su trabajo creativo. Larra usaba aquella afirmación como punto de partida para su valoración de la literatura española.¹³

Considero que la afirmación de Bonald sintetiza perfectamente el ideario de Mariano José de Larra, quien se muestra preocupado por la poca labor literaria en España —teatro principalmente— y la mala calidad de ésta, pues la considera un reflejo de la decadencia social. Para el mismo Flitter esto es uno de los legados más importante de Larra para el futuro de la crítica literaria y el periodismo ilustrado. Así lo afirma en su conclusión:

Entretanto Alcalá Galiano y Larra, en particular, legarían a la crítica española posterior una perdurable herencia. Su énfasis sobre los vínculos íntimos que unen la literatura a la sociedad contemporánea producirá considerables frutos en la década siguiente. Esto constituirá ciertamente el principal progreso de la crítica literaria española por el romanticismo liberal.¹⁴

1.2.1 LA ECONOMÍA

En la época en que escribió Larra, la economía tiene un papel muy importante no en su obra directamente, pero sí en la sociedad que ésta refleja. A principios del siglo XIX, la naciente burguesía comenzaba a ganar terreno en múltiples campos: la política, la educación y el comercio, principalmente. Como hemos visto, el principio del siglo XIX fue una época de muchos conflictos. Pedraza Jiménez lo considera un “Periodo esencialmente beligerante, de honda preocupación por la sociedad, los comportamientos y los textos antisociales no son

durante el periodo de actividad de Larra, esta palabra no figuró en el diccionario) en el *Diccionario usual*, la definición es la siguiente: f. Índole del temperamento y carácter de cada individuo, por la cual se distingue de los demás. Como vemos no hay gran diferencia de ayer a hoy.

¹³ Derek Flitter. *Teoría y crítica del romanticismo español*. Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1995. p. 102.

¹⁴ *Ibidem*, p.121.

más que un desplante, una forma airada de manifestar la preocupación por el porvenir colectivo.”¹⁵

Diversos factores, explicados más adelante, propiciaron un avance vertiginoso de esta clase que apenas veinte años después de su surgimiento, y que coincide con el momento cuando comenzó a escribir nuestro autor, vivía su mejor momento. Es evidente que la prosperidad económica de la clase media no ocurrió de un momento a otro. Esta principió, alrededor de 1760, cuando el mercado interno se desplazó del centro a la periferia; esto debido, en gran medida, a la libertad —oficialmente expedida en 1778— de comerciar con América (obviamente, los resultados no fueron inmediatos), lo cual propició “la inflación en los beneficios, los espléndidos resultados del comercio y la estabilización del cambio por una clase social que lo dirige y saca grandes provechos del mismo.”¹⁶ En resumen, durante los últimos treinta años del siglo, la creciente burguesía incrementó su poder adquisitivo de manera que para 1808-1814, años de turbulencia política, se recluía en sus casas pero “guardaban el oro de los beneficios obtenidos en el gran periodo de prosperidad de 1780-1804”.¹⁷ La pujante clase media veía, con el final del Antiguo régimen, el momento oportuno para acrecentar sus propiedades, escalar peldaños sociales y, debido a su poder económico, insertarse en los círculos sociales, anteriormente limitado sólo a los nobles. Todo esto fue posible gracias a la Constitución de Cádiz (1812), la cual establecía, entre otras cosas, la libertad de propiedad y de imprenta, la igualdad de los hombres ante el Estado, y el derecho a la propiedad privada. Esto propició el paso del Antiguo Régimen a una sociedad de clases. Con el empoderamiento de la burguesía, comenzó una serie de cambios de diversa índole — social, económica y política, primordialmente— en gran parte de las ciudades más importantes de España. En Madrid, la burguesía, con su afán de mostrar su cultura cosmopolita, empezó a usar los modos de comportamiento de países modernos como Francia e Inglaterra. El gusto por los grandes y ostentosos bailes, los convites, las grandes y opulentas celebraciones, así como una moral sexual más relajada fue la causa de la doble moral que tan agriamente critica Larra en sus escritos. Tal es la importancia del dominio de la burguesía durante las primeras décadas del siglo XIX.

¹⁵ Felipe B. Pedraza, *op. cit.*, p. 33.

¹⁶ Vicens Vicens. *Coyuntura económica y reformismo burgués*. Barcelona, Ariel, 1974, p. 25.

¹⁷ *Ibidem*. p.41.

Es importante mencionar un factor decisivo: para 1810, comenzaron los movimientos independentistas de muchas de las colonias españolas en América (proceso que culminaría aproximadamente en 1821), con lo cual el poco poder que conservaba la monarquía terminó más que desacreditado por los clasemedieros y el pueblo en general. Vicens Vives habla de las repercusiones, inmediatas y muy posteriores, de los conflictos en España:

...el país quedó arruinado, su hacienda deshecha y el comercio y la industria paralizados. España, que se había beneficiado [...] de su posición periférica respecto al centro de la vorágine guerrera creada por la Revolución francesa, chocó con la realidad de este conflicto al ser incluida en la aventura napoleónica. Empobrecieron su agricultura y desarticulaban su hacienda, a la par que el comercio periclitaba ante el corso y la industria sucumbía ante la escasez de numerario, la inseguridad de los tiempos y la irrupción en el mercado de productos extranjeros.¹⁸

Así pues, económicamente hablando, el reinado de Fernando VII resultó un rotundo fracaso; Milagros Rodríguez enlista las pérdidas: “perdió instituciones tan enraizadas como la inquisición, las órdenes militares, la meseta, los mayorazgos, la acumulación en manos de la iglesia y las órdenes religiosas, se perdieron [la mayoría de] las colonias...”¹⁹

Todos estas reformas, ayudaron a incrementar el ascenso de la clase media, que enemistaba cada vez más con los monarcas en turno por sus pésimas decisiones y manera de conducir la nación.²⁰ Sin embargo, fue la desamortización, promulgada por Mendizábal en 1820, el peor de todos sus movimientos políticos para contentar a la burguesía, ya que al poner en venta grandes propiedades que estaban en manos del Estado e Iglesia, los primeros compradores fueron esta clase, la cual incrementó—aún más— su capital y poder político. La situación económica y política era cada vez peor. Durante todo el reinado de Fernando VII:

España se movió en la fase de un periodo de contracción, mucho más acentuado que en el extranjero por el empeño de mantener una política movilista [...] cuya única salida había sido desde 1817 una deflación violenta y la paralización total de los negocios [...] En 1823, la situación se agravó considerablemente por el hecho de continuar el drenaje de la moneda

¹⁸ Vicens Vives. *op. cit.*, p. 19.

¹⁹ Milagros Rodríguez, *op. cit.*, p. 52.

²⁰ A pesar de no simpatizar con el modo de gobierno, accedieron a solventar las necesidades económicas de la corona, lo cual obligó al rey a ceder en sus decisiones siempre para beneficios de la burguesía, de tal modo que ésta era cada vez más allegada al trono.

fuerte española hacia Europa, pero sin el imperio colonial que antes era su manantial inagotable.²¹

Esto “generó una burguesía latifundista que vino a sumarse a la nobleza [...] La burguesía enriquecida se ennoblecó paulatinamente y lo mismo ocurrió con los altos mandos del ejército [enriquecidos, principalmente, por interceptar cargamentos con materia prima, cereales, principalmente, que debido a la inoperatividad del campo no podían cultivarse y tenían que ser contrabandeados por mar y tierra] de modo que perdieron el carácter radical que tuvieron en otro tiempo.”²² De tal manera, la crisis económica en la que se vio Fernando VII abrió el paso “auxiliador” a “filoliberales, enciclopedistas y afrancesados” y burgueses.

Hay que destacar, finalmente, el ingreso de capital extranjero. En el momento de bonanza económica, que Vicens sitúa de 1770-1804, los extranjeros aprovecharon para emprender negocios muy variados:

La cooperación con negociantes, fabricantes y técnicos extranjeros había sido moneda corriente en la ciudad durante el siglo XVIII. Sospechamos que, a raíz de la euforia económica de las dos últimas décadas del siglo, esta corriente se intensificó, dando lugar a la creación de importantes firmas comerciales francesas, italianas, inglesas e incluso norteamericanas.²³

De manera que cuando comenzó la Guerra Independentista en 1804. La mayoría de los negocios de nacionales se vinieron abajo, mientras que los extranjeros, con muchas dificultades, sobrevivieron y acapararon el mercado. Las palabras de Vicente Llorens resumen muy bien la importancia de la economía y de la pujante clase media durante este periodo: “La clase media, aunque débil todavía, irrumpe por primera vez en la vida pública del país, y ocupa puestos en el gobierno, la administración, las Cortes, el periodismo. No sin suscitar el desdén de la aristocracia.”²⁴

Aunque con este panorama general del contexto económico podemos comprender medianamente la situación que imperaba en la España que Larra reflejó, resulta interesante destacar el “origen” —según Gonzalo Anes— de la decadencia española, que nuestro autor tanto criticó y trató de superar. Para Anes, esto ocurrió aproximadamente en 1798, cuando

²¹ *Vicens Vicens, op. cit.*, pp. 20-21.

²² *Ibidem*, p. 53.

²³ *Ibidem*, p. 41.

²⁴ Vicente Llorens, *op. cit.*, p. 514.

los campesinos y los pequeños propietarios —en su periodo de bonanza y la creciente demanda de sus productos agrícolas— en lugar de utilizar sus recursos para industrializarse, lo invirtieron en más tierras o productos de importación, lo cual los dejó en una clara desventaja respecto de otros países avanzados como Inglaterra y Francia, por ejemplo. Gonzalo Anes explica: “La estructura de propiedad territorial, la amortización y el recrudescimiento del régimen señorial fueron la causa [...] de esa decadencia de la España interior y meridional...”²⁵ Vemos que en lugar de invertir para modernizar el proceso de agricultura, optaron por seguir comprando más tierras, lo que les costó muy caro cuando las batallas de la Guerra independentista arrasaron con todo el territorio, con lo cual se vieron impedidos para trabajar la tierra.

En conclusión, no debe subestimarse, por ningún motivo, el papel que desempeñó la economía en crisis para el surgimiento y ascenso de la clase burguesa española y el que, a su vez, ésta desempeñó en la obra de Mariano José de Larra.

1.2.2 LA EDUCACIÓN

Sobre el tema educativo a principios del siglo XIX, se pueden afirmar dos cosas: la Iglesia tenía intervención directa en la materia —pues el clero se encargaba de enseñar las primeras letras y suministrar material didáctico²⁶— y, segundo, el atraso que esto propició en cuanto a ciencia y filosofía, pues la Iglesia no permitía impartir doctrinas que cuestionaran sus principios. Por lo anterior, hubo intentos de establecer ante la ley la educación como obligatoria (al menos la educación primaria) que en ese entonces era muy limitada y de mala calidad.

²⁵ Gonzalo Anes. “Coyuntura e ilustración” en *Historia y crítica de la literatura española. Tomo IV Ilustración y Neoclasicismo*, coord. Francisco Rico. Barcelona, Grijalbo, 1993, p.58.

²⁶ Me refiero, desde luego, a la enseñanza al público de clase baja; es obvio que existían algunos colegios e instituciones privadas cuyo acceso era sólo para quienes tenían los recursos para solventarla.

Manuel Godoy (1767-1851), ministro de Instrucción de 1792 a 1798, fue el primero en intentar aplicar un modelo de enseñanza liberal en España —es decir que fuera universal, gratuita y a cargo del Estado—; por lo tanto, instauró, a modo de prueba, el sistema Pestalozzi, cuyo nombre deriva del pedagogo italiano que lo creó. Sin embargo, el modelo de prueba fracasó por falta de recursos y la terrible oposición de los conservadores. Para 1812, las Cortes de Cádiz permitieron establecer reformas al añejo y conservador sistema educativo; entre lo más destacado hay que mencionar la universalización de la educación, y la opción de instruirse a todo aquel que quisiera, sin necesidad de inscribirse; se exigió un carácter nacional en el proceso de enseñanza y, lo más importante, debía ser responsabilidad del Estado.

Lo anterior derivó en la redacción de un informe escrito por Quintana, conocido como el Informe Quintana²⁷ (1813), en el cual se estableció un complejo plan de estudios para la educación básica y secundaria, con el fin de que el alumno estuviera preparado para ingresar en nivel superior. Sin embargo, por el mal momento que se vivía fue prácticamente imposible para el estado subsidiar la educación; es más, el informe ni siquiera llegó a ser revisado, pues con la reinstauración de Fernando VII, se echaron abajo los cambios realizados durante su abdicación, con lo cual se comenzó a perseguir y exiliar a todos los hombres de pensamiento liberal. La Iglesia volvió a tener el control sobre la educación.

Así continuó el conservadurismo en la educación hasta 1821, cuando Riego se sublevó para obligar al rey a aceptar las minutas de las Cortes de Cádiz, con lo cual, durante tres años —trienio liberal— los liberales pudieron incidir directamente, aunque con ciertas limitantes, en educación y política. A pesar de esto, se encontraron con muchas dificultades para aplicar sus reformas: por ejemplo, la falta de maestros para instruir a la niñez y la inexistencia de medios económicos, debido a la pérdida de colonias y su proceso de independencia no contaban con recursos para financiar sus proyectos.

Para 1823, con la entrada de los Cien Mil hijos de San Luis, nuevamente restauran el poder de Fernando VII; los planes de los liberales se quedaron solamente en los papeles. Con esta reinstauración se comenzó con la “Década ominosa” (1823-1833), pues se reprimió

²⁷ Es un resumen de los trabajos de un grupo de diputados liberales para reformar la Ley General de Instrucción Pública. Debe su nombre a Manuel José Quintana miembro de la Junta de Instrucción Pública.

brutalmente cualquier idea liberal: eran censurados maestros, alumnos e inclusive libros. Se regresó al centralismo, al control ideológico y preeminencia de la Iglesia hasta la muerte del rey en 1833. Finalmente, la educación liberal puede realizar sus proyectos durante el reinado de María Cristina.

Ahora bien, quiero reflexionar brevemente sobre la importancia de la educación para los librepensadores, quienes comprendían la necesidad de reformar el pensamiento anquilosado de los españoles sobre temas tan importantes como las ciencias, la filosofía y las artes. Desde la Revolución Francesa el pensamiento ilustrado comenzó a permear toda Europa, con las ideas de igualdad, libertad y fraternidad:

Los hombres son libres y todos iguales. Y la superioridad la dará, en todo caso, la inteligencia. Entra así en crisis el antiguo sistema vital de lo político en lo social y, después, en lo artístico. Las ideas liberales en política tienen que chocar lógicamente con el academicismo reinante en el arte. Pero como los que hacen la política son también los que directa o indirectamente hacen el arte, éste se hace liberal.²⁸

Los españoles liberales sabían que la educación era uno de los pilares fundamentales para poder ascender socialmente; a quienes tenían una posición acomodada, económicamente hablando, el dinero les permitía preparación y una mejor y más completa educación a sus hijos, quienes podían, en un futuro, acceder a puestos políticos o burocráticos para los que estuvieran preparados. Con ello los intereses económicos y políticos de la clase burguesa estaban asegurados. Así lo confirman las siguientes aseveraciones:

En definitiva, la enseñanza media se proyectó como la mejor forma de asegurar el triunfo de la burguesía, es decir, de liderar y sostener la nueva sociedad en el poder. La del liberalismo. La solución para mantener la hegemonía de la burguesía pasó por crear un nuevo nivel de enseñanza secundaria impartida en un nuevo tipo de establecimiento, el instituto...²⁹

Sin duda, los liberales veían en la educación su acceso a la clase social más elevada, es por esto que algunos de ellos apoyaron la entrada e imposición de José Bonaparte al poder,

²⁸ Luis F. Díaz Larios, "Literatura y sociedad en el Romanticismo" en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 215, 1967, p. 410.

²⁹ Historia de la educación española en la primera mitad del siglo XIX, [en línea] consultado el 14 de julio de 2016 a las 11:36 am. <http://comentariossobrehistoria.blogspot.mx/2012/02/la-educacion-espanola-en-la-primera.html> No hay ningún titular o responsable de la publicación.

pues éste pretendía instaurar el sistema educativo francés, cuyo planteamiento iba *ad hoc* con los fines de éstos. Miguel Ángel de la Cruz opina al respecto:

En el punto de una reforma de la educación que permitiera la extensión de la misma a todas las capas de la población convergían los intereses de la burguesía liberal y del proletariado, a pesar de los diferentes objetivos que unos y otros planteaban a tal reforma. Para la burguesía liberal era imprescindible la extensión de la enseñanza para combatir el irracionalismo religioso y el poder institucional de la Iglesia sobre el aparato escolar y poder educar a las masas en su ideología progresista, en primer lugar; en segundo lugar, la progresiva tecnificación de los procesos educativos exigía una mínima cualificación de la fuerza de trabajo y [...] los partidos progresistas consideraban que una relativa participación de los trabajadores en la cultura favorecía el apoyo y la aceptación del pueblo a sus promesas de reforma y a sus proyectos políticos.³⁰

De este modo, comprendemos que la educación favorecía a la burguesía y a la clase baja; a unos más que otros indudablemente, pero ambas clases podían mejorar. Por lo tanto, podemos entender que los liberales vieran con buenos ojos los esfuerzos por una verdadera reforma educativa a nivel nacional.

1.2.3 LOS LIBROS Y LA LECTURA

Tras revisar el tema de la educación, pasemos a la situación de la lectura y los libros, sin olvidar, desde luego, el tema que nos atañe: los periódicos, donde Larra publicó sus textos.

Para 1800, la mayor parte de la población española era analfabeta (aproximadamente 94 por ciento) no obstante, no quiere decir que no fueran público consumidor de los contenidos impresos. Hay que recordar que existían congregaciones —ya fuera la hora del descanso, después de la comida o antes de dormir— donde alguno que supiera leer lo hacía en voz alta para deleite de los escuchas; de este modo, el gran público tuvo acceso a cuentos, fábulas y noticia del acontecer político de su momento.

Esto favoreció, en gran medida, la proliferación y el interés por los periódicos y en general por la lectura; aunado a esto, la inclusión de imágenes que complementaban el texto

³⁰ Miguel Ángel de la Cruz, *Panorama del pensamiento español en la segunda mitad del Siglo XIX*, [en línea] consultado el 14 de julio de 2016 del 2016 a las 11:52 am.
<http://platea.pntic.mec.es/~macruz/regenta/XIX.html>

aumentó la popularidad y el interés del público por la lectura. Por ejemplo, en 1809 se estableció en Valencia una librería, cuyo propietario era Mariano de Cabrerizo, uno de los más importantes editores de la época, que contaba con un salón para la lectura. En él se reunían, entre otros, Juan Nicasio Gallego, Ramón López Soler, Juan Arolas (importantes editores de la época) para discutir la situación política y de literatura. Podríamos considerarlo un inicio de las tertulias.

No hay que olvidar que también había gente con mayor poder adquisitivo que se interesó mucho por la colección de libros. Estas personas poseían pequeñas bibliotecas, con volúmenes variados y surtidos, gracias a que el proceso de edición de las obras se había hecho paulatinamente más asequible. Conforme avanzó el siglo los costos de producción de libros fueron disminuyendo —aunque también su calidad física— pero a la vez aumentó el número de lectores que para mediados del siglo XIX era ya más del 20 por ciento de la población. Con este incremento de la lectura también surgieron los gabinetes, que eran una especie de bibliotecas donde facilitaban libros, revistas y periódicos por una mínima cantidad. Incluso los prestaban a domicilio. Con todo esto, además de los folletines y las novelas por entregas, la lectura comenzó a ser un fenómeno creciente en la España de aquel siglo. Las tertulias literarias no podían faltar en este aumento de los lectores y escritores románticos; durante este periodo se fundaron algunas de las tertulias más importantes para el desarrollo y crítica de la literatura.

Sin embargo, fue en 1814 cuando se estableció oficialmente en Barcelona la Sociedad filosófica (1814- 1820), donde se discutían ideas innovadoras en cuanto a política y literatura; de aquí surgió la publicación *El Europeo*, periódico de índole ilustrada. Después se fundó *Los Numantinos* (1823-1825), donde se congregaban Ventura de la Vega, José de Espronceda, por mencionar los más sobresalientes. En 1827, José Gómez de la Cortina estableció en su casa una tertulia a la que acudían Bretón, Larra, Mesonero Romanos, etc. En 1831, surgió *El Parnasillo*, en las mesas del Café del Príncipe, donde se leía poesía y textos satíricos.

La importancia de estas congregaciones se debe a que en la mayoría de ellas se debatía de temas de filosofía, política, literatura y se discutían sobre las modas imperantes en otros países: probablemente, por una de estas asociaciones se tuvo noticia de la estética romántica

y las novedades editoriales francesas e inglesas, así como del pensamiento ilustrado propio de la Revolución francesa, que movería a los liberales españoles a tratar de reformar su anquilosado pensamiento. Además, muchas de las tertulias fueron germen de los periódicos de gran éxito durante este periodo, en ellas se gestaron importantes escritos y escritores.

2. OBRA PERIODÍSTICA: LOS ARTÍCULOS

Aunque la obra de Larra, como mencioné, abarca desde poesía, crítica literaria y muchas traducciones, es recordado principalmente por sus artículos periodísticos, cuyo tema central, al menos en los de mayor valor literario (a mi juicio), es la crítica de costumbres. Es muy importante la aparición del periódico como publicación semanal o, valga la redundancia, periódica (había semanales, mensuales, quincenales, bimestrales, etc.); creo que a veces esto se da por sentado, pero en el siglo XIX promovió un gran cambio cultural y social, inclusive económico. “La aparición del periódico favoreció la independencia definitiva del artículo frente a la noticia, el teatro o la carta. Y así abunda en revistas de la segunda mitad del XVIII como *El Censor* (1781-1787), *Correo de los ciegos* (1786-1791), *Diario de las musas* (1790-1791), *Minerva o el Revisor General* (1817).”³¹

Aunque ciertamente nuestro autor no fue el primer escritor costumbrista (tanto Eugenio de Tapia (1776-1860) como Sebastián Miñano (1779-1845), pueden considerarse “legítimamente entre los antecedentes nacionales; éste último escribió los *Lamentos políticos del pobrecito holgazán* (1820), titulados también *Cartas de un pobrecito holgazán*. Tanto por el pseudónimo como por la actitud satírica ante la política española parece ser un predecesor [directo] de Larra.”³² Pueden considerarse también a Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, con quien Larra va a “competir” pero “[Larra] introduce el picante de la sátira, lejos de la bonhomía y tono festivo que caracteriza a los demás. Así compone ya pequeñas obras maestras como ‘Empeños y desempeños’, ‘El castellano viejo’ o ‘Vuelva usted mañana’.”³³

Una de las características inconfundibles de nuestro autor es, según diversos críticos, la ironía y el humor que imprime a sus textos, con lo cual los hace más interesantes. Larra comenzó a escribir este tipo de textos a los diecinueve años cuando publicó su primer periódico *El Duende Satírico del Día*, en 1828, publicación que “reconocía desde el título su

³¹ E. Allison Peers, *Historia del movimiento romántico en España*, Gredos, Madrid, 1954, 2º tomo, p. 87.

³² *Ibidem*.

³³ Luis Iglesias Feijoo, *op. cit.*, p. XVIII.

entronque con una tradición anterior, la del ensayismo periodístico”.³⁴ Su duración fue de cinco números —de febrero a diciembre— y resalta porque Mariano José de Larra es el único redactor. A pesar de los muchos intentos por mantener la publicación de sus escritos, los problemas económicos y algunas disputas con los redactores de otros periódicos (José María Carnerero, principal redactor de *El Correo literario y mercantil*, el cual fue severamente criticado por nuestro autor³⁵), orillaron a Larra a dejar de publicarlo. Otro de los motivos pudo ser también la gran censura, pues estaba en plena Década Ominosa, período de gran persecución contra los liberales y fuerte represión a la libertad de expresión. Así nos describe la situación entre el periodismo y la censura Luis Iglesias Feijoo: “En la España fernandina, publicar sátiras era, desde luego, faena poco imaginable. Y, sin embargo, en 1828 Larra consigue iniciar la serie *El Duende Satírico del Día*. Estamos ante la primera prosa conocida de un joven principiante de dieciocho años, perspectiva vital que no conviene perder a la hora de juzgar la revista.”³⁶

Tras el relativo fracaso de su primera publicación, Larra se dedicó a escribir reseñas teatrales y crítica literaria. Cuatro años más tarde, en 1832, comenzó a publicar *El pobrecito hablador*, cuyos textos marcan la madurez de su crítica costumbrista y lo consagran como el gran escritor. De esta época provienen los artículos mejor conocidos como “El casarse pronto y mal”, “El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval” y “Un reo de muerte”.

Para 1833, era muy conocido en el ámbito cultural y periodístico, por lo tanto, fue invitado a colaborar en diversas revistas: En la *Revista Española*, donde se consagró su famoso seudónimo de *Fígaro* y donde publicó mayoritariamente críticas teatrales de gran calidad; colaboró además en *El Correo de las damas* y *El observador*. Su *Pobrecito hablador* calló para siempre en marzo de este año.

Para algunos, el motivo de la desaparición de su *Duende* fue la censura, puesto que no lo dejaban publicar, tan fácilmente, sus sátiras y críticas al gobierno en turno; además —apuntan otros estudiosos— de las influencias de Carnero, quien se cree que ayudó a sacar de

³⁴ Alejandro Pérez Vidal en Introducción a *Larra, artículos de costumbres*, Barcelona, RBA editores, 1994. p. XXIV. El autor apunta que el pseudónimo de “duende” ya había sido usado por Juan Antonio de Mercader en un periódico de 1761. Además el estilo de crítica practicada por Larra se observaba en *El pensador* (1752) y *El Censor* (1781).

³⁵ Parece ser que la polémica se inició cuando Larra criticó al *Correo* porque los únicos que lograban figurar en sus páginas eran amigos cercanos a los redactores, es decir, critica el proceso de selección para publicar en este diario. Cf. Alejandro Pérez Vidal, p. XXVI.

³⁶ Luis Iglesias Feijoo, *op. cit.*, p. XVIII.

circulación su periódico. Sin embargo, con *El Pobrecito Hablador*, Larra ya no debía preocuparse por la censura, pues era su editor Manuel Delgado, quien sorteaba este tipo de inconvenientes.³⁷ Así lo deja ver nuestro autor en diversos textos donde aborda la censura y aun la crítica. “Larra —nos dice Pérez Vidal— era sin duda consciente de tal significado de sus repetidas críticas, más o menos directas, [...] la censura era una institución capital de las monarquías del Antiguo Régimen, y enfrentarse a ella era oponerse frontalmente al Estado.”³⁸ Debo añadir, además, que el propósito del periodismo en Larra siempre estuvo muy claro:

su propósito consiste en denunciar las lacras sociales y proponer una común mejora colectiva, realizada por todos al unísono, porque ‘nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos.’ Esta es su verdadera profesión de fe que realiza al principio del número 13, basada en la firme creencia de que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres.³⁹

De hecho, el periodismo fue la puerta de acceso a la holgura económica, pues Larra fue de los primeros escritores que pudieron vivir exclusivamente de sus publicaciones. Así lo confirma Vicente Llorens: “En España, pocos pudieron sostenerse con su labor literaria, aun los dedicados al teatro. Larra, caso excepcional, gracias al periodismo, que en la época romántica pudo florecer como nunca, una vez desaparecidas las trabas anteriores.”⁴⁰

2.1 LA CRÍTICA

En sus artículos Larra dirige la crítica en dos vertientes principales: primero, el carácter individual, personal; es decir, ataque a individuos por ostentar ciertos “defectos” como el orgullo, la vanidad, el fanatismo religioso, lo cual es inherentemente a las tradiciones y a las costumbres que forman parte del carácter nacional de los españoles. Y segundo, el reflejo, mediante la crítica severa, de las problemáticas sociales de la España de aquel tiempo.

³⁷ El papel de los editores también es un tema de vital importancia. En muchas ocasiones lograron tener un papel tan preponderante como los mismos escritores y aún mayor. En general, ellos obtenían la mayor ganancia de la venta de los periódicos, libros, escritos.

³⁸ Luis Iglesias Feijoo, *op. cit.*, p. XVIII.

³⁹ *Ibidem*, p. XXIX.

⁴⁰ Vicente Llorens, “El escritor en la época romántica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, CX (1977), p. 525.

Larra siempre estuvo muy atento a su sociedad. Éste es, justamente, otro de los rasgos de un hombre ilustrado que procuraba una utilidad de la literatura. Joaquín Álvarez Barrientos dice sobre esto: “En estas obras [ilustradas] se encuentran claves de la literatura moderna del momento: interés por el bien de la sociedad, intención de ser realista y real, obsesión utilitarista de la literatura [...] que supone un compromiso del escritor con su entorno y sus lectores.”⁴¹

Todo esto lo encontramos en la obra de Larra, quien consideraba que su profesión de escritor debía usarla para educar, en la medida de lo posible, al pueblo. De tal manera, nuestro autor procuraba mostrar las malas actitudes de los españoles satirizando sobre ellas. En ocasiones, ofrece ejemplos concretos de estos defectos y del triste desenlace que pueden tener. En fin, trató de hacer conscientes a los españoles de su forma de ser y los defectos que ésta tenía. En este sentido, según Flitter, el germen de la obra de Larra se encuentra ya en la obra de Ramón López Soler (1806-1836), periodista un poco anterior a Larra, en cuya obra: “Junto a su visión cosmopolita de la estética romántica, existe [...] un arraigado deseo de abordar la esencia auténtica a través del estudio de la historia, literatura y costumbres del país.”⁴² Es menester agregar que Larra fue más allá, pues no sólo estudió dichas costumbres, sino que procuró cambiar las que consideraba nocivas, criticando y satirizando los defectos y vicios de la sociedad. Macías Picavea, habla sobre esta sociedad:

entre la muchedumbre de esto vicios morales que tienen corrompida la vida pública de España destacan algunos, verdaderamente, vitandos y dignos de la más severa reprobación de los hombres honrados: la informalidad en la conducta [“Vuelva usted mañana”], la perpetua contradicción entre los juicios y las obras [“El mundo todo es máscaras...”, “Un reo de muerte”. “Empeños y desemeños”], la falta de valor cívico.⁴³

Los vicios mayormente criticados (individualmente) la pereza, la soberbia (tratada como vanidad) —no es casualidad que sean pecados capitales— pero también criticó temas mucho más evidentes (colectivos) como el problema del rezago educativo, es decir la insuficiente y mala educación que recibían las nuevas generaciones por parte de sus padres, lo que generaba atraso e ignorancia, que eran, a su vez, la base del fanatismo. Como vemos,

⁴¹ Joaquín Álvarez. *Ilustración y neoclasicismo en las letras españolas*. Madrid, Síntesis, 2005, p. 232.

⁴² Derek Flitter, *op. cit.*, p.50.

⁴³ R. Macías Picavea. *El problema nacional*. Madrid, Fundación Banco Exterior, 1991, p. 151.

la relación entre temas individuales y colectivos es muy estrecha; no obstante, hay que distinguirlos.

Consideraba, además, que la única manera de combatir por completo estos defectos era con una educación bien cimentada desde los primeros años. Creía fervientemente en que el futuro de la nación recaía en las nuevas generaciones; aunque no por ello desistía de instruir al pueblo adulto, entre quienes se encontraban sus lectores. Además, el alma tan sensible de Larra parecía sufrir una decepción cada vez que criticaba alguno de estos vicios como la falsedad, la vanidad, el orgullo. Prueba de ello son sus frases tan citadas: “en cada artículo entierro una ilusión”, o, en otro de sus textos, al momento de ver en el cementerio de su corazón y hallar una lápida que reza: “Aquí yace la esperanza”.⁴⁴ Sin embargo, también estaba consciente de que la única forma de corregir estos defectos era evidenciarlos.

Aunque su crítica abarcó política y literatura, me centraré en la referente a los defectos individuales que afectan a toda la sociedad, cuyas páginas abarcan, a mi parecer, el contenido más interesante de su obra. Al estar interesado en educar al país, siempre encontró tela de donde cortar, puesto que hay costumbres muy extrañas y algunas que le parecen inclusive abominables. Para estudiarlo seleccioné cuidadosamente siete artículos que reflejan muy bien el arte de satirizar y la sutileza por parte de Larra. En estos podemos apreciar claramente la severa crítica que realiza contra defectos como la vanidad, la pereza el orgullo, etc. Además, reflexiona sobre otros tópicos comunes en los artículos seleccionados como el honor, las costumbres, las apariencias, la educación y la religión. Su opinión ayuda a completar un panorama general de la postura del autor. Cabe destacar, finalmente, que la postura de Larra es muy variopinta, puesto que en ocasiones ataca ferozmente un defecto moral, mientras que en otro artículo, aunque no lo apruebe del todo, por lo menos sí parece perdonarlo.

Uno de los rasgos característicos de la obra del español, además de su peculiar estilo, es la universalidad de sus temas, como he tratado de enfatizar. Si bien se enfocó a la clase media española del siglo XIX, los defectos y vicios que procuró corregir, pueden aplicarse al siglo XX, como pueden estar vigentes ahora. En este sentido Juan Goytisolo y Francisco Umbral escriben:

⁴⁴ Véase nota 129, p. 63.

Fíguro fue, ante todo, un hombre de su siglo, preocupado por los problemas de su país y el destino de sus compatriotas. Ello permite distinguirlo, de entrada, de aquella categoría de escritores intemporales, desvinculado del tiempo y de la sociedad en que vive. [...] Larra entronca exactamente con la línea opuesta —la del Lazarillo y Quevedo, Fernando de Rojas y Cervantes—, cuya imagen del hombre es siempre concreta, situada dentro de una perspectiva histórica, ligada de modo orgánico e indisoluble al medio social en que se desenvuelve.⁴⁵

Aunque sí es un hombre de su tiempo, sus opiniones y observaciones pueden universalizarse sin problema alguno, se aplican a diversos países y sobre todo a los hispanoamericanos. La pereza esbozada en “Vuelva usted mañana” puede observarse fácilmente en el México contemporáneo; la situación de “El casarse pronto y mal” se sigue repitiendo en muchas partes del mundo.

Me parece que Larra no debe encasillarse como “hombre de su tiempo” ya que, si bien los personajes, ambientes y situaciones que recrea son muy de su época, los motivos ulteriores, es decir, la corrección de ciertos vicios y defectos sociales es atemporal. Los vicios que Larra hostiga son universales, no sólo en determinada época y, menos aún, en determinados hombres.

⁴⁵ Juan Goytisolo y Francisco Umbral. “Presencia de Larra” en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española, Tomo V Romanticismo y Realismo*. Barcelona, Grijalbo, 1982, p.144.

3. LA CRÍTICA EN LOS ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

3.1 IRONÍA Y SÁTIRA

La ironía y la sátira representan dos conceptos de suma complejidad; Ricardo Navaz afirma que no hay un solo estudio general sobre la ironía romántica española, sólo en autores particulares (Larra, Espronceda, duque de Rivas, Alcalá Galiano, etc.). Esto representa un problema relativamente franqueable; sin embargo, conviene mencionar las reflexiones de Muecke, quien dice que la ironía es “como la niebla: huye de las manos cuando se le cree mejor sujeta. Previene así contra afirmaciones tajantes sobre su presencia o ausencia en un texto. Su condición escurridiza burla inesperadamente al que piensa haber dado con ella o, por el contrario, le permite manifestarse sorpresivamente cuando se niega su existencia.”⁴⁶ Aunque me parece fascinante la analogía, es necesario plantear algunas bases teóricas sobre estos conceptos para poder establecer en qué términos nos encontramos. Pere Ballart, reflexionando sobre ambos conceptos, dice:

el satirista es por esencia un militante que pone sus ficciones al servicio de un credo, mientras que el escritor irónico no debe nada a nadie y emite sus juicios sin el respaldo de una serie de verdades asumidas como tales [...] la sátira selecciona sus materiales y al hacerlo echa mano de la fantasía. Por el contrario, la ironía es coherente a la vez con un absoluto realismo del contenido y con la supresión de la actitud que podría tener el autor.⁴⁷

Considero que Larra no encaja a la perfección en ninguno de los rubros propuestos por Ballart; por el contrario, parece tomar un poco de aquí y un poco de allá. La dificultad de clasificarlo como ironista o satírico viene precisamente de la complejidad y diversidad de su obra. Esta dificultad surge, probablemente, de la pertenencia de Larra a cierto movimiento literario: en principio se le considera “a caballo” entre la Ilustración y el Romanticismo (creo

⁴⁶ Muecke citado por Ricardo Navas Ruíz. “El modo irónico y la literatura romántica española”, p. 3 [En línea] <http://www.biblioteca.org.ar/libros/88675.pdf> consultado el 17 de febrero de 2017 a las 10:40 p. m.

⁴⁷ Pere Ballart. *Eironeia*. Barcelona, Quedernus Crema, 1994, p.167.

haber dejado clara mi postura líneas arriba). Así lo confirman las palabras de Alcalá Galiano, en su introducción a *El Moro expósito*, del Duque de Rivas:

Cuál era el verdadero carácter de cada una de estas dos rectas [la neoclásica y la romántica] no es cosa fácil de averiguar, pues si bien los románticos y clásicos asientan ciertas bases, en que estriba el edificio de sus respectivas doctrinas, y señalan ciertos lindes entre los cuales deben estar encerradas, no puede dudarse que cada escuela reclama como suyas composiciones, que ni caen bien sobre los fundamentos de su propia teoría, ni caben en los límites a que la misma se ha circunscrito.⁴⁸

De tal manera, podemos observar la dificultad para encasillar a Larra dentro de una corriente determinada. Aunque no por ello podría afirmar que es un caso *sui generis*, pues para hacerlo necesitaría conocer toda la obra satírica, pero sí puedo afirmar que es un caso especial cuyas características no se acoplan a la perfección en ninguna de las corrientes literarias, lo cual revela un escritor multifacético, rico en matices, perspectivas y repleto de ironía. Es decir, me parece que Larra es ironista siempre y satírico a veces. No obstante, se inserta mucho mejor en la clasificación de Lia Schwartz, quien afirma:

Todo texto satírico es, en mayor o menor grado, problema por resolver, serie de intrincados conceptos, juego intelectual que exige un receptor dispuesto a entrar en las convenciones del juego. Pero la sátira se propone generalmente criticar seres y situaciones sociales que pertenecen a la realidad empírica, que existen fuera del universo literario de una obra de ficción.⁴⁹

En los escritos de Larra subyace un problema por resolver: ya sea un problema individual (el orgullo, la vanidad) o colectivo (la educación, la excesiva religiosidad), e inclusive, un problema que abarque ambas categorías (la pereza, la ignorancia); es decir, no se excluyen mutuamente. Sin embargo, en los artículos los pone en un solo personaje por diversos fines ya estilísticos, ya prácticos, pero con el objetivo último de que todos puedan identificar al personaje criticado. En este sentido, cabe apuntar la definición de Linda Hutcheon sobre la sátira: “la sátira es la forma literaria que tiene como finalidad corregir, ridiculizando, algunos vicios e ineptitudes del comportamiento humano.”⁵⁰ Así procede

⁴⁸ Prólogo de Antonio Alcalá Galiano a *El Moro Expósito* de Ángel Saavedra [En línea] http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/prologo-a-angel-de-saavedra-duque-de-rivas-el-moro-exposito-o-cordoba-y-burgos-en-el-siglo-xi--0/html/013e3138-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html consultado el 12 de febrero del 2017 a las 11:25 am.

⁴⁹ Lia Schwartz Lerner. *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*, Madrid, Taurus, 1984, p.22.

⁵⁰ Linda Hutcheon. “Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía” en Varios Autores. *De la ironía a lo grotesco*. México, UAM, 1992. p. 178.

nuestro autor. Su finalidad es corregir mediante el ridículo; por tanto, podemos llamarlo — como él mismo designó su primer periódico (*El Duende Satírico del Día*)— un satírico.

En otros textos, expresamente habla de males individuales (por ejemplo: la vanidad, en “El mundo todo es máscaras”, el orgullo en “El casarse pronto y mal”) o uno nacional, como la pereza en “Vuelva usted mañana”. Así, la crítica propuesta por Larra, surte especial efecto porque algunos lectores —¿quizá sin percatarse?— son los protagonistas de éstos; encuentran muy cercanos los ejemplos, las situaciones, los defectos. Larra no inventa situaciones, éstas están en la cotidianeidad española, sólo les incorpora recursos literarios y retóricos para tratarlos: las hiperboliza, las satiriza e ironiza; pero nada —o muy poco— inventa; todo lo que presenta al público es algo que conoce, le es cercano. Quizá este fue uno de los primordiales motivos de su popularidad. Sobre este procedimiento tan típico en Larra, Alma Amell comenta: “Larra [lo] usa para mantener cautivados a sus lectores, hacerlos participar en el desarrollo del artículo, para que cada cual reconozca en un momento dado sus propios resortes recónditos. El reconocimiento de uno mismo en lo que se ve y lo que se lee es la mejor garantía para no aburrir.”⁵¹

La sátira siempre implica una postura ante ciertos valores, ya sean sociales, políticos o personales; son reflejo de la ideología del autor sobre cada tema (que reafirman la propuesta por Ballart en sus aseveraciones sobre la sátira).⁵² Así nuestro autor ridiculiza en sus textos actitudes y tipos españoles, son estos mismos quienes se ven reflejados, pero en lugar de causar enojo o repudio (¿a quién le gusta que se burlen de uno?), afrontan la situación con humor irónico. Viviana Bermúdez comenta al respecto: “Larra se convierte en observador agudo de los tipos madrileños y los ‘desnuda’ con su humor mordaz, siempre inteligente. De este modo desfilan ante los ojos del lector, quien es invitado a entablar una relación dinámica con el autor, los personajes populares, sus miserias, corruptelas, groserías e hipocresías, nacidas al amparo de una sociedad viciada.”⁵³

⁵¹ Alma Amell. *La preocupación por España en Larra*, Madrid, Pliegos, 1990, pp. 80-81.

⁵² Pere Ballart, *op. cit.*, p. 167.

⁵³ Viviana Bermúdez. “La incesante disconformidad: Mariano José de Larra” [En línea] <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero42/inlarra.html> consultado el 14 de febrero del 2017 a las 10:57 .p.m.

La ironía, definida por el diccionario como “burla fina y disimulada”, es el arma predilecta de Larra para asestar sus críticas, puesto que esta fineza le da la opción de jugar de manera “disimulada” —aunque en varios artículos sus críticas son tan feroces como directas. Es decir, tira la pedrada y no esconde la mano.

Wayne Booth habla de varios tipos de ironía —que podrían equipararse a la clasificación que realiza Beristaín— y resalta los rasgos distintivos de la ironía en el proceso que Booth llama reconstrucción, es decir, el camino que se debe seguir para volver a construir el significado que oculta la ironía:

1) el lector advierte la incongruencia del significado literal y lo rechaza; 2) se buscan interpretaciones alternativas, racionales y conciliadoras para aplicar la anomalía (posibilidad de que se trate de un error, de una mala lectura...); 3) el lector toma una decisión sobre las creencias del autor y la encara con el enunciado en cuestión, de manera que, finalmente, 4) el lector se instala en un significado en el que se siente seguro.⁵⁴

Ballart realiza, además, una clasificación para identificar el estilo irónico de un texto como unidad por las siguientes vías⁵⁵: que el autor lo enuncie directamente, que algún epígrafe lo señale o que el texto proclame como falso una verdad evidente. Algunas de estas consideraciones servirán para interpretar mejor las frases irónicas de Larra. Finalmente, Ballart responde a la pregunta planteada por Booth ¿cómo saber si un texto es irónico? “siempre se sabe, pero eso que se sabe, como descansa en una estructura de supuestos y creencias (que produce los dos significados, el literal y el irónico) está sujeto a la discusión y a la revisión, como resultado de lo cual siempre se sabrá, aun cuando lo que se sepa sea diferente.”⁵⁶

Esta clasificación se asemeja a la que propone Navas Ruiz sobre los componentes de la ironía:

- a) Como figura de lenguaje, consiste en engaño [en latín *dissimulatio*] esto es, un proceso verbal por el que se significa algo distinto a lo que se dice.

⁵⁴ *Apud.* Pere Ballart, *op. cit.*, pp. 178-179.

⁵⁵ Aunque Ballart se apoya en diversos autores, al proponer la distinción entre ironía directa o estable e indirecta o inestable, la primera queda bien explicada; sin embargo, todo lo que no entra en ironía directa lo “encajona” en indirecta, con lo cual el mismo autor reconoce que “se interna en un terreno que sabe movedizo, unido a su inequívoca actitud al respecto...” Él mismo reconoce lo limitado de esta clasificación. Cf. Ballart, p. 181.

⁵⁶ Pere Ballart, *op. cit.*, p. 187.

- b) Como tropo, implica cambio de sentido. Se asimila a la alegoría, de la que pasa a ser una clase. Concepto muy popular en la Edad Media y el Renacimiento, aplicado a la interpretación de textos: lectura superficial frente a lectura profunda.
- c) Como estilo de vida y razonamiento, se encarna en Sócrates. Este posee la sabiduría bajo una apariencia tosca y argumenta fingiendo ignorancia para minar astutamente la seguridad del adversario.
- d) Como forma de ingenio, se acerca a la broma, el gracejo, el humor, la sátira. Identificación frecuente en los siglos XVII y XVIII.⁵⁷

Larra utiliza todos los anteriores.

Para Helena Beristáin, el objetivo de la ironía es la burla; al igual que Ballart y Booth, considera que el contexto es fundamental para entender plenamente el sentido irónico de algunos autores. Larra es un ejemplo claro de esto; al conocer su trayectoria de vida y profesional, podemos detectar las constantes *dissimulatio*; en la clasificación sugerida por Beristáin, la *dissimulatio* ocurre:

al sustituir el *emisor* un pensamiento por otro, oculta su verdadera opinión para que el *receptor* la adivine, por lo que juega durante un momento con el desconcierto o el malentendido, y el grado de evidencia semántica es menor porque se propone desenmascarar al adversario [...] lo que se disfraza es la opinión del contrario, generalmente mediante una fingida conformidad con él, con lo que más pronto se alcanza la comprensión deseada pues el grado de evidencia semántica es mayor.⁵⁸

En “El mundo todo es máscaras...” Larra utiliza, casi iniciando el artículo, la *dissimulatio* para referirse a un amigo:

Al llegar [cansado de buscar un tema para sus artículos] aquí arrojé la pluma despechado y decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese qué es lo que me está prohibido...⁵⁹

Larra oculta su verdadero pensamiento sobre los abogados para que el receptor lo adivine; lo que dice después *de por más señas* (“lo que basta para que se infiera si debe ser

⁵⁷Ricardo Navaz Ruíz, *op. cit.*, p. 4.

⁵⁸ Helena Beristáin. *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 1998, p. 278. Las cursivas son de la autora.

⁵⁹ Mariano José de Larra. *Artículos Varios*, ed. de Evaristo Correa Calderón. Madrid, Castalia, 2001, pp. 337-338. Todas mis citas referentes a los artículos de Larra proceden de esta edición.

hombre entendido”) debe tomarse en sentido contrario; sin embargo, reitero que el contexto es necesario para poder comprender cabalmente este recurso; no obstante, por si algún lector distraído pasara por alto esta ironía, nuestro autor ratifica su postura sobre los abogados (analizada más adelante) pero de manera directa. Además, la ironía deriva en lo humorístico, de lo cual se vale Larra para que sus juicios morales resulten mucho más sutiles y no parezcan severos discursos moralizantes. Pone en práctica el “enseñar deleitando”, pues seguramente pensó en el disfrute del público.

Conviene, además, retomar la palabra desde su origen griego: *eironeia*. Este concepto proviene del teatro griego donde aparecen dos personajes: Alazón, falso sabio y Eirón, falso tonto. Aquí, el segundo se considera alguien con muchas dudas, por lo cual interroga a su contraparte hasta lograr llevarlo a dudar de lo que antes estaba seguro de conocer. *Eironeia*, nos dice Elizabeth Sánchez: “hace referencia a una actitud lúdica y aparentemente ingenua de quien recurre a ciertos ardides para salirse con la suya y mostrar lo absurdo de los dogmas.”⁶⁰ Recordemos algunos de los principales temas de Larra: la crítica de las costumbres, de la religión, la pena de muerte y de los absurdos comportamientos de sus coetáneos.

Sócrates, uno de los grandes ironistas, “simulaba con los sofistas ser totalmente ignorante de las cosas que entre ellos dialogaban, motivo por el cual externaba dudas para que el interlocutor, que se consideraba conocedor, las resolviera.”⁶¹ Por esto, podemos equiparar, mesuradamente, a Larra con el ironista griego. Sete podemos considerarlo como un rasgo del Larra neoclásico: pues retoma a la Grecia antigua.

Primero, Larra manifiesta en algunos de los artículos esta “actitud lúdica y aparentemente ingenua” para mostrar lo absurdo de ciertas costumbres, por ejemplo, en “Empeños y desempeños”, donde finge desconocer el procedimiento de las casas de los prestamistas para empeñar y desempeñar los objetos; o bien en “El mundo todo es máscaras...” donde simula no saber cómo comportarse en un baile de sociedad, por lo cual debe “imitar” a los demás o seguir las enseñanzas de su amigo. Segundo, coloca su visión “ignorante” —generalmente cuando se enfoca en un sobrino o personaje extranjero— para

⁶⁰ Elizabeth Sánchez. *Ironía Socrática: incertidumbre y sabiduría*. Madrid, Plaza y Valdés, 2012, p.21.

⁶¹ *Ibidem*, p. 22.

poder incrementar su crítica. Este procedimiento llamó la atención de Francisco Umbral, quien analiza así los artículos larrianos:

Una idea y una historia. Con estos dos elementos arranca cualquier artículo de Larra. ¿Va a desarrollar una idea mediante una historia, mediante un ejemplo, va a hacer hablar a los habitantes de Madrid, a los animales de los fabulistas, a su criado, va a hablar él mismo, ese él que no es él, sino un narrador al que necesita de más edad (para evadirse de las críticas que formulará a los jóvenes de su edad)? ”⁶²

De tal manera, la ironía de Larra siempre se dirige a un solo fin: juzgar las costumbres para mejorarlas. Evaristo Correa Calderón asegura que Larra “pretende cambiar las costumbres caducas de la sociedad. Detecta todo lo que impide el progreso para sacarlo a la luz y que [en sus artículos] se insertarán los de crítica general, y de costumbres y vicios que merezcan ser atacados con las armas del ridículo.”⁶³

Kemper, hablando sobre la sátira, afirma que: “La sátira pone al descubierto a través del ‘ataque’ de defectos precisos, reales, de la sociedad, mientras que la ironía ‘juega’ con los dilemas nacidos de la ambigüedad de la epistemología.”⁶⁴ En efecto, Larra “ataca” defectos como la vanidad, la falsedad, el orgullo, la pereza etc..., sin embargo, usa la ironía no sólo como instrumento de “juego” sino como arma concisa para asestar sus flechas en el blanco: la crítica y burla de los defectos nacionales. Más adelante, Ballart afirma que el ironista “lo hace desde una posición voluntariamente marginal e independiente”; esto es muy discutible en Larra, puesto que en varias ocasiones él (ese él que no es él, como dice Correa Calderón) se coloca como protagonista de sus artículos, es un personaje que, de primera mano, nos relata lo que vive, lo que ve, y lo que piensa.

Sobre las diferencias y puntos de contacto entre ironía y sátira, Ballart concluye con estas definiciones: “la ironía [es] cuando burlescamente socava algún prejuicio social, lo hace siempre enfrentada a una categoría abstracta y general; la sátira, por el contrario, dirige su mordacidad contra individuos concretos, dotados de atribuciones físicas o morales que los hacen únicos.”⁶⁵

⁶² Juan Goytisolo y Francisco Umbral. “Presencia de Larra” en *Historia y crítica de la literatura española*, p.147.

⁶³ Evaristo Correa Calderón (coord.). *Costumbristas españoles*, Madrid, Aguilar, 1970, p. XXI.

⁶⁴ Caludette Kemper citado por Ballart, *op. cit.*, p. 420.

⁶⁵ Ballart, *op. cit.*, p. 421.

Estas palabras son fundamentales para entender la ironía y la sátira en Mariano José de Larra; en efecto, se vale de la ironía para atacar conceptos abstractos como todos los defectos criticados: pereza, vanidad, orgullo... pero satiriza, con su burla cruel, a figuras concretas como el castellano viejo, el reo de muerte, un sobrino o un personaje extranjero.

Tras los diversos conceptos de ironía es necesario proponer una definición clara de sátira e ironía: por ironía entiendo que es un recurso de burla sutil cuyo fin es ridiculizar personas, actitudes, situaciones, etc. por sátira comprendo la composición literaria cuya finalidad es siempre moralizante y que refleja la postura del autor (puede o no valerse de la ironía). Larra es satírico cuando encauza su crítica a un fin didáctico-moralizante; por otro lado, es plenamente irónico cuando sólo busca ridiculizar como fin y no como medio.

3.2 INFLUENCIAS LITERARIAS

Sobre los antecedentes literarios de Larra, Francisco Rico afirma:

su vena satírica hunde sus raíces en la prensa satírica del Trienio Liberal (*El Zurriago, La Manopla*). Donde no sólo aparecen temas sociales semejantes, sino también esbozos del cuadro costumbrista que se enlazan en la obra de Fígaro. [...] Sus escritos se entroncan en la coordenada transversal de la literatura de desengaño. La intención docente-moralizante es parecida, así como el empleo de algunos recursos satíricos.⁶⁶

Las palabras de Rico se limitan a las influencias más cercanas en lo temporal, aunque es obvio que la tradición de donde abreva no sólo proviene de este periodo liberal.

En la obra de Larra, queda patente la influencia directa de, por lo menos, tres autores españoles: Luis Vélez de Guevara (1579-1644), Francisco de Quevedo (1580-1645), y Benito Jerónimo Feijoo⁶⁷(1676-1764). Aunque es evidente que hay muchos nombres más que influyeron en la obra y pensamiento del madrileño (López Soler, Torres Villarroel, Cadalso, por citar a otros coterráneos, y Jouy y Boileau, por la parte extranjera) la mayor parte de la

⁶⁶ Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española. t. V Romanticismo y Realismo*. Barcelona. Grijalbo. 1982, p.100.

⁶⁷ Feijoo es el único de los tres cuya obra no clasifica como satírico; su influencia en Larra es la del pensamiento ilustrado.

crítica apunta que la vena satírica heredada por Larra proviene de estos tres autores. Por lo tanto, es necesario hacer un repaso por esta línea satírica española. En primer lugar, Francisco de Quevedo desarrolló fecundamente la crítica mordaz a través de la sátira, tanto en poesía como en prosa. Su profunda crítica a determinadas profesiones —recordemos sus *Sueños*— como el juez, el abogado, el alguacil, mediante textos alegóricos muy ricos en matices, sentó la base para que Larra tomara como ejemplos estos textos para escribir sus propios artículos. El ejemplo más evidente es “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval”, donde Larra sueña que sobrevuela todo Madrid (lo que recuerda directamente a *El Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara) para enfrentarse a la realidad de estos personajes tipo. Víctor Hugo, en su prefacio a *Cromwell*, apunta algo interesante sobre este proceder:

[El romántico] representará lo ridículo, todo lo defectuoso y todo lo feo. En esta división de la humanidad y de la creación, a él le corresponderán las pasiones, los vicios y los crímenes; será injurioso, rastro, glotón, avaro, pérfido, chismoso e hipócrita; será más tarde [...] un detalle de un gran conjunto que no podemos abarcar y que se armoniza, no con el hombre, sino con la creación entera...⁶⁸

Así pues, en los artículos larrianos existe toda esta gama de personajes humanos, defectuosos y feos que nuestro autor dibuja para reflejar los hombres de su tiempo, obviamente con sus vicios y defectos. Las semejanzas entre “El mundo todo es máscaras...” y los *Sueños* de Quevedo (principalmente el *Sueño del juicio* y el *Sueño del infierno*) son numerosas. Primero, los dos utilizan el cuadro de costumbres como un medio, no como un fin —lo que los distingue, de entrada, de los autores meramente costumbristas—; su objetivo es claro: satirizar y condenar determinados vicios humanos. Víctor Cantera, comparando a ambos autores, explica que:

Larra, al igual que Quevedo, huye del fácil artículo de costumbres para centrarse en la crítica de las costumbres sociales y políticas, y de aquí pasar a la introspección lírico dramática; es decir, a la crítica desalmada propia del buen satírico. Larra rechaza el simple cuadro de costumbres y se entrega a proporcionar al lector un nuevo enfoque de realidad, un

⁶⁸ Víctor Hugo en Prefacio a *Cromwell* [En línea] http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cromwell--0/html/feff3796-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm consultado el 14 de febrero del 2017 a las 12:45 p.m.

multienfoque imaginativo, onírico y lírico. Un procedimiento que, además de contar con el precedente quevedesco, se apoya en las técnicas pictóricas goyescas.⁶⁹

En segundo lugar, ambos autores consideraban lo que describían (los bailes, las fiestas, todo acontecimiento social) como una mera representación teatral, una farsa. Para Quevedo, cada situación que refleja en los *Sueños* no es más que un espectáculo teatral, tanto el juicio como el infierno. Larra en su artículo “Un reo de muerte” comparte esta visión del mundo al comparar la sociedad con el teatro, afirma:

Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro; a esa muchedumbre en continuo movimiento, a esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde a veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles. Descendí a ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél; porque [...] al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: ‘Aquello es falso, es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos’; y en el mundo es todo lo contrario; la imaginación más acalorada no llegará nunca a abarcar la fea realidad.⁷⁰

Larra consideraba toda la vida en sociedad una farsa, una representación; todo el mundo está fingiendo todo el tiempo. El *ser* contra el *querer ser*, el aparentar. En este sentido, de nueva cuenta, es muy visible la influencia de Quevedo, quien en su texto *El mundo desde dentro* dice: “Ninguno es lo que parece [...] todo es hipocresía; no son lo que aparentan, no lo que se llaman; hipócritas en el nombre y en el hecho. Todo el hombre es mentira; todos son hipocresía...”⁷¹ De esta manera, vemos que ambos trataron de mostrar el problema de la falsedad de la sociedad española. En este sentido Escobar sostiene que

La asimilación de la tradición satírica de la prosa española en un sentido moderno [...] va a constituir uno de los aspectos configuradores en el arte de la prosa de Larra. Por otra parte, la intención moral quevediana de ver el mundo por dentro, de revelar la realidad detrás de las falsas apariencias aparece tanto en las *Cartas Marruecas* como en los artículos de Larra, desde el primer cuaderno del *Duende*.⁷²

Vemos, pues, que ambos trataron de mostrar el mundo desde adentro (esencia) y no sólo por de fuera (apariciencia). Ambos autores insertan a un personaje-narrador en primera

⁶⁹ Víctor Cantero García. “El perspectivismo como técnica narrativa en los artículos de costumbres de Larra”, p. 28. Universidad Pablo Olavide [En línea] <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3662466> consultado el 21 de febrero de 2017 a las 10:37 a.m.

⁷⁰ “Un reo de muerte”, pp. 474-475.

⁷¹ Francisco de Quevedo. *Sueños y discursos*. Ed. de James O. Crosby. Madrid, Castalia, 1993, pp.280-281.

⁷² José Escobar. “El café, germen de la sátira de Larra”, en *Historia y crítica de la literatura española, Tomo V* pp. 118-119

persona, con lo cual dan un testimonio fidedigno y de primera mano, pues éste estuvo allí. Esto, además, confirma que Larra veía lo que para los demás parecía invisible. Aquí también entra la comparación con *El diablo cojuelo* donde: “todos mienten con respecto a su profesión y sus deberes (boticarios, vinateros, astrólogos, prostitutas, casadas, nobles, escribanos, etc.) porque en aquella sociedad no se descubría una brizna de verdad por un ojo de la cara.”⁷³ Efectivamente, el adjetivo cojuelo (derivado de cojo) no es fortuito, sino que responde a una tradición andaluza, como nota Enrique Rodríguez: “El ambiente folklórico andaluz de la época llegó a Luis Vélez, y la cojera que en la novela simboliza España era sinónimo de mala costumbre y del vicio.”⁷⁴ Tenemos una dupla de escritores españoles (Vélez y Quevedo) que discurren sobre la esencia y las apariencias de quienes abrevó Larra para estructurar varios de sus artículos, principalmente “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval”

En segundo lugar, Luis Vélez de Guevara es una de las influencias más notables en la obra de Mariano José de Larra. La similitud de su artículo “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval” con *El diablo Cojuelo* es muy advertido —aunque poco estudiado a profundidad— por los críticos. En efecto, las semejanzas ofrecen puntos interesantes de revisión y análisis, al igual que las diferencias.

Enrique Rodríguez, en su prólogo a la obra de Vélez de Guevara, afirma que la novela:

[...] se trata de una visión política de la vida española actual (1640, clave de la decadencia, independencia de Portugal y revuelta de Cataluña, fin de Olivares, etc.) observada con una objetividad deformada, a distancia [...] de lo que puede suponer la realidad, lo verosímil, lo crítico y lo grotesco de nuestra forma de vida y a dónde hemos llegado con este comportamiento nuestro y con esta forma de ser.⁷⁵

Hallamos, al menos, dos palabras clave: política y decadencia. Ambos autores vivieron en tiempos de crisis políticas que, por ende, repercutieron en problemas sociales. Lo que Vélez de Guevara hizo en el siglo XVII, Larra lo aplicó en el XIX. Ambos se preocuparon por reflejar su ambiente inmediato mediante la sátira; en este sentido, tanto en Vélez como en Larra; podemos hablar de un texto satírico. Así lo confirman las palabras de Gilbert Highet, quien apunta que: “To write good satire, he must be describe, decry, denounce the

⁷³Luis Vélez de Guevara. *El diablo cojuelo*. ed. de Enrique Rodríguez Cepeda. México, Rei, 1990, p. 28.

⁷⁴*Ibidem*, p. 20.

⁷⁵*Ibidem*, pp.17-18.

here and now [a lo que José Escobar agrega] ...fundamentalmente es la misma realidad que observa el costumbrista, pero con mirada censoria.”⁷⁶ Un breve paréntesis: aquí se halla una diferencia medular entre los costumbristas contemporáneos de Larra. En nuestro autor observamos una visión panorámica de la idiosincrasia española, tanto individual como a nivel colectivo; en la obra de Mariano José de Larra podemos hallar, a diferencia de otros costumbristas como Mesonero o Estébanez Calderón, un relato de primera mano y en primera persona, pues recordemos que el mismo narrador es el protagonista de muchos de sus artículos. Esto no sólo configura el recurso literario de veracidad, sino que permite hacer más directa la crítica, puesto que él mismo la vive y le parece atroz el modo de proceder de los demás individuos.

Para atacar o censurar, tanto Vélez como Larra se valen de la ironía. Larra con el fin último de dejar una moraleja, una lección. Su discurso, generalmente lleno de humor, es en todo ajeno a lo tedioso. Alma Amell, hablando sobre el estilo de nuestro autor, dice: “La soltura que se manifiesta en la combinación de los diversos elementos da la impresión de que al escribir las ideas fluyen solas de la pluma del escritor, sin haberse forjado de antemano. Y es aquí donde se encuentra la gran fuerza satírico-dinámica del autor.”⁷⁷

En *El Diablo Cojuelo*, en cuanto al uso del diálogo con fines didácticos:

la técnica descriptiva se realiza a través de los diálogos y comentarios de lo que se va viendo, según lo establecido como pedagogía y enseñanza entre el Cojuelo y don Cleofás, o, como ya se había planteado en otra dimensión, entre Lázaro de Tormes y sus amos o entre Don Quijote y Sancho, a través de la multitud de literatura dialogada desde fines del renacimiento.⁷⁸

Vemos, pues, que éste es un recurso muy recurrente en Mariano José de Larra, pues lo aplica no sólo en algunos de los artículos analizados —principalmente aquellos que yo llamo de parejas: sobrino/ tío (“El casarse pronto y mal”, “Empeños y desempeños”) extranjero/ nacional (“Vuelva usted mañana”)— sino en sus primeros artículos del *El Duende*

⁷⁶ Citado por José Escobar en “El pobrecito hablador de Larra y su intención satírica” [en línea] http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-pobrecito-hablador-de-larra-y-su-intencion-satirica-0/html/0070f7c2-82b2-11df-acc7-002185ce6064_6.html consultado el 14 de febrero del 2017 a las 11:34 am.

⁷⁷ Alma Amell, *op. cit.*, p.78.

⁷⁸ Enrique Rodríguez en prólogo a *El diablo Cojuelo*, *op. cit.* p. 21.

Satírico del Día con el fin de confrontar puntos de vista de manera clara y amena, como si se tratara, efectivamente, de una conversación.

Ahora bien, si Larra satiriza para moralizar, Vélez no. Él sólo ironiza pero se aleja de lo que, cabalmente, pudiéramos llamar una lección moral. La caricatura —usada en demasía por Vélez de Guevara— además del tono de su obra, sólo sugiere un determinado punto de vista, lo cual deja al lector obtener sus propias conclusiones. Su lección es moralizante, sin embargo, no queda tan claro por su final abierto. Esta diferencia es vital. Larra, por el contrario, da ejemplos muy concretos para ilustrar su tesis, en donde el no hacer caso a sus advertencias tiene funestas consecuencias (“Vuelva usted mañana”, “El casarse pronto y mal”, “El duelo”); aunque no obliga a adoptar sus ideas, sí trata de “seducirle” mediante sus palabras y ejemplos para que, al menos, el lector se ponga a reflexionar. En pocas palabras, Larra moraliza mediante la ironía y la sátira. Vélez “no moraliza; se limita a ver y pintar. El aspecto visual de la sociedad grotescamente estilizada es lo único que le importa [...] La ausencia de moral y de afán corrector desintelectualiza, pues, al libro completamente...”⁷⁹ Esta diferencia es de suma importancia al confrontar ambos autores. Vélez es plenamente irónico.

El tercer autor es Benito Jerónimo Feijoo; conocido como el padre del ensayo español, es un hermano de pensamiento de Larra. Su *Teatro Crítico Universal* (1726 aprox.) ataca vicios en los que comúnmente caía el vulgo, y pretendía desengañar a la gente de ideas sin fundamento en la ciencia. La claridad de pensamiento de ambos, su afán por “desengañar” de errores comunes a los españoles los emparenta en su objetivo. Ambos son hombres de pensamiento ilustrado. En este sentido, Kirkpatrick apunta sobre Larra:

Sin duda [creía] en la capacidad de la instrucción y de la crítica; está implícita una creencia optimista propia del siglo XVIII [...] La seguridad en el poder de la razón para revelar la verdad y la confianza de la racionalidad última de la voluntad popular, sugeridas por esta declaración, son pruebas indudables de la herencia que la Ilustración deja a Larra.⁸⁰

Claro que el tratamiento dado por uno y otro es completamente distinto. Feijoo promovió el discurso sesudo y muy denso; de tono solemne y estructura “académica”, lleno

⁷⁹ *Ibidem*, p. 24

⁸⁰ Susan Kirkpatrick. *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid, Gredos, 1977, p. 111.

de citas en latín de múltiples autoridades intelectuales, ejemplos hagiográficos y una profunda intención moralizante. Además, confrontaba su propia postura con otras para debatirlas y exponer sus argumentos. Larra, por su parte, practicó un periodismo sí moralizante y didáctico, pero muy ameno, gracioso e irónico. Su estilo es más bien muy ameno. Aunque suele citar en otros idiomas —principalmente francés y muy pocas veces en latín— sus citas son breves y de contenido no muy sustancial. En cuanto a la argumentación, nuestro autor sólo expone sus ideas y es más bien parco al confrontarlas con opiniones contrarias. Si bien a veces exponía las ideas que va a confrontar, sólo es para ridiculizarlas y atacarlas mediante la burla y la socarronería, muy pocas veces mediante argumentos. Así difiere de Feijoo, quien, según Jean Sarrailh: “enseñó la observación, la desconfianza para con las conjeturas azarosas y las autoridades recibidas; primer maestro del método experimental, él es ya un europeo.”⁸¹ Feijoo es un antecedente del pensamiento ilustrado español, por lo tanto es, también, antecedente del pensamiento que Larra desarrolló.

Giovanni Stiffoni, hablando sobre el estilo del *Teatro Crítico Universal*, dice que “desmenuza una serie de rápidas observaciones sobre argumentos muy variados, con un corte ágilmente periodístico, y con muchas menores preocupaciones, tanto el ataque contra viejas doctrinas[...] como en la defensa de nuevas.”⁸² En este punto confluyen, ambos son observadores críticos de España. Finalmente, las diferencias en el tratamiento de los temas son evidentes. Alma Amell opina sobre estas diferencias:

Feijoo y Jovellanos escribían movidos por el mismo dolorido sentir causado por la situación de España que Fíguro, pero su enfoque del problema era distinto. Ellos presentaban los hechos y los males y proponían su remedio, en tanto que el escritor romántico intentaba coger el mal de España por su raíz, que era la actitud indolente de sus compatriotas.⁸³

No obstante, hay momentos muy puntuales en los textos de Larra, donde el estilo llega a ser tan parecido que podría, sin mayor esfuerzo, encontrarse muchos paralelismos entre un escrito de Larra y uno de Feijoo. Por ejemplo, este fragmento de su ensayo

⁸¹ Jean Sarrailh. “Fe en la cultura y frutos de la Ilustración” en *Historia y crítica de la literatura española, Tomo IV*, Barcelona, Grijalbo, 1983, p. 64.

⁸² Giovanni Stiffoni en prólogo a Benito Jerónimo Feijoo. *Teatro Crítico Universal (I)*, Madrid, Castalia, 2001, p.71.

⁸³ Alma Amell, *op.cit.*, p. 80.

“Verdadera y Falsa Urbanidad”: ¿Cuáles son las maneras de un Cortesano? Adular a sus enemigos mientras los teme, y destruirlos cuando puede: aprovecharse de sus amigos cuando los ha menester, y volverles la espalda en no necesitándolos: buscar protectores poderosos, a quienes adora exteriormente, y desprecia frecuentemente en secreto.”⁸⁴ El contenido se asemeja mucho a los textos de Larra, más aún si sustituimos, por motivos temporales, la palabra *cortesano* por *noble*. Aquí un fragmento de Larra: “en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida?”⁸⁵

3.3 LOS TEMAS DE LA CRÍTICA

Aunque la crítica de Larra abarca temas muy variados, hay algunos preponderantes y predilectos: por ejemplo, en los textos analizados, los juicios más severos van dirigidos contra los vicios morales: la falsedad, la hipocresía, la avaricia, la vanidad, etc.

Larra proyecta diferentes puntos de vista sobre el mismo tema; en ocasiones es muy irónico y en otras, por el contrario, es completamente serio. Sobre esto *Azorín* declara: “los cambios de postura y las contradicciones en la obra de Larra son desconcertantes, y busca una explicación comprensiva al asegurar que la determinación de Larra era mantener una actitud de rebelión y oposición ante cualquier problema.”⁸⁶ En efecto, cosa extraña es la diversidad de opiniones del autor sobre un mismo tema; es decir, en ocasiones reprende severamente determinado comportamiento, como la excesiva religiosidad y el fanatismo en el pensamiento español, y otras se muestra muy indulgente.

Por ejemplo, en “El duelo” cuyo tono inicial es muy irónico pues según Ballart “contradice una verdad evidente”⁸⁷ :

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilización: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razón más severa preside a todas las acciones [El duelo entre ellas] y costumbres de la generación del año 1835 [...] dejaremos a un lado la perfección a que se ha llegado

⁸⁴ Benito Jerónimo Feijoo. *Teatro Crítico Universal*, t. VII, “Verdadera y falsa Urbanidad”, [En línea] <http://www.filosofia.org/bjf/bjft710.htm> consultado el 20 de febrero de 2017 a las 6:51 p.m.

⁸⁵ “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval” p.351.

⁸⁶ *Azorín. Rivas y Larra*. Madrid, Espasa- Calpe, 1973, p.142-143.

⁸⁷ Ballart, *op. cit.*, p.181.

en un punto a religión y a política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y a que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente merecen⁸⁸

En “Un reo de muerte” considera la religión como único consuelo del criminal. De igual manera que puede ir de la burla más soez a la solemnidad absoluta sobre un mismo tema. Este contraste de opiniones, a veces, lo realiza mediante la aparición de un sobrino o extranjero para poder oponer dos maneras de apreciar determinado problema. Sobre lo anterior, Víctor Cantera arguye que este método:

se encamina al mismo fin: exponer la intención crítica del autor, una forma de contar lo que sucede que [...] no es un arte fácil, puesto que exige de sus cultivadores algo así como una capacidad o facilidad de doble visión. Percepción, por un lado, de lo más habitual y conocido y, por tanto, visión nueva, enfoque nuevo de esa conocida habitualidad. Nos referimos al doble punto de vista que Larra introduce en sus textos bien por medio de la voz del extranjero, el cual enjuicia nuestra vida y costumbres; bien por medio del diálogo de los personajes que contrastan sus pareceres. Se trata de trasladar a sus escritos la técnica narrativa consistente en la yuxtaposición de las perspectivas opuestas.⁸⁹

Vemos, pues, que los recursos utilizados (contraste de opiniones, recursos retóricos, ironías, etc.) se encaminan, la mayoría de las veces, al mismo fin: la crítica de los vicios.

⁸⁸ “El duelo”, p. 491.

⁸⁹ Víctor García Cantero, *op. cit.*, p.23.

3.3.1 FALSEDAD- APARIENCIAS

Un defecto que Larra ataca constantemente es la falsedad, la importancia dada a las apariencias. Para 1817 el *Diccionario Usual* la definía falsedad como: “Falta ó carencia de substancia, entidad ó realidad en las cosas.”

Larra critica este vicio en “El mundo todo es máscaras, todo el año es Carnaval” (1833), “El castellano viejo” (1832), “Un reo de muerte” (1835). Como podemos ver, la falsedad, la necesidad por aparentar lo que no se es, fue un tema constante en los primeros textos de Mariano José de Larra. Quizá la crítica tan fecunda e insistente se deba a que trató todo el tiempo de ser auténtico; visto así, él era un ser “raro” en el mundo, ese mundo del que nos dejó un testimonio tan crudo, el de la tercera década de la España del siglo XIX, donde imperaba la falsedad, la apariencia. Larra era un extraño en un mundo lleno de falsedad, de ahí su paulatina desesperanza que culminó en suicidio. Así lo cree Susan Kirkpatrick quien afirma: “Con esa sensibilidad que surgió en España de las tensiones propias de las extremas divisiones de la conciencia, Larra anticipó en muchos aspectos la disolución de los valores del siglo XVIII, todavía en ascenso, y se desplazó hacia la crisis de transición. En este sentido [...] fue uno de los primeros románticos españoles auténticos.”⁹⁰ Antonio Machado también apunta algo similar: “Su suicidio fue [...] un acto maduro de voluntad y de conciencia. Anécdota aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla.”⁹¹ Queda claro que la decepción por no poder ayudar a su país, lo llevó al suicidio.

Alma Amell lo corrobora y explica que lo más valioso de Larra es: “su autenticidad. En una época en la que las actitudes carentes de la [razón] son numerosas, no puede por

⁹⁰ Susan Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 109.

⁹¹ Antonio Machado. *Juan Mairena II*, Buenos Aires, Losada, 1957 p.111.

menos que atraer a otros escritores que comparten su pensamiento y ven en él al hombre que sacrificó su vida por sus ideas.”⁹² Con el ascenso de la burguesía, como se vio anteriormente en el capítulo correspondiente a economía (1.2.1), este grupo comenzó a imponer sus formas de comportamiento en la sociedad: una moral más relajada y una relación conyugal más abierta (disolución de valores en términos de Kirkpatrick). “La gazmoñería que rodea, por lo general, a la relación sexual conyugal [...] es compensada por la licenciosidad en el amor venal. Y el fariseísmo constitutivo de la moral burguesa viene a cubrirlo todo, siempre que se sepan guardar las apariencias.”⁹³ Esto puede explicar la crítica de Larra: el ataque a las apariencias, que tanto importaban a la burguesía.

Desde su primer artículo “El café” de 1828, existe la intención de develar la esencia —muy relacionado con la definición que ofrecí— de cada personaje que en él interviene.

Este procedimiento amplificador de la caricatura está puesto al servicio de una intención moral; la intención de desenmascarar la vanidad de las apariencias. Lo que tienen en común todos los tipos caracterizados en el café es la manía de la afectación; la mayor parte de ellos quiere pasar por lo que no son: el del sombrero, por extranjero en Madrid; el literato, con los anteojos que no necesita y con el rapé, por persona de conocimiento...⁹⁴

En este sentido, al “estar puesto al servicio de una intención moral”, Larra es generalmente satírico pues su fin es moralizador. La semilla de su afán revelador, en el sentido de quitar el “velo” que cubre a cada persona —y que será una constante en varios de los artículos estudiados— se halla desde sus artículos iniciales. En estos también hallamos sucintamente las principales características de su obra: “el valor, el patriotismo, el odio a la ignorancia, al atraso y a las pretensiones falsas.”⁹⁵ Sin embargo, este asunto alcanzó la madurez cinco años después con su texto “El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval” donde la crítica llega a su máxima expresión.

En resumen, “El mundo todo es mascarar...” comienza como muchos otros, dejando patente la dificultad de escribir y complacer al público, llega por casualidad un amigo que lo

⁹² Alma Amell, *op. cit.*, p. 13.

⁹³ José Luis L. Aranguren. *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española del Siglo XIX*. Madrid, Cuadernos para el diálogo S.A., 1974, p. 119.

⁹⁴ Francisco Rico, “Larra y Espronceda” en *Historia y Crítica de la literatura española tomo IV*, p.119.

⁹⁵ Idem, p.115.

invita a un baile. Tras diversos ruegos, el narrador cede ante la insistencia de su amigo y se dirigen al baile; allí sólo encuentran una confusión espantosa de personajes de la clase media que busca divertirse —pero sin ser criticados por su libertinaje, pues se escudan tras el anonimato proporcionado por las máscaras— y olvidar, por un rato, las normas convencionales, dar rienda suelta a sus impulsos, lo cual horroriza al personaje central, quien después de observar todo el desorden que hay, sucumbe al sueño. En el sueño, se le presenta Asmodeo —personaje principal de *El Diablo cojuelo* de Vélez de Guevara— quien lo invita a volar por todo Madrid para demostrarle que no sólo en los bailes se finge sino en todo lugar, todo el tiempo.

Al no conocer la biografía de Larra, tomaremos este párrafo con completa seriedad; sin embargo, si recordamos que un año de estudio de Derecho fue más que suficiente para que Mariano José de Larra tuviera un eterno recelo a los abogados⁹⁶, podemos comprender plenamente el sentido de estas frases, además de que las cursivas del propio autor “*más señas*” confirma lo dicho. Por si esto no bastara, al remontarnos al siglo XVII, encontramos una larga tradición la satírica cuyo blanco preferido son los abogados y los médicos. Dentro de la clasificación de Navaz, esta ironía corresponde a “la forma de ingenio, que se acerca a la broma, el gracejo, el humor, la sátira”; para Ballart, correspondería a la ironía estable, pues debe ser tomada en el sentido exactamente opuesto al literal (hombre entendido/ ignorante); carientismo para Beristáin.

Helena Beristáin menciona muchos más tipos de ironía, sin embargo, todos ellos necesitan de un contexto —en este caso, es menester conocer las vivencias y opiniones previas de Larra— para poder funcionar a plenitud. Este tipo de ironía la designa como carientismo o “scomma” que “es la ironía por disimulación, ingeniosa y delicada de modo que no parece burla sino en serio.”⁹⁷ Casi de inmediato continúa con el mismo carientismo cuando dice: “en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme a *buscar cotufas en el golfo*⁹⁸, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro tengo el bien.”⁹⁹

⁹⁶ Así lo deja ver también en su artículo “Modos de vivir que no dan de vivir” pues sobre los abogados y los médicos afirma que su “oficio es vivir de los disparates de los demás.” p, 521.

⁹⁷ Helena Beristáin, *op. cit*, p, 279.

⁹⁸ Refrán cuyo significado es exigir cosas imposibles.

https://es.wiktionary.org/wiki/pedir_cotufas_en_el_golfo

⁹⁹ “El mundo todo es máscaras...” p, 338.

De nueva cuenta, un lector atento sabrá que esto es una burla a todas luces. Larra siempre buscaba la falla, lo erróneo; lo que todos los demás daban por sentado, él siempre lo cuestionaba. Casi podríamos decir que buscaba problemas donde —según la opinión general— no los había. La personalidad de Larra era cuestionadora: su manera de señalar lo erróneo lo hacía ir contra la corriente; el contexto para comprender estas declaraciones es vital. Navaz lo consideraría un tropo (pues implica un cambio de sentido literal), pues hay un cambio de sentido que sólo se comprendería a plenitud si oponemos una “lectura superficial frente a lectura profunda.” Ballart lo designaría ironía estable, pues enuncia como verdad una mentira; antífrasis para Besritaín, pues significa lo contrario de lo que enuncia.

Después llega otro amigo a turbar su paz y tras convencerlo de ir al baile suben al coche de alquiler. En medio del viaje para asistir al baile, el autor comienza a reflexionar sobre la finalidad de estas grandes fiestas de la época: le causa desagrado semejante ostentación en los vestidos, en la decoración y la hipocresía de la mayoría —por no decir, de todos— los asistentes. Así lo expresa:

Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en que se fundan para creer ellos mismo que se divierten en un enjambre de máscaras que vi buscando siempre [...] imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca un objeto determinado ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos hijos de la pueril vanidad del hombre? ¹⁰⁰

Póngase atención, además, en el adjetivo que acompaña a vanidad: pueril; de tal modo que esta falta de substancia es casi como la de un niño. Es decir, actúan con un deseo infantil por ser reconocidos entre gente “noble”. Aunque podría debatirse que el tema central de este texto es la vanidad, resulta muy difícil negar que las apariencias, la hipocresía y la falsedad, al menos en la mayoría de los artículos, están encaminados a satisfacer la vanidad de cada persona.

Tras estas cavilaciones, nos narra la travesía; la narración está cargada de humor mas no de ironía; nos dibuja un carruaje que se mueve mucho—por lo viejo, quizá— pero no parece avanzar; tanto es el asombro de nuestro personaje que al arribar a su destino se pregunta si fue el auto el que llegó a la casa o la casa la que vino al carro. Aquí quiero llamar

¹⁰⁰ *Idem*, p. 344.

la atención sobre un aspecto que resalta Alma Amell. Para ella, la imagen del carruaje “es la perfecta representación de la situación política y cultural en que se encontraba España desde la enfermedad de Fernando VII, es decir, un continuo vaivén entre libertad y represión, progreso y atraso.”¹⁰¹ Creo que esta lectura es muy acertada.

Al llegar y ver la confusión que impera en la casa, nuestro autor reflexiona —el tono ha cambiado, pues ahora es más serio— sobre las máscaras que los invitados se van colocando antes de entrar: “tapándose todos las caras, sin saber los más para qué y muchos sin ser conocidos de nadie.”¹⁰² La crítica es muy directa y esclarecedora del pensamiento de Larra sobre este tipo de actividades sociales, no sabemos por qué debemos usar máscaras, ni lo cuestionamos, sólo lo hacemos. El gran error de realizar las cosas sin pensar sólo por seguir la moda o porque así se ha hecho siempre. Aquí Larra

sigue contando las costumbres ridículas, inútiles y de mal gusto del público [...] al mismo tiempo es una perfecta representación de la masa inerte en que se convierten los individuos sin iniciativa. Esta masa en lugar de moverse sola, parece ser movida por fuerzas ajenas, sin tener ninguna opinión o voluntad propias.¹⁰³

Aunado a esto, las últimas palabras: sin “ser conocidos de nadie”, es decir que no tienen motivo para estar allí, por tanto, tampoco para ocultarse tras una máscara (puesto que nadie los conoce), pero que, por aparentar ser gente de sociedad, concurren a los bailes para dejarse ver y con ello alimentar su vanidad, su propia importancia.

Primeramente, el cuadro que nos dibuja al arribar a la fiesta contiene la esencia de todo su artículo. El desorden y la confusión recuerdan directamente a sus dos grandes antecedentes: Vélez de Guevara, quien expresa en *El Diablo Cojuelo* una: “situación de límites y conflictos [...] que generaba en la convivencia del pueblo español un puchero humano, hirviendo hombres y mujeres, unos hacía arriba y otros hacia abajo, y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusión.”¹⁰⁴ Y también a Quevedo en el

¹⁰¹Alma Amell, *op. cit.*, p.89.

¹⁰² “*El mundo todo es máscaras*”, p. 339.

¹⁰³Alma Amell, *op. cit.*, p. 87.

¹⁰⁴ Enrique Rodríguez en *prólogo a El diablo Cojuelo*, p. 19.

Sueño de la muerte donde: “ aparece en un sueño un desfile de gente, a cual más estrafalaria.”¹⁰⁵

Quizá éste es el mejor ejemplo de su gran vena satírica aplicada a la falsedad y las apariencias pues el título es perfecto para equiparar la vida diaria con el carnaval, donde supuestamente se invierten los valores tradicionales, se usan máscaras para ocultar la verdadera apariencia; en fin, es un momento en el cual todo es una representación, una farsa; por ende, todo el año existe dicha inversión de valores.

El baile de máscaras es el pretexto del que se vale el escritor para criticar la falsedad de sus contemporáneos; la máscara le permite inmiscuirse en diálogos ajenos, ya sea por confusión —puesto que en un par de ocasiones lo confunden— o a propósito. Es curioso cómo el personaje del artículo (un narrador en primera persona) se nos retrata como alguien ingenuo, como si desconociera la manera de proceder en este tipo de eventos sociales (recuérdese aquí el origen de la palabra ironía: Eirón, falso tonto). Larra se finge un falso tonto. Aquí todo el texto clasificaría, según Navaz Ruiz, como “estilo de vida y razonamiento” pues su proceder se asemeja al de Sócrates (pues el narrador posee la sabiduría bajo una apariencia de ignorante); para Ballart sería nuevamente ironía directa porque Larra, hombre de mundo, sabía perfectamente cómo comportarse en estos convites. Para Beristáin sería ironía *in absentia*, pues se invierte el sentido de todo el contexto situacional. Esto logra un contraste superior, pues al no saber cómo actuar, menester es que se nos explique por qué las damas y los caballeros se comportan de cierta forma. Sobre esto, Víctor Cantero menciona que es uno de los recursos más notables en nuestro autor:

esto es justo lo que Larra supo hacer con gran acierto, a saber: ofrecer al público lo que es por todos conocido, pero con un nuevo punto de vista; como buen escritor costumbrista, nuestro autor finge sentirse sorprendido por todo aquello que le rodea, se considera un habitante ingenuo de un país cuyas costumbres simula no conocer para aparecer como extranjero en su propia patria.¹⁰⁶

Obviamente esta representación del personaje ingenuo es falsa, un mero recurso, pues Larra finge dentro de la farsa. Aparenta no saber cómo conducirse ni el porqué del actuar de los demás. Una representación dentro de otra, que funciona para poder explicar al público

¹⁰⁵ En introducción a *Sueños y discursos*, p. 71.

¹⁰⁶ Víctor Cantera, *op. cit.*, p. 24.

cómo se mueve esa clase media española que tanto se jacta de ser lo más civilizado de aquel país. Alma Amell opina al respecto:

el elemento más importante, el distanciamiento objetivo, está presente en el disfraz de pobrecito que sale a la calle con su ‘cara infantil y bobalicona’, solamente, según nos quiere hacer creer el autor, para informarse acerca de la índole del fenómeno del público. Va a tomar apuntes, como si fuera un estudiante yendo a clase, para aprender.¹⁰⁷

En efecto, su visión ingenua lo presenta como una persona dispuesta a observarlo todo para aprenderlo y aprehenderlo mediante la vista meticulosa. Debo resaltar la certera capacidad de observación por parte de Larra, quien nos dibuja un cuadro muy minucioso de su entorno, desde la decoración de la casa hasta los atuendos de los invitados. Su capacidad de observación es casi tan fina y meticulosa como su capacidad para ironizarlo:

subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando su reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica y dejando a su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Catón dando órdenes a su cochero para encontrar su landó dos horas después; un indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado de ver al gentío...¹⁰⁸

Sobre este cuadro abigarrado José Luis Varela piensa que:

Larra pretende configurar la idea de confusión (la escalera por la que accede al baile de máscaras es “verdadera imagen de la primera confusión de los elementos” y en el salón se advierte la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras donde las palabras “Se confunden con las voces”) y la del desengaño (el protagonista se dirige directamente contra los observadores de superficies, la cara de algunos personajes es más pérfida que su careta, y, en fin, es el envés o verdad de las cosas lo que interesa). Huelga decir, sin embargo, que Larra ha revalorizado la lección ascética de su maestro [Quevedo] y se dirige a la sociedad de 1833, así como luego dirigirá sus dardos a la corrupción de conductas políticas.¹⁰⁹

¹⁰⁷ Alma Amell, *op. cit.*, p.87.

¹⁰⁸ “El mundo todo es máscaras...” p. 339.

¹⁰⁹ José Luis Varela, “Quevedo en Larra” p, 322 [En línea]

https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/5136/1/RHM_02_12.pdf consultada el 19 de febrero del 2017 a las 12:38 p.m.

Desde luego, nos lo relata con una precisión extraordinaria y con el afán de develarnos la esencia de cada máscara (individuo) porque “el ironista, como un ojo vivo, trata de sorprender la autenticidad de las cosas por detrás de sus apariencias. El motivo de la máscara cobra singular importancia: hay que quitarla para saber lo que esconde.”¹¹⁰ Larra logra develar lo que hay debajo de las caretas; sin embargo, queda desencantado al no encontrar más que caras peores que las propias máscaras. ¡Vaya decepción!

Luego de entrar en la casa viene otra descripción: “entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello[*sic*] es más preciso tener máscaras que salas donde colocarlas.”¹¹¹ (Nótese la sutileza para criticar indirectamente el diminuto tamaño de la habitación). La necesidad de aparentar un poder económico para ofrecer un gran baile sólo evidencia todo lo contrario: una casa muy pequeña para dar cabida a la gran celebración que se planeó. Este proceder por parte del pueblo español se remonta a varios siglos atrás, prefieren vestirse bien antes que comer. Es propio de lo que Díaz Plaja llama la soberbia española: “Si en un país sensato la gente come primero lo suficiente y después se viste, el español se adorna primero, aun cuando su alimentación deje mucho que desear, porque esto último no lo ve nadie y los otros sí.”¹¹² Claro, para el español de antaño —recordemos al escudero al que sirvió Lazarillo de Tormes— como para el contemporáneo de Larra, lo que se ve importa; lo que no, queda en segundo plano.¹¹³

En la fiesta había un piano, una lujosa alfombra y un sirviente, todos ellos alquilados para la ocasión; aunque claro, la necesidad de querer parecer personas con gran capacidad económica los lleva a quedar en ridículo. Larra nos lo describe:

Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un piano, tan piano que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a modo de parejas la mitad de

¹¹⁰ Ricardo Navaz, *op. cit.*, p. 6.

¹¹¹ “El mundo todo es máscaras...”, p. 340.

¹¹² Fernando Díaz Plaja. *El español y los siete pecados capitales*. Madrid. Alianza editorial 1979, p. 35.

¹¹³ Díaz Plaja, además, afirma que esa costumbre aún pervive en los españoles “muchos extranjeros se extrañan de la reluctancia del español a invitar forasteros a su casa, mientras está dispuesto a llevarle a los mejores espectáculos y a los más caros restaurantes. La razón es que las habitaciones del hogar son a menudo tristes; y la comodidad, muchas veces, inexistente”, p. 102.

los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.¹¹⁴

Sin embargo, la falsedad de los asistentes les impide expresarlo porque gustan de estos “bailes” (así, entre comillas) porque al ser tan pequeño el espacio no se puede bailar porque chocaban unas parejas con otras. La falsedad de unos es alimentada por los deseos de los otros, unos quieren dar un gran baile y los demás quieren asistir y exhibirse, con la única finalidad de adular su vanidad. Y con tal de satisfacer este deseo “pueril”, terminan enredándose en asuntos que no les incumben. Su amigo —nos dice el narrador— “no halló lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo que a muchos otros acontece.”¹¹⁵

Aunque el tema de la falsedad bien podría tratarse aparte, considero conveniente enlazarlo con el de la vanidad, pues, como expliqué, el objetivo de aparentar, de fingir es mostrarse como alguien que no se es, lo cual, a mi parecer, es una forma de satisfacer la vanidad. El fin último de fingir, de aparentar es sólo alimentar la vanidad de cada persona; toda la sociedad dibujada por Larra sufre del mismo mal: unos a otros se alimentan dicha vanidad.

Luego de un par de diálogos cargados de humor, pero no de ironía, el narrador se inmiscuye en una conversación que deja en evidencia que el marido y la esposa se engañan mutuamente. La falsedad de todos los asistentes es ilimitada; la situación se nos dibuja como una comedia de enredos, en cuyas escenas se utiliza el ingenio para engañar a los otros y evitar ser descubierto. Pero absolutamente todos se engañan entre sí. Inclusive el narrador termina, por confusión, integrándose al juego de las apariencias y el fingimiento. Una “enamorada” lo confunde con otra persona debido a la máscara y al traje —nótese lo ridículo de la situación—: todas las máscaras y la mayoría de trajes son iguales. La confusión de la enamorada se vuelve generalizada, es decir, pudo confundir a cualquiera en esa fiesta, lo importante no era el sujeto sino la acción: buscar una aventura amorosa, transgredir las normas sin menoscabo de su honra, pues los disfraces le permitían mantener el anonimato. El resumen de Larra es el siguiente: “Yo me había llevado la querida de otro; en justa

¹¹⁴ “El mundo todo es máscaras...”, p. 340.

¹¹⁵ *Ibidem*.

compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido.”¹¹⁶ El sentido aquí es figurado: la ropa hace a la persona: todos los dominós se parecen; por tanto, todas las personas o son iguales o se parecen mucho. Es decir, todos engañan; de una forma u otra, fingen ser algo, tratan de mantener esa imagen todo el tiempo. Todos, incluido nuestro autor, usan máscaras en la vida. No sólo en el carnaval se muestra la falsedad que es el mundo, siempre se está tratando de mantener una imagen que no es la verdadera. Esto pasa en todos los niveles sociales, sean hombres o mujeres, ricos o pobres. En este punto, considero pertinente traer a cuento las siguientes palabras muy puntuales de Quevedo, en el *Sueño del Infierno*, cuando interroga a un demonio sobre la ausencia de alguaciles en el infierno:

—¿Y los alguaciles malos no están en el infierno?

—Ningún alguacil está en el infierno—dijo el demonio.

—¿Cómo puede ser—dije yo—, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay?

—Dígoos que no hay en el infierno ninguno porque en cada alguacil malo, aun en vida, está el infierno en él y no él en el infierno.¹¹⁷

De igual forma, los españoles no están en un baile de máscaras ni en ningún carnaval; cada uno es en sí mismo un baile de máscaras, un carnaval, un eterno juego de engaños ante los demás que llega, quizá, al extremo de incluso engañarse a sí mismo.

Finalmente salen del baile y no se sorprende de encontrar en otras celebraciones el mismo cuadro, la misma situación. Concluye que no debe buscarles virtudes a las máscaras; claramente la máscara es una metáfora de la persona, no debe hallar ni una sola virtud en las personas, pensamiento propio del pesimismo de Larra. Luego de reflexionar acerca del propósito de concurrir a tantas fiestas y de siempre mostrarse con falsedad ante los demás, Larra afirma que es por querer aparentar ser gente interesante y divertida, de mundo, pero que, si se les siguiera en la vida cotidiana, no tendrían motivos ni para descubrirse ni para taparse con máscaras porque no poseen cualidades ni valores (recuérdese aquí la esencia de una persona, lo que la hace *ser*; aquí todas carecen de esa esencia). Se percata de que todos

¹¹⁶ *Idem*, p.343.

¹¹⁷ Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos*. p. 242.

se fingen buenos ante el mundo, siempre nobles y buenos cristianos pero en realidad son todo lo contrario: su cara es más pérfida que su máscara, sentencia Larra.

En medio de tal embrollo, y de severas reflexiones filosóficas, se nos describe finalmente el verdadero motivo de estos pensamientos tan crueles: el hombre está más filosófico —nos dice Larra— cuanto más triste se encuentra, de modo que podemos ver la amargura y tristeza en el espíritu de nuestro autor (pues ha estado reflexionando a lo largo de todo el artículo), quien afirma que la filosofía es al triste lo que el bison e al calvo: sólo le sirve para ocultar su problema ante el mundo. Así reflexiona nuestro autor: “nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos: el que tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su bison e; la filosofía es, efectivamente, para el desdichado lo que la peluca para el calvo.”¹¹⁸

Luego de tanto bullicio, opta por recostarse a descansar. Aquí es donde se presenta el vuelo imaginativo y onírico cuyas reminiscencias a los *Sueños* de Quevedo son innegables. Antes de dormirse comienza a pensar en los procesos fisiológicos y cómo ciertos estados predisponen a la imaginación exacerbada. Concluye con una cita de Terencio, el famoso “nada humano me es ajeno”; esta aseveración puede entenderse, al menos, de dos maneras: la primera (la más obvia) ningún proceso fisiológico le es ajeno; es decir, no está exento de sufrir las consecuencias del largo ayuno y la privación del sueño. Pero, por otro lado, en un análisis mucho más profundo y en concordancia con el sentido del artículo, pareciera una confesión del propio Larra en cuanto al actuar, el fingir y el mantener las apariencias por vanidad; aunque él no comete explícitamente ningún acto innoble, podemos comprender que al ser hombre, no está exento de tener tantos o más vicios como los concurrentes, miembros, por cierto, de su misma clase. La polisemia de esta frase, muy bien pensados por el autor, permite jugar con ambos sentidos.

Cuando comienza a soñar, reconoce entre las tinieblas a Asmodeo —personaje principal de *El Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara— quien lo invita a seguirlo diciendo: “vienes a observar el carnaval en un baile de máscaras.  Necio!, ven conmigo; do quiera hallar s máscaras, do quiera hallar s carnaval, sin esperar al segundo mes del año.”¹¹⁹

¹¹⁸ “El mundo todo es máscaras...”, p. 345.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 347.

Para Milagros Rodríguez, el artículo recuerda, además, a Luciano: “En ‘El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval’, *Fíguro* se queda dormido y sueña que el diablo Asmodeo le muestra con un anteojo la hipocresía y la falsedad de la gente. Naturalmente, esta técnica lucianesca¹²⁰ nos recuerda de forma inmediata *El diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara.”¹²¹ James O. Crosby menciona que el elemento del sueño es vital para construir el artículo:

Queda implícito que la “tarea de los sentidos exteriores” es relativamente consciente, pero la de las “potencias” es más bien inconsciente, y se manifiesta por ejemplo en los impulsos o en los sueños. Sin embargo, la inconsciencia permite una actividad enormemente rica y amplia, casi sin límites, como la representación de una vasta “comedia” que tiene lugar en un “teatro” y que se dirige a un público. Todo esto cabe dentro del ser humano, pero solamente “a oscuras” y gracias a sus “potencias.”¹²²

En su viaje por las alturas, al primero que visita es “un joven de sesenta años” que se alista para ir a un convivio como el joven más apuesto. Este tipo de recurso es catalogado por Navaz Ruiz como forma de ingenio; nuevamente ironía directa, según Ballart, y para Beristáin sería un asteísmo que es “la forma de la ironía preferida para el chiste.”¹²³ Continuando con su visión aérea de las casas madrileñas, visitan a una mujer madura, un moribundo y un abogado —cuya careta es más criticada que las del resto— que finge más que todos por querer pasar por hombre sensato y culto, al igual que un médico que “ayuda” al moribundo a bien morir. Este recurso “aéreo” procede directamente de Vélez de Guevara, quien: “va haciendo la novela desde el aire, desde otra perspectiva de la normal, y esto va a producir cierto efecto grotesco y una visión paródica de lo que se entiende por bien y verdad.”¹²⁴ Lo grotesco, según lo define Kayser, es “el contraste entre forma y argumento, la mezcla centrífuga de lo heterogéneo.”¹²⁵ La mezcla de lo heterogéneo coadyuva a transmitir la sensación del caos.

¹²⁰ Milagros Rodríguez, al hablar de *técnica lucianesca*, parece referirse a lo siguiente: “Luciano se burla, acaso con mayor crueldad, por la inelegancia, la hinchazón, la tosquedad o la indignidad de lo atacado, y por detrás de su sátira hay un escepticismo absoluto.” [En línea] https://es.wikipedia.org/wiki/Luciano_de_Sam%C3%B3sata consultado el 25 de febrero del 2017 a las 11.05 a.m.

¹²¹ Felipe B. Pedraza, *op. cit.*, p.137.

¹²² James O. Crosby en *op. cit.*, p. 73. Las comillas son del autor.

¹²³ Helena Beristáin, *op. cit.*, p.279.

¹²⁴ Enrique Rodríguez en prólogo a *El Diablo Cojuelo*, p.21.

¹²⁵ *Idem.*

Nótese cómo el tema de las apariencias vuelve sobre las mismas profesiones: el médico y el abogado, a quienes dedica la mayor crítica por fingirse más sabios que el resto de los hombres. La crítica, recordemos, procede de la larga tradición satírica del siglo XVII, no sólo de Quevedo. Así sucede con un militar; también en una boda, en un duelo: todos aparentan cierta emoción, pero en realidad sienten casi siempre lo contrario. Asmodeo concluye su enseñanza con estas palabras: “en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? [...] sal a la calle y verás las máscaras de balde.”¹²⁶

La conclusión de este artículo y la del *Sueño del infierno* es muy parecida: ambos dejan claro su afán moralizante y didáctico desde un principio, pero al final, ambos se despiertan de su fantasía para ver que el mundo es tan cruel, o inclusive más, como lo imaginaron. En este caso, Quevedo apela directamente al lector: “sólo pido a quien las leyere [sus visiones], las lea de suerte que el crédito que les dé le sea provechoso [afán didáctico y utilitario] para no experimentar y ver estos lugares.”¹²⁷ Larra, esta vez no habla directamente al lector, lo cual sí hace en otros artículos como “El casarse pronto y mal”, “Empeños y desempeños”, etc, quizá por considerar superflua una moraleja a tan amargo texto. José Luis Varela concluye sobre este artículo: “la tesis estaba anunciada en el título: el mundo es todo eso, un baile de máscaras, una permanente y abigarrada confusión .”¹²⁸

La clase baja tampoco se salva de este vicio. Es evidente que la crisis de valores que Larra retrató en gran parte de sus artículos permeó a toda la sociedad. Para Francisco Rico, el suicidio de Larra es un reflejo de esta crisis; es decir, él considera que la decepcionante sociedad propició su suicidio.

En definitiva —nos dice Rico— su desesperación y confusión personales coinciden con la carencia de valores del mundo circundante. La contradicción interna está determinada por los límites ideológicos de la clase social que no pudo superar, que

¹²⁶ “El mundo todo es máscaras...”, p. 350.

¹²⁷ Francisco de Quevedo, *op. cit.*, p. 267.

¹²⁸ José Luis Varela, “Sobre el estilo de Larra”, en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española. Tomo V Romanticismo y Realismo*. Barcelona, Grijalbo, 1982 p. 129.

desembocó finalmente en un conflicto con su propia clase y consigo mismo. Esta tensión precipitó la crisis final.¹²⁹

Yo estoy completamente de acuerdo con esta afirmación, repetida por diversos críticos. Creo que Larra cifró demasiadas esperanzas en su sociedad —en cada una de sus clases— y en su afán de educarla e instruir la. Por tanto, al ver que no lograba su propósito, comenzó su desencanto y desesperación, cuyo desenlace terrible conocemos. Prueba de esta desesperanza es uno de sus últimos artículos “El día de difuntos de 1836” donde, al concluir el artículo, y en una visión onírica del cementerio, observa una lápida —en otro cementerio, el de su corazón— que reza: “Aquí yace la esperanza”. Aquí está: ¡Su esperanza! Yace muerta, como él yacería apenas cuatro meses después. También hay otra frase reveladora en “La nochebuena de 1836” cuando dice que “en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión.”¹³⁰ Por supuesto, en cada artículo trató de desengañar al público, de educarlo, de promover su avance: no lo logró. Por ello, cada artículo representaba una tumba para cada uno de sus objetivos. Esta crítica a la sociedad, en todos sus niveles, apunta también a la clase media. Así lo deja patente Larra en “El castellano viejo”.

En este texto, la anécdota es sencilla. Mientras Larra camina por las calles de Madrid en busca de tema para sus artículos, se encuentra con un amigo, Braulio, quien lo saluda tosca y efusivamente, para invitarlo a su cumpleaños. Por cuestión de costumbre, Larra se ve obligado a aceptar la invitación. Una vez allí, la comida se retrasa, la mesa es muy pequeña; los invitados, sosos, y nuestro autor se ve inmerso en una reunión tediosa e insoportable.

Este artículo también trata como tema, aunque no central, la falsedad y la vanidad del personaje principal, así como el motivo de la educación. En este caso, la necesidad de Braulio (el castellano viejo y amigo del autor) de querer demostrar que puede organizar un gran festín y que tiene la capacidad económica de despilfarrar para entretenerse. Además, los modos de comportamientos exagerados por parte del anfitrión y sus maneras de conducirse para aparentar ser hombre de sociedad, sólo lo hacen quedar en ridículo ante los demás. Así lo narra el madrileño:

¹²⁹Francisco Rico en *Historia y crítica de la literatura española, tomo V*, p.101.

¹³⁰ “La nochebuena de 1836”, p. 555.

Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos a otros:

—Sírvase usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted a la señora.

—Está bien ahí.

—Perdone usted.

—Gracias.

—Sin etiquetas, señores—exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.¹³¹

Su forma de actuar raya en la impertinencia y la exageración; esto sólo destaca su falta de educación y su necesidad de fingir —más aún jactarse— que la posee. Se deja más que claro cuando el autor exclama: “¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de las más crasa ignorancia de los usos sociales?”¹³²

Veamos lo que dice nuestro autor de su amigo:

Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de clase inferior; puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta [...] es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes.¹³³

Queda claro que no es propiamente un hombre pobre; sin embargo, sus modales y su educación dejan mucho que desear. El ímpetu exacerbado de este tipo de personas por querer hacerse pasar por gentes de mundo los deja más que humillados ante los personajes verdaderamente educados y de clase alta.

La ironía comienza cuando llega el momento del festejo; su amigo Braulio había presumido a los invitados de que “Tendremos al famoso señor X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural...”¹³⁴; a lo que Larra añade “desgraciadamente para mí, el señor de X, que debía divertirnos tanto, gran conocedor

¹³¹ “El castellano viejo”, pp.318-319.

¹³² *Ibidem*, p.320.

¹³³ *Ibid.*, 314.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 320.

de esta clase de convites, había tenido *la habilidad* de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba *oportunamente* comprometido para otro convite ...”¹³⁵ Nótese aquí, la sutil ironía mediante el sustantivo *habilidad* y el adverbio de modo.

La vanidad de Braulio llega al extremo de querer aparentar un comportamiento especialmente atento con Fígaro, a quien le presta su chaqueta para que éste no manche su frac; sin embargo, la chaqueta es enorme para Fígaro, quien queda sepultado —según sus propias palabras— en una chaqueta por la cual sólo asomaban sus pies y su cabeza. Esta imagen grotesca resulta ser metafórica: la forma en que se siente Larra respecto a la situación; al ser el individuo más educado y de mayor conocimiento de normas sociales, entre tanto hombre común y con gente con la cual no comparte la menor similitud se siente ahogado. Se ve minúsculo, disminuido; tal imagen puede extrapolarse al sentimiento de Larra respecto a sus connacionales. Justamente por ser un hombre de educación ilustrada, pensamiento racional y espíritu romántico, no hallaba su lugar entre gente inculta, ignorante y, peor aún, que no se percataban del atraso en que vivían. Este gigante se sintió disminuido entre sus compatriotas.

Posteriormente, el anfitrión pretende que quepan “cómodamente” —nótese la ironía del autor (nuevamente mediante un adverbio que corresponde al mismo tipo de ironía que el último analizado: tropo, ironía directa y *scommma*— catorce personas en una mesa que es para ocho. Larra lo ironiza de la siguiente forma: “hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los invitados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo.”¹³⁶ La socarronería de este fragmento da cuenta de la ironía como fin y no como medio, pues esto, en ninguna forma: está encaminada a la intención satírica del artículo. Larra utiliza la prosopopeya como un recurso burlesco pues son los codos —y no las personas— quienes tienen un trato íntimo durante la comida por su cercanía entre estos por ser la mesa de tamaño pequeño. Sobre la prosopopeya que contribuye al recurso burlesco en este texto, Amell indica: “Todos los objetos, en lugar de ser complementos directos de un verbo o sujetos de un pasivo reflexivo, se hacen responsables de sus propias acciones, contribuyendo al caos total.”¹³⁷ Para colmo,

¹³⁵ *Idem*, p. 316. Las cursivas son mías.

¹³⁶ *Idem*, p. 317-318.

¹³⁷ Alma Amell, *op. cit.*, p.94.

lo colocan entre un niño inquieto, que no deja de jugar y un hombre extremadamente obeso, que ocupa el lugar de tres (nótese la hipérbole).

Hay un comentario sobre las servilletas, aparentemente circunstancial, que tiene una importancia para redondear su opinión sobre la necesidad de los comensales por simular. “Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días...”¹³⁸ El adverbio de modo (*silenciosamente*) funciona para crear la impresión de un evento solemne, como si se izase una bandera, sin embargo, el simple hecho de usar servilletas para estos comensales es algo fuera de lo común. Nuevamente hay intención plena de burla, mas no con fin moralizante.

Por fin, al momento de comenzar la comida se pronuncia una serie de interminables frases de cortesía cuyo único objeto, según Braulio, es mostrar refinamiento, educación y un supuesto conocimiento y uso de estas frases de cortesía. Pues sucede que en su empeño por fingir ser hombre de mundo, únicamente logra quedar en ridículo, y demostrar todo lo contrario. Sus frases resultan forzadas; sus cumplimientos, impertinentes y su proceder, vulgar. Larra continúa con los múltiples defectos del menú: la carne está quemada; el pescado, crudo; el vino es malo; el estofado está pasado. Por tratar de justificarse, tanto Braulio como su esposa culpan a los criados; no obstante, tras uno y otro error es evidente que fue culpa de ellos, ya que no tienen criados ni sirvientes; podemos afirmar que no saben de comida ni de bebida, pero quieren hacerle creer a los demás que sí.

Concluye así la crítica a la vanidad de la clase baja por querer ser como la clase media, y ésta a su vez como la clase alta. Todos aspiran a ser mejores, no obstante, realizan las peores acciones para “lograrlo”.

3.3.2 COSTUMBRES

Uno de los temas a los que Larra dedicó más páginas es la crítica de las costumbres. Al contrario de los escritores propiamente costumbristas —quienes se enfocaron en retratar los

¹³⁸“El castellano viejo”, p.318.

mesones, las fondas, las celebraciones, los ámbitos populares— no sólo las describió, también las criticó. Sobre esta diferencia, Cantero García afirma que Larra:

preocupado en todo momento por llegar al público, por sacudir su conciencia, le invita a que lea sus críticas sociopolíticas y que abandone su pereza [“Vuelva usted mañana”] Ya de estos intentos de complicidad con el lector se desprende que Larra practicó un costumbrismo bien distinto al de Mesonero Romanos o Estébanez Calderón. Nuestro autor enriquece el costumbrismo con una hondura que va mucho más allá del cuadro de costumbres, con una profundidad en el tratamiento de los hechos [...] Procedimientos distintos, pero que se encaminan al mismo fin: exponer la intención crítica del autor.¹³⁹

José Escobar habla del peculiar costumbrismo que practicó el madrileño:

su costumbrismo no es el mero deseo de describir con nostalgia los usos y costumbres locales, sino de desentrañar su sentido con vistas al futuro en un momento histórico de transformación de la sociedad, pues para él las costumbres tienen una profunda significación moral y social reveladora de la idiosincrasia colectiva, en un proyecto de transformación social y cultural en que los hábitos y el espacio de la vida cotidiana, los modos de vivir, de sentir y de pensar propios del Antiguo Régimen se sustituyan por formas discursivas y de conveniencia propias de la sociedad burguesa moderna.¹⁴⁰

Estas palabras resaltan la mente ilustrada de Larra, quien busca, en todo momento, analizar el origen de los vicios morales. Para dar una idea de la importancia del tema costumbrista en la obra de Larra, sólo apuntaré que lo trata en todos los artículos analizados.

En “Empeños y desempeños”, cuyo tema central son las apariencias, hay un juicio negativo a determinadas costumbres. La trama es la siguiente: Un anciano se ve en la necesidad de acudir a una casa de préstamos para ayudar a un joven, quien empeñó un objeto que no era suyo, con la única finalidad de obtener dinero para poder derrocharlo con una dama. El joven al que trata de ayudar resulta ser su sobrino, quien llega muy temprano — procedente de un baile que acaba de concluir— a la casa del tío. Aquí el diálogo:

¹³⁹Víctor García Cantero, *op. cit.*, p. 23.

¹⁴⁰José Escobar. “Larra: Esperanza y melancolía”, p.8. [en línea] http://www.uma.es/aula-de-mayores/navegador_de_ficheros/Apuntes_2015-2016/descargar/PRIMER%20CICLO/3%C2%BA%20CURSO/LITERATURA%20ESPA%C3%91OLA%20III:%20SIGLO%20XIX/VIDA%20DE%20LARRA.pdf consultada el 19 de febrero del 2017 a las 9:55 a.m.

—Vengo de casa de la marquesita del Pañol; hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido a casa con los seis dominós¹⁴¹ que he llevado esta noche para mudarme.
—¿Seis nomás?
—No más.
—No se me hacen muchos.
—Tenía que engañar a seis personas.
—¿Engañar? Mal hecho.
—Querido tío, usted es muy antiguo.¹⁴²

Hallamos en este diálogo la actitud de los jóvenes frente sus mayores: padres, abuelos, tíos. Este contraste de ideas (antiguas/ modernas) refleja también la ideología de Larra, quien constantemente asevera que determinadas costumbres impiden el progreso de su país y su sociedad. Para él, ésta debía renovarse, avanzar dejando a un lado los hábitos nocivos que estaban tan arraigados; aunque no por ello se debían adoptar unos peores como fingir, ni vivir sólo para los bailes y la fiesta. Este contraste de opiniones se realiza mediante la presentación de un *alter ego* para hacer más lúdico y ameno el debate; además de exonerar al autor, de apenas veintiún años, de la crítica que hace a los jóvenes. En esta confrontación hay un

choque y desajuste que se plasma en un conjunto de artículos periodísticos escritos en clave de ironía y de sátira, las cuales alcanzan el nivel de efectividad que requieren al expresar nuestro autor sus puntos de vista desde distintos enfoques y con sus distintas perspectivas. Gracias a ello logra que la realidad quede reflejada en todas sus caras y que a ningún lector le resulte indiferente lo que de ella se diga.¹⁴³

Larra invita a repensar “las costumbres ridículas, inútiles y de mal gusto del público”,¹⁴⁴ a reflexionar el porqué de ciertos hábitos, no sólo a seguirlos con la justificación de que así siempre se ha hecho o porque en otros países así se estila. El problema no era tanto el imitar a otros países, sino que sólo se imitaba lo malo en lugar de lo bueno. La escena concluye con muchísimo humor: el sobrino confiesa que sólo ha venido a pedirle un favor, a lo que el tío responde:

—¿Seré yo la séptima persona?
—¡Querido Tío!; ya me he quitado la máscara.

¹⁴¹ “Préstamo (s. xix) del francés *domino* y este del latín *domino* ‘yo gano’ Antiguamente en francés designaba una capa negra con capucha y de ahí pasó a designar el juego por el color negro de las fichas.”

https://www.google.com.mx/search?q=domin%C3%B3&rlz=1C1CHWA_esMX581MX581&oq=domin%C3%B3&ags=chrome..69i57j0l5.3270j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8#safe=active&q=domin%C3%B3+significado

¹⁴² “Empeños y desempeños”, p.283.

¹⁴³ Víctor Cantera, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴⁴Alma Amell, *op. cit.*, p.87.

—Di el favor — y eché mano de la llave de mi gaveta.

Primero, el diálogo tiene el humor propio del estilo de Larra (el tío teme ser el siguiente engañado); no obstante, las precauciones que toma no dejan de demostrar la falta de confianza propia de sus años de experiencia. Como vemos hay dos puntos de vista distintos: el del sobrino, joven que empieza a comprender el funcionamiento y comportamiento de la sociedad, y el del tío, la voz de la experiencia. Este método de parejas no es exclusivo de este artículo, puesto que en “Vuelva usted mañana” y “El casarse pronto y mal” lo utiliza nuevamente, siempre con el fin de contrastar las opiniones y maneras de comprender el mundo. A mi parecer, es uno de los recursos más interesantes de Mariano José de Larra cuando quiere instruir al público, recurre a la dupla (yuxtaposición en términos de Cantero García) tío/ sobrino y español/ extranjero.

Posteriormente, el tío accede a realizar el favor —que no es otra cosa que prestarle dinero para desempeñar un reloj ajeno— y como agradecimiento el sobrino le da un boleto para que también acuda al baile. Cuando el tío decide retirarse de la celebración, el sobrino lo acompaña a su casa en un carruaje:

Bajé del coche y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra. Un adiós bastante indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que tal favor ya había pasado. Acaso había sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un joven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!¹⁴⁵

Es curiosa la similitud de necesidad tanto del tío como del sobrino. Este episodio revela tradiciones profundamente arraigadas en los españoles, como el empeñar objetos ajenos con la única finalidad de cubrir gastos innecesarios para mantener un determinado estatus; tanto que, si no se corrigen en la juventud, es imposible hacerlo de viejo.

En “El casarse pronto y mal” encontramos, primordialmente, una profunda crítica a la educación, pero también a las costumbres. En este texto se utiliza nuevamente el recurso de par: sobrino/ tío. Aunque por lo general no estoy de acuerdo en considerar al propio Larra como protagonista de sus artículos, en este caso es innegable —y aquí concuerdo con la crítica— que éste es el artículo con la mayor cantidad de rasgos autobiográficos. Inclusive,

¹⁴⁵ “Empeños y desempeños”, p. 292.

hay, en este juicio de las costumbres, una especie de autoescarnio puesto en voz de un tercero, que siempre resulta ser el narrador. Conuerdo con Lorenzo Rivero, quien dice: “A Larra sus artículos le solucionan un conflicto interior, la liberación, por lo menos en parte, de su angustia y desesperación originadas por la incompatibilidad de su concepto de lo que debe ser España con la realidad presente.”¹⁴⁶ Creo que Larra encuentra en la escritura un medio de expiación de sus propios defectos —y su angustia por no poder corregir éstos en los españoles— pero colocados en un “sobrino” o un extranjero. Veamos cómo nos habla de la crianza que habían recibido tanto el narrador como su hermana:

había recibido aquella educación que se daba en España no hace ni un siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba [solo] las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos.¹⁴⁷

Esta descripción, que destaca en primera instancia las costumbres religiosas: rezar, leer vidas de santos, oír misa, etc., pudiera parecer, en una lectura superficial, que las califica como positivas. Sin embargo, al conocer la opinión tan implacable sobre este particular, puede percibirse un cierto grado de ironía. “Siempre la ironía es interpretada en su verdadero sentido gracias a algún grado de evidencia significativa que se halla en la palabra o en la frase breve, si es metasema, o en el contexto discursivo próximo si es metalogismo, o ironía “*in absentia*” si se entiende a merced de un contexto mayor que está en la realidad del referente.”¹⁴⁸ El fragmento citado de Larra corresponde a esta última categoría, el contexto mayor es la obra periodística del crítico, en la cual atacó constantemente el fanatismo de los creyentes. Pero más que la religión en sí, le molestaba que ésta permeara todos los aspectos de la sociedad, es decir, se concebía al mundo desde la ideología religiosa, por eso aquí incluye una crítica muy sutil. Me refiero a que enlista las costumbres adoptadas por una familia cristiana prototípica, como si fuera a enaltecerla; nos las describe como si fuera algo bueno, las exalta. Debemos conocer el resto de los artículos para saber que está jugando con nosotros. En general se esforzó, en gran parte de sus artículos, por superar una concepción del mundo basado en la religión.

¹⁴⁶ Luis Lorenzo Rivero. *Larra: lengua y estilo*, Madrid, Playor, 1977, p. 164.

¹⁴⁷ “El casarse pronto y mal”, p. 300.

¹⁴⁸ Helena Beristáin, *op. cit.*, p. 278.

Tras la crítica a la cuestión religiosa, comenta las costumbres, adoptadas por una “buena familia”, para mantener la imagen de familia modelo (subyace el tema de las apariencias): no desvelarse, lucir vestido para ocasiones especiales, cuidar que las jovencitas no estuvieran coqueteando con algún enamorado por el balcón —recordemos que la honra de la familia recaía por completo en la mujer, una concepción muy arraigada socialmente desde tiempos muy antiguos— y el padre con la mano más besada que una vieja reliquia, que es por cierto una hipérbole muy graciosa.

Posteriormente hay una opinión a los usos de la nobleza española:

somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado a morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera?¹⁴⁹

Aquí no hay ironía pues la burla es directa, pero sí humor; lo ridículo que resulta conservar el apego a la nobleza sin los bienes da testimonio de un problema común en aquel tiempo en gran parte de España: los nobles venidos a menos.¹⁵⁰ Además, está el recurso de la hipérbole: ¿Qué diría la nación entera? Esto quizá se justifica con el fin de exagerar la opinión de la gente sobre uno; equivale al qué dirán, lo cual revela la gran importancia que el dictamen de la sociedad tenía sobre una familia o persona¹⁵¹ (lo que ciertamente tiene mucho que ver con la vanidad y el empeño en las apariencias, pero también con el honor). Para ellos ha escrito Larra su artículo, así lo afirma en “El casarse pronto y mal”: “Esta masa [colectividad] que se llama despreocupada en nuestro país, no es, pues, más que el eco, la última palabra de Francia no más. Para esta clase hemos escrito nuestro artículo;”¹⁵² esa “masa” más preocupada por el qué dirán si los hijos aprendiesen cualquier oficio, que por criarlos y educarlos bien.

¹⁴⁹ “El casarse pronto y mal” ,p. 303.

¹⁵⁰ Trato este tema en el apartado de “Honor”.

¹⁵¹ Sobre este particular Cf. Díaz Plaja quien afirma que el principal motivo para actuar de los españoles es el qué dirán, el posible juicio de los demás, *op. cit.*, p. 106.

¹⁵² “El casarse pronto y mal”, p. 310.

Por último, se nos ofrece otro contraste interesante: la descripción del sobrino cuando ya se ha casado: “Augusto no es a los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio déspota y no marido...”¹⁵³ El proceso de configuración del sobrino es bien realizado por Larra: primero ensalza sus cualidades para luego rebajarlas por completo y dejar sólo defectos en su descripción final. La oposición se vuelve más contundente. Ballart apunta sobre este proceso y su relación con la ironía que: “ halla su pleno sentido en la frustración de unas expectativas elevadas [que se convierten] en cosas terrenales, contingentes y mezquinas.”¹⁵⁴

En “El castellano viejo” se habla de ciertas costumbres a propósito del comportamiento social: “no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que pareciera el negarse grosería, o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.”¹⁵⁵ Es una opinión interesante: ¿por qué el rechazar una invitación parece, en ocasiones, grosería? No se medita, pero así es (costumbre nuevamente), se actúa sin reflexión porque así se ha hecho siempre. La costumbre es guardar las formas. Precisamente por ello, no queda más remedio que aceptar de mala gana. Este proceder podría cuestionarse, sin ningún anacronismo, en la actualidad, y no creo que haya una respuesta satisfactoria. Sin embargo, temas como la cortesía exagerada y el conducirse con corrección salen de mis objetivos; no quería dejar de mencionarlos para constatar la actualidad del pensamiento de Larra. La anécdota ya la he referido. Al encontrar a Braulio, nuestro narrador emite una crítica fina sobre sus modos de comportamiento:

Una de esas interjecciones que una repentina sacudida [Braulio le palmea con mucha fuerza en la espalda] suele, sin consultar el decoro, arrancar espontáneamente de una boca castellana, se atravesó entre mis dientes, y hubiérale echado redondo a haber estado esto en mis costumbres, y a no haber reflexionado que semejantes manera de

¹⁵³ *Ibidem*, p. 307.

¹⁵⁴ Ballart, *op. cit.*, p. 167.

¹⁵⁵ “El castellano viejo”, p. 311.

anunciarse, en sí algo exageradas, suelen ser las inocentes muestras de afecto o franqueza de este país de *exabruptos*.¹⁵⁶

Dos palabras: costumbres y reflexión son primordiales para comprender este apartado: de no haber reflexionado le hubiera respondido a Braulio con una palabra altisonante pero no lo hizo y reflexionó, no actuó impulsivamente; es decir, meditó su actuar. Esto engloba la crítica de las costumbres en toda su obra: la falta de reflexión sobre éstas. Claro, como son comportamientos que se dan por válidos, no se medita sobre ellos.

Aquí hay un contraste de formas de comportamiento ¿qué es cortesía o descortesía?: las costumbres de los *exabruptos* (el presentarse con aspavientos y exageración) no son otra cosa que inocentadas, maneras de conducirse entre amigos cercanos. Pero surge aquí la paradoja: es grosería, y muy mal visto, declinar cualquier tipo de invitación, pero es costumbre ser brusco, grosero y hasta cruel con los amigos. Justo este tipo de razonamientos son los que Larra buscaba despertar en el público. Cuestionarse el porqué actuaban como lo hacían, aunque fuera extraño, ilógico, absurdo o no tuviera sentido: obviamente al ser costumbres tan viejas y pasadas de generación en generación, ellos las veían como normales; Larra no. Lo cual se debe, según Ballart, a su vena irónica. Ballart asegura que la ironía: “pone sobre el tapete un rasgo fundamental como es el de la conciencia, por parte del lector, de la ceguera de unos personajes que desconocen su verdadera situación, resumida en la habitual imagen de ver desde arriba.”¹⁵⁷ Esta “ceguera” pertenece a los personajes tipo *contra quienes* Larra dirigirá su crítica. Estos parecían ciegos ante lo que tenían delante de sus ojos: nuestro autor era el único que lo veía. Muecke, por su parte, asevera sobre este tipo de ironía que es “como un fenómeno de dos pisos, en el que el piso inferior es ocupado por las víctimas de la ironía y el superior por su artífice.”¹⁵⁸ Esto es más evidente en “El mundo todo es máscaras...” cuando sobre vuela Madrid; lo ve y lo describe desde las alturas con una perspectiva mucho más amplia y , por tanto, más reveladora. Efectivamente, nuestro autor parecía ver todo aquello que consideraba nocivo para el progreso de los españoles y que, para ellos, parecía invisible. En ese aspecto, Larra pareciera ubicarse desde arriba y analizar con una lupa cada aspecto de su sociedad, aunque no por ello dejaba de ser partícipe de sus

¹⁵⁶ *Ibidem*, p.312. Las cursivas son del autor.

¹⁵⁷ Pete Ballart, *op. cit.*, p. 164.

¹⁵⁸ Muecke, citado por Ballart, p.184.

artículos como personaje, no sólo como narrador, es decir, se acercaba o alejaba según fuera necesario. En este sentido, “el gran crítico Leopoldo Alas pudo decir: Fígaro era el primer escritor de su tiempo; veía horizontes que sus contemporáneos en España no columbraban siquiera.”¹⁵⁹

En “Vuelva usted mañana”, artículo enfocado a la crítica de la pereza y esa costumbre de diferir y aplazar todo. Menciona sólo una vez las costumbres, pero de una manera tan contundente que hay mucho que decir. Esta crítica a la pereza de los españoles, recuerda directamente a Quevedo, quien en una carta a Justo Lipsio dice: “De mi España, ¿qué diré que no sea con gemido? Vosotros sois presa de la guerra; nosotros del ocio y de la ignorancia. Allá se consumen nuestros soldados y nuestros recursos; aquí somos nosotros los que nos consumismos.”¹⁶⁰

La trama, a grandes rasgos, es la siguiente: un extranjero requiere hacer diversas diligencias en España; según él, en menos de una semana terminará todos sus pendientes. Sin embargo, la incompetencia e inactividad de los españoles le obliga a permanecer seis meses en el país.

Tras el fracaso de sus empresas, el personaje principal —quien le dio asilo al francés— conversa con otro español sobre la desgraciada costumbre de hacer las cosas lentamente y mal, como siempre se han hecho, sin buscar la eficiencia:

—Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere [hacer]

— Sí, pero lo han hecho.

—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas ¿Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podían perjudicar los antiguos al moderno.¹⁶¹

Primero, la ironía, al comenzar este último párrafo, es una contradicción evidente. Ironía como tropo, según Navaz; ironía directa, según Ballart; antífrasis para Beristáin. Para nadie resultaría “una lástima” que las cosas dejasen de hacerse mal. Segundo, la justificación del amigo es reveladora de la idiosincrasia española (cuestionada por Larra): aunque sea mal,

¹⁵⁹ Leopoldo Alas Clarín, citado por Susan Kirkpatrick. *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Trad. de Marta Eguía. Madrid, Gredos, 1977, p.11.

¹⁶⁰ Francisco de Quevedo. *El buscón*, Madrid, Castalia, 1994, p. 15.

¹⁶¹ “Vuelva usted mañana”, p.332.

las cosas deben hacerse. Este tipo de ideas son las que nuestro autor intenta cambiar: no ser conformistas, mal hechos, sino hacer las cosas bien y con eficiencia. Pensar sobre la manera como desempeñamos nuestro trabajo, no hacer algo de tal o cual manera, sólo porque así se ha hecho siempre. Para debatir este modo de pensar acude a la burla: “Así está establecido —habla el español—; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo. Por esta razón —replica Larra— deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.”¹⁶² Aquí queda claro que el hombre no comprende que todo, sociedades y personas, evolucionan. Pero este español con el que dialoga, no es *un* español, es *el* español. Otro tipo genérico que representa a todos los españoles, y su modo de ver el mundo.

Por último, “Un reo de muerte” y “El duelo” son textos que se concentran en estos dos temas como costumbres: la pena de muerte y el duelo, respectivamente. La opinión es realmente rigurosa: Larra se despoja —al contrario de lo que sucede en los artículos hasta ahora analizados— de cualquier dejo de humor e ironía, al menos al escribir sobre estas dos costumbres. Además, las afirmaciones son muy directas y claras; no trata, como cuando opina sobre la educación, la religión, la vanidad, etc. de crear ambigüedad. Su objetivo es claro: criticar abiertamente estas prácticas. Primero, en un “Reo de muerte” se narra, a manera de crónica, el proceso del condenado desde la prisión al patíbulo. Después expresa su opinión:

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente a considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecernoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero ésta es la dificultad que hay para hacer reformas.¹⁶³

Aunque el estilo es inconfundible, hay una madurez intelectual en nuestro crítico. Solamente han pasado dos años de los primeros textos estudiados, la meditación y el tono muestran una notable evolución, una seriedad de pensamiento. La forma en que examina las costumbres, tan arraigadas en este caso, me parecen muy adelantadas para 1834 y principalmente para España. Sus consideraciones no sólo son sobre las costumbres, permean

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ “Un reo de muerte”, p.476.

también la política, las leyes, la sociedad. Su argumentación es concisa, lo que da cuenta de la genialidad de su pensamiento y su lucidez.

Tras estas disertaciones, regresa a hablar sobre la pena de muerte: “este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada a cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarle no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros”¹⁶⁴. La metáfora que utiliza nuestro autor ilustra muy bien su punto: tomar a la nación como un cuerpo y a los integrantes de ésta como miembros, con lo cual al matar a uno de ellos, la sociedad se autodestruye.

En “El duelo”, Mariano José de Larra ataca ferozmente la costumbre de batirse, de solucionar cualquier tipo de ofensa o menoscabo al honor —mal entendido en opinión del madrileño— con la muerte del ofensor o del ofendido. Para el crítico, resulta incomprensible que por la culpa de una mujer, por ejemplo, deban morir dos hombres. El pensamiento, de nueva cuenta, es muy adelantado a una época donde eso se estilaba e inclusive era necesario e impensable negarse a un duelo.

El tema común de estos artículos es la muerte; en ambos, Larra percibe un absurdo proceder. Este sinsentido de las formas de morir o de matar, según sea el caso, es el que le interesa exponer en sus textos. Sin embargo, en esta ocasión no se vale de su acostumbrado humor, ni de la ironía: la solemnidad con que expone y critica el tema es atípica de su estilo, aunque no por ello deja de ser ameno. Aquí es plenamente satírico.

3.3.3 EDUCACIÓN

Como he tratado de enfatizar Larra siempre le concedió muchísima importancia al tema de la educación. Nuestro autor instó, en todo momento, a educar al público, ya censurándolo con su sátira mordaz, ya instruyéndolo con su solemne y concienzudo discurso. Confiaba en que la única vía para que España lograra ponerse a la par de aquellos países, que los propios españoles tanto admiraban por avanzados, ilustrados y refinados, era mediante un auténtico

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 477.

proceso de instrucción. No sólo en los niños y jóvenes —aunque hay que destacar que era en éstos en quienes Larra cifraba sus mayores expectativas— también los adultos debían tratar de cambiar su mentalidad por medio de la educación. “El tema de la educación aparece muy a menudo en la obra de Larra, ya que está convencido de que sólo mediante aquélla se puede conseguir la libertad para todos.”¹⁶⁵

El tema de la educación sólo aparece en dos artículos de entre los que seleccioné, previamente mencionados y comentados desde otras aristas: “El casarse pronto y mal” y “El Castellano viejo”, cuya temática aborda también las costumbres. Esto no es fortuito. Las costumbres están cimentadas en la educación; es decir, se nos han enseñado determinados modos de comportamiento, de actuar y, desde luego, de pensar. Larra justamente fue educado por padres españoles —ciertamente más cultos que el promedio— y criado en Francia donde asimiló el idioma, la cultura y las costumbres francesas, aunque no por ello considero que haya excluido las españolas. Creo que en nuestro autor coincidieron las costumbres de ambas naciones, lo que le permitió, por una parte, adquirir la cultura y la educación del país galo, que era paradigma de modernidad. Por otra parte, también pudo escudriñar, a su regreso a España, con mente más moderna, las costumbres de su país natal. Justamente por eso pudo tener esa visión tan crítica de sus coterráneos, ya que la educación francesa cimentó su juicio sobre las costumbres españolas, un tanto ajenas para él.¹⁶⁶ De tal modo que para cualquier otro —salvo contadas excepciones, desde luego— nadie podría haber enjuiciado las costumbres pues éstas forman parte de su proceso educativo. Sin embargo, nadie es profeta en su tierra, en el sentido de que no logró despabilar a la sociedad que retrataba y criticaba.

En “El casarse pronto y mal” nos habla del proceso de educación de su hermana, quien luego hubo de emigrar a Francia, y de las terribles consecuencias que conlleva el libertinaje en la crianza del hijo de su hermana. Veamos lo que opina de la educación que recibieron el propio narrador y su hermana, para luego compararla con la que se imparte 25 años después, es decir la de la siguiente generación:

¹⁶⁵Alma Amell, *op.cit.*, p. 84.

¹⁶⁶ Si bien Larra conocía las costumbres de su país natal, le parecían algo ajenas por no comprender el contexto en el que se desarrollaban. Es decir, las conocía y sabía por qué se seguían, pero no se identificaba con ellas.

[Mi hermana] había recibido aquella educación que se daba en España no hace ni un siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba solo las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestidos los domingos de Ramos, se cuidaba que no anduvieran las niñas balconeando, y andaba siempre señor padre que entonces no se llamaba papá, con la mano más besada que reliquia vieja.¹⁶⁷

Su descripción es muy directa: la educación que el narrador y la hermana recibieron no estaba bien cimentada, era más bien una imposición y una rutina (así se *acostumbraba* “educar”). Además, el modelo educativo se basa en la educación religiosa, se educaba según los preceptos de la Iglesia y, por ende, la vida giraba en torno a ella. La claridad de pensamiento cuya luz arroja sobre estos temas es notable; de modo que la “educación” recibida puede cambiarse de un día para otro como si de un pasatiempo se tratara; justamente porque no tenía buenos cimientos, no había echado raíces profundas, ya que no había ningún proceso de reflexión ni de pensamiento crítico. Se actuaba por costumbre, no por razón.

Por diversos motivos su hermana, como mencioné, emigró a Francia, en donde:

Aficionose mi hermana a las costumbres francesas, y ya no fue el pan pan, ni el vino vino [...] Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca supo detenerse en el justo medio [...] se dejó de misas y devociones, sin saber ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía.¹⁶⁸

Sigue la severa crítica a actuar sin pensar, a educarse un poco aquí un poco allá, pero sin obtener las bases adecuadas para formar un pensamiento crítico propio, de lo cual no parece exonerar a la educación francesa. Aunque la mayor culpa es de su hermana, quien no se esforzó por absorber correctamente el pensamiento francés, sino que únicamente adquirió lo que le convenía y muy superficialmente, por eso sólo se *aficionó* como si de un pasatiempo se tratara. La transformación de las cosas y los hábitos que dejó y los que adoptó configuran el cambio abismal que se suscitó en sus costumbres. Luego, la narración se enfoca en Augusto, el hijo de su hermana. Éste heredó la “despreocupación” —así llama Larra a esta educación a medias— de su madre. De tal palo, tal astilla.

¹⁶⁷ “El casarse pronto y mal” p. 300.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 301.

Hay, sin embargo, una diferencia esencial: la educación religiosa. La hermana del narrador la había obtenido, a pesar de que ya no creía ni practicaba su religión; al menos, la conocía; Augusto, en cambio, ignoraba e inclusive desdeñaba el tema. Veamos el proceso de instrucción y crecimiento que el narrador nos presenta de su sobrino:

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado [...] regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar. [...] Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador y racionado como todo muchacho bien educado.¹⁶⁹

Aunque parece enaltecer las cualidades de su sobrino (que lee, hacina, galleaba y citaba), las reflexiones iniciales en torno a la educación nos dan pauta para saber, a todas luces, que se trata de una ironía (la actitud del sobrino y su fina educación, en este caso). Por su parte, Navaz lo consideraría un *dissimulatio*: consiste en el engaño (ironía como figura de lenguaje); Ballart, reconocería una ironía directa, pues el texto señala como verdad evidente una falsedad. Siguiendo a Beristáin, este tipo de ironía corresponde a un *hipocorismo*: “burla amable que con ternura atenúa algo reprobable.”¹⁷⁰

Llega el momento en que Augusto se enamora de una jovencita, muy educada, a quien pronto quiere hacer su esposa. Los padres de los enamorados se oponen rotundamente por la juventud de los novios, además de que no tenían medio económico alguno, pues el honor de la madre de Augusto, derivado de su origen noble, le impedía al joven aprender oficio alguno; era, pues, una fatalidad permitir tal relación. La necedad, propia de la juventud del sobrino, le induce a creer que: “los padres no deben tiranizar a los hijos, que los hijos no deben obedecer a los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto haberle criado y educado, nada le debía, pues [su madre] lo había hecho por una obligación imprescindible.”¹⁷¹

¹⁶⁹ *Ibidem*, p.302.

¹⁷⁰ Helena Beristáin, *op. cit.*, p. 279.

¹⁷¹ “El casarse pronto y mal” p. 305.

Finalmente, se casan; pero no pasa mucho tiempo para que se percaten de que el dinero no llega solo y hay que trabajar para obtenerlo. Así pasan tres años, ahora con tres hijos que mantener, la situación luce cada vez peor. Un amigo de Augusto comienza a brindarles ayuda, por lo que paulatinamente comienza a ganarse el afecto de la esposa hasta que la convence de que huyan juntos. Augusto, al enterarse, los persigue hasta que cobra venganza con la muerte del amigo, a quien asesina de un balazo, y el suicidio de la esposa, quien se arroja desde la ventana del cuarto donde los halló. Augusto deja una nota antes de suicidarse: “Dentro de media hora no existiré; cuidado de mis hijos y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan con el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora.”¹⁷² Larra emplea un juego de doble significación con el término *despreocupado*. Uno corresponde a aquel que no se preocupa porque no le interesa (el ignorante); otro, es aquel que no tiene motivos para hacerlo, pues es una persona de intelecto y reflexión, por tanto, sabe que su inteligencia lo llevará por buen camino.

El cambio de mentalidad obedece a las amargas experiencias que le tocaron vivir a Augusto; sin embargo, si se le hubiese instruido apropiadamente desde el principio, habría sido más cauteloso y reflexivo en sus decisiones. Para concluir, oigamos la voz del narrador sobre los objetivos que persigue, así como su conclusión sobre lo que es una “verdadera ilustración”, una educación bien arraigada en sólidas bases, no sólo superficial y vana:

Nosotros declaramos positivamente que nuestra intención al pintar los funestos efectos de la poca solidez de la instrucción en los jóvenes del día ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno, y no lo malo, lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres, y no lo que les es superior todavía. [...] empiécese por el principio: educación, instrucción. Sobre estas grandes y sólidas bases se ha de levantar el edificio [país].¹⁷³

En “El castellano viejo”, la crítica a la educación se enfoca en Braulio, castellano viejo, de quien se dice : “mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior,

¹⁷² *Ibidem*, p.308.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 309-310.

puesto que es un empleado de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta.”¹⁷⁴ Sobre este artículo José Escobar apunta: “basado en una sátira en verso de Boileau, *El Pobrecito hablador*, aquí y a lo largo de toda la serie, nos ofrece una visión esperpéntica de la España casticista, representada por el título proverbial del artículo , y un anhelo de europeización, aspiración constante de la tradición ilustrada y liberal...”¹⁷⁵ No obstante, Vicente Llorens remarca las diferencias entre los textos de Larra y Boileau:

En Boileau todo queda reducido en el fondo a lo siguiente: al mal gusto culinario de aquellos señores de campo. También hay en Larra más de una digresión y una depreciación final sobre el escaso gusto y el ningún refinamiento de su anfitrión; pero su sátira es mucho más amplia y tiene una finalidad inexistente en el escritor francés [...] la dimensión nacional de la sátira queda fuera de duda. Como es evidente también un rasgo esencial que diferencia al español de otros satíricos europeos: su preocupación patriótica.¹⁷⁶

En Braulio, nuestro autor coloca una descripción genérica de toda una clase social de España: la clase media. Esta vez no ataca a un personaje concreto (el avaro, la querida, el calavera) sino que se vale de un hombre que representa el prototipo de español clasemediero y castellano viejo. En él proyecta sus ideas, sus comportamientos, sus costumbres y desde luego su educación. Así describe la idiosincrasia de su amigo:

llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia, monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego¹⁷⁷: cree que toda la educación está reducida a decir Dios guarde a ustedes al entrar en una sala, y añadir con permiso de usted cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombre de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que

¹⁷⁴ “El castellano viejo”, p. 314.

¹⁷⁵ José Escobar, op. cit., p. 6.

¹⁷⁶ Vicente Llorens. *El romanticismo español*. Madrid, Castalia, 1980, p. 350.

¹⁷⁷ Díaz Plaja anota una situación parecida que donde le ocurrió que un niño se mete en una fila para apartar dos lugares juntos (el suyo y el de su madre) en un autobús. Sobre lo que Díaz Plaja comenta: “Guardar cola era ser un primo, dejar pasar a quien estaba delante hacer el tonto, considerar los derechos ajenos estar en la luna.”, p. 73.

cuando se hallan en sociedad por desgracia sin su socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos porque en realidad no saben dónde ponerlos.¹⁷⁸

Hay en este fragmento, la idea de reducir la educación a la simple cortesía. Aquí está uno de los problemas centrales: considerar la educación sólo desde una de sus aristas, porque, como vulgarmente se cree, alguien es educado cuando es cortés y maleducado cuando no lo es. Según este testimonio, el español de clase media se limita a creer que preguntar por la familia del otro (sólo por fórmula social y no por verdadero interés) y solicitar permiso cada vez que se va a mover uno de sitio es ser una persona educada. Una limitación muy grande puesto que la lectura, la crítica y la instrucción escolar no se consideran como grandes pilares de la educación.

El comportamiento de este castellano viejo es más por tradición que por convicción o educación propia. Me parece que la mención del sombrero y el bastón —accesorios que responden a la moda del momento, principalmente entre gente de clase alta— no es fortuito; bien podrían implicar una significación con respecto a la educación: que sólo la usa por moda, porque así lo hace todo el mundo, lo cual es más factible debido a la referencia de que sólo se levanta para saludar, cuando haya alguien más que lo haga; esto se debe a que por sí mismo no lo haría, porque no sabe cómo proceder sino es por imitación, se muestra impertinente en cuanto al comportamiento social que no sea rutinario.

Luego de la descripción, el narrador es invitado a la comida para celebrar el cumpleaños de su amigo, a la cual asiste de muy mala gana y tras la insistencia de Braulio. El narrador —exánime y por compromiso— se presenta en la comida, donde hay gran algarabía entre adultos, niños y hasta animales. La escena está atiborrada: “todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos.”¹⁷⁹ Esta *acomulatio* ayuda a transmitir la sensación de hastío, de ahogo del narrador en aquella casa. Y allí no para la crítica, el tema de conversación también es criticado: “hablaron de que el tiempo va a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano.”¹⁸⁰ Las perogrulladas y las banalidades evidencian la falta de verdadera cultura por parte de los concurrentes cuyo intelecto los limita a hablar de obviedades; no

¹⁷⁸ “El castellano viejo”, p.315.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 316.

¹⁸⁰ *Idem*.

pueden hablar de temas de mayor profundidad. Recordemos que los concurrentes, pertenecientes, esencialmente, a la clase media son muy parecidos a Braulio. Una vez en la mesa, las frases de cortesía resultan interminables y aburridísimas: “interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburríamos unos a otros.”¹⁸¹ Hay en este fragmento una observación interesante: tanto la exageración en la cortesía como la falta de ésta, demuestra únicamente la pobre educación. Los invitados, al querer aparentar ser personas de sociedad, utilizan tantas frases de cortesía que caen en el ridículo. Braulio, al no usar ninguna, demuestra su verdadera esencia: un hombre práctico pero tosco, sin reparo en las convenciones sociales. La intimidad del hogar nos revela la verdadera personalidad de Braulio, quien ante la sociedad (ambiente público) cree conducirse como hombre educado y de mundo; entre los amigos, y en su casa (ambiente privado), procede con completo desenvolvimiento.

Al estar servida la comida —muy mala, si juzgamos las descripciones del narrador— Braulio comienza a pelear con su mujer por lo quemado de un guiso, lo crudo de otro, lo insípido de los platillos en general. La mujer, desde luego culpa al criado, lo ridículo es que no lo tienen. La disputa continúa por lo que los comensales intervienen para evitar una riña:

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la *mayor delicadeza*, para lo cual no fue poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llamaba él a estar bien servido y al saber comer.¹⁸²

Hay que reparar en la palabra cumplimiento, mencionada dos veces en el artículo, de la que Braulio tiene una concepción particular: “dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo* y *miento*.”¹⁸³ Esta paranomasia¹⁸⁴ indica cumplir con las mentiras, es decir, proceder falsamente para cumplir con la sociedad, con otros hombres, la esposa, en fin. Esta palabra —o el significado que le otorga el castellano viejo— revela mucho del

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 318.

¹⁸² *Ibidem*, p. 320. Las cursivas son mías.

¹⁸³ *Ibidem*, p.315. Las cursivas son del autor.

¹⁸⁴ Cf. Alma Amell, p. 94.

pensamiento de Braulio sobre la educación, la cortesía y las costumbres. No debemos pasar por alto, la sutil ironía de la mayor delicadeza.¹⁸⁵

Cuando concluye la comida, el narrador sale de inmediato; ya en su casa reflexiona sobre la situación: “no son uno todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, [...] viven sujetos al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse.”¹⁸⁶

Larra deja muy clara su opinión. Los hombres tienen un mismo entendimiento, por lo tanto Braulio sólo es circunstancial pues pudo ser cualquier otro nombre el asignado a este tipo genérico de la sociedad que Larra observaba y en la cual se desarrolló; este individuo es un reflejo de los defectos, los vicios y los comportamientos de la sociedad. No obstante, sus declaraciones posteriores llegan a mezclarse con la hipocresía: fingen ser educados y vivir en armonía sólo para tolerar a los demás y no tener conflicto entre sí. Pero no sólo los tolera sino que simulan estimarlos y quererlos, sólo con el fin de llevar la fiesta en paz. Ya no sólo se condesciende por cortesía, inclusive se miente, se finge con el mismo fin, lo que resulta abominable.

3.3.4 HONOR- ORGULLO

Aunque el honor y el orgullo son conceptos diferentes, en la obra de Larra, o al menos en los artículos que he estudiados están muy relacionados. Ambos son cualidades individuales; el honor insta a actuar correcta y moralmente; el orgullo, por su parte, es un exceso en la valía de uno mismo. Estos temas no son el motivo principal de ningún artículo; sin embargo, Larra no deja de mencionarlos en un par de ellos. El honor, incluso en nuestros días, resulta un tema muy complejo. Quizá por esto, Larra dedicó tres artículos —aunque en ninguno como tema central— a cavilar en tal concepto. Al buscar en el diccionario aparecen diez entradas,

¹⁸⁵ Según Navaz Ruiz, sería una forma de ingenio; para Ballart, una ironía directa. Para Beristáin, es un antífrasis, una contradicción evidente.

¹⁸⁶ *Ibidem*, p.323.

lo cual nos indica la multiplicidad semántica de la palabra. Muy probablemente el honor al que alude nuestro autor sea la segunda acepción: “Gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas, la cual trasciende a las familias, personas y acciones mismas de quien se la granjea.”¹⁸⁷

El *Diccionario de Autoridades* (1734) así definía honor: “s. m. Honra con esplendor y publicidad. Viene del Latino Honor. Según el *Diccionario de Autoridades* son sinónimos. Concuero más con la opinión de Menéndez Pidal quien asevera que: “el honor es loor, reverencia o consideración que el hombre gana por su virtud o buenos hechos. La honra, por su parte, aunque se gana con actos propios, depende de actos ajenos. Así es que se pierde igualmente por actos ajenos, cuando cualquiera retira su consideración y respeto a otro.”¹⁸⁸ Según Menéndez Pidal, esta distinción también se presenta en poemas tan primigenios como el *Cantar del Mío Cid* y hasta en el teatro de los siglos áureos. En este aspecto Américo Castro apunta: “El honor es, pero la honra pertenece a alguien, actúa y se está moviendo en una vida. La lengua literaria distinguía entre el honor como concepto y los casos de honra.”¹⁸⁹ En los artículos estudiados, honor y honra son tratados como sinónimos, por lo cual me someto a las consideraciones que Larra plasmó. Sin embargo, destacaré cuando se refiera a honor como opinión pública (honra, según mi perspectiva).¹⁹⁰ Antes, conviene realizar un breve, pero sustancioso rastreo del origen de este honor español tan peculiar.

Américo Castro argumenta que debemos remontarnos aproximadamente al siglo XV¹⁹¹ cuando la honra española “se hace comprensible [por] la prieta vecindad y la sostenida rivalidad de esas tres castas [cristianos, moros y judíos], la forma española de entender la

¹⁸⁷ Diccionario de la Real Academia Española [En línea] <http://dle.rae.es/?id=KdBUWwv> consultado el 22 de diciembre del 2016 a las 11:37 am

¹⁸⁸ María Victoria Martínez citando a Menéndez Pidal en “A vueltas con la honra y el honor. Evolución en la concepción de la honra y el honor en las sociedades castellanas desde el medioevo hasta el Siglo XVII”, p.1 [En línea] <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol8-9/pdf/A%20vueltas%20con%20la%20honra%20y%20el%20honor.pdf> consultado el 26 de febrero del 2017 a las 7:28 p.m.

¹⁸⁹ Citado por Claude Chauchadis. “Honor y honra o cómo se comete un error en lexicología”, p. 69. [En línea] http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/017/017_069.pdf consultado el 26 de febrero del 2017 a las 8.50 p. m.

¹⁹⁰ Para un análisis más completo refiero al lector a Claude Chauchadis, quien confronta las diversas opiniones sobre el tema. No obstante la riqueza de su aparato crítico, no llega a conclusión pues opta por dejar abierto el debate http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/017/017_069.pdf

¹⁹¹ Por cuestiones meramente prácticas sólo me remonto al Siglo XV, aunque el concepto del honor hispano se remonta a más siglos atrás.

honra como reflejo de la opinión, y no como una pertenencia de la persona, como virtud individualizada y asible respecto del sentir de la gente.”¹⁹²

Efectivamente, todo podría remontarse a la expulsión de los moros y judíos con la reconquista de Granada en 1492. Con esta masiva expulsión de castas, “los castellanos se encontraron constituidos como una casta singularizada por su creencia religiosa [además de heroica] que hizo posible los hechos gloriosos de Granada, Nápoles y las Indias.”¹⁹³ De tal forma que estos actos heroicos pasaron a ser inspiración de romances, historias y cantares, donde el héroe siempre era de sangre limpia y cristianos viejos (es decir que sus ancestros no tenían relación con judíos ni moros).¹⁹⁴ Esos héroes —de sangre limpia y cristianos viejos— eran conocidos como hidalgos, cuyo linaje provenía de labradores de condición inculta.¹⁹⁵ Aquí está, según Américo Castro, el factor más determinante en la decadencia española: los prejuicios de “impureza” y “deshonroso” de toda actividad (intelectual o manual). “Todo trabajo técnico mental parecía cosa de moro o de judío [...] Al español le urgía hacerse valer, y por eso adquirieron tal intensidad las expresiones de estima o la desestima pública —la opinión, mi opinión...”¹⁹⁶

De esta manera, tenemos que el español, orgulloso de ser cristiano viejo y presumir su linaje limpio, ya no podía trabajar en labores manuales —como antaño sus ascendientes, a quienes debe un linaje heroico por ayudar a expulsar a los moros y judíos— ni tampoco en la labor de letras (propia de los moros) y mucho menos en algún negocio (pues se exponía a que se le acusase de judío). Por tanto, quedaron en un quietismo abrumador que, a la larga, fue su ruina: los nobles venidos a menos. Ellos mismos se sabotearon. Así lo corrobora Castro Leal: “toda ocupación intelectual implicaba graves peligros para la conciencia del español, exclusivo e imperante, que se fortalecía y agrandaba dentro de sí a medida que se extinguían

¹⁹² Américo Castro. *De la edad conflictiva*. Madrid, Taurus, 1976, p.23.

¹⁹³ *Ibidem*, p.28.

¹⁹⁴ Esta demostración de sangre limpia se justificaba en la Biblia: “Cristo tuvo que demostrar su limpieza de sangre en cuanto a su parte de humanidad” Cf. Américo Castro, *op. cit.*, p.74..

¹⁹⁵ Por ser hijos de campesinos y labradores no tenían acceso a la educación básica; no sabían leer ni escribir y desconocían casi por completo los temas elementales de ciencias, aritmética, etc. La cual no necesitaban pues en un mundo estamental ellos sólo cumplían con su función guerrera.

¹⁹⁶ Américo Castro, *op. cit.*, p.68.

las tenues luces de ciencia que había comenzado a iluminar el ambiente español a lo largo del siglo XVI.”¹⁹⁷

Sus padres le habían heredado sangre cristiana, aunque eso bastaba para mantener su honra —los demás los tenían en buen concepto— no lo era para subsistir. Si bien muchos de ellos vivían de las rentas de sus tierras, esa fuente de vida mermó hasta agotarse por completo, lo que devino en los nobles venidos a menos. Orgullosos de su linaje noble, pero sin un centavo en la bolsa. Así pues —concluye Américo Castro— “el honor acabó por centrarse en la intangible pureza de la ascendencia y en la hombría de la persona, no en acumular riquezas o en dedicarse a cultivar la mente, o a hacer cosas útiles para la comunidad.”¹⁹⁸ En este contexto, es más comprensible la crítica de Larra. Este “honor” es el que ataca ferozmente puesto que, a más de tres siglos, sigue vigente la idea de linaje (“El Castellano viejo”) y del honor (“Empeños y desempeños”, “El duelo”).

En “Empeños y desempeños” se nos cuenta la historia del sobrino que visita al tío (narrador) para pedirle dinero con el cual desempeñará un accesorio de un reloj, que por cierto no es suyo, para quedar en buenos términos con el verdadero dueño, quien se lo había confiado para que lo mandara a limpiar. El diálogo entre el sobrino y el tío transcurre así:

—El marqués de *** acababa de llegar de París; quería madarla a limpiar [la repetición del reloj] y no conociendo a ningún relojero en Madrid le prometí enviársela al mío.

—Sigue.

—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenía yo aquel día un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos a Charnatín a pasar un día; era imposible ir en su coche, es demasiado conocido...

—Adelante.

—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... A la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero; además que andan las ocasiones por las nubes.

—Sigue.

—Empeñé la repetición de mi amigo.

—¡Por tu honor!

—Cierto.

—¡Bien entendido! ¿Y ahora? ¹⁹⁹

¹⁹⁷ *Ibidem*, p.72.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p.87.

¹⁹⁹ “Empeños y desempeños”, p. 284

Aquí está, en resumidas cuentas, la crítica que Larra hace al concepto del honor, más específicamente, al mal concepto que de él se tiene, al honor mal entendido. El honor como lo entiende este sobrino —de nueva cuenta personaje genérico, pues éste representa el prototípico joven español de clase media española, en quien nuestro autor coloca su sátira mordaz— es demostrar capacidad económica para alquilar un carruaje, disponer de la comida y luego ir por el café; para este joven, ésta es una cuestión de honor. Como vemos, se deja completamente de lado la cuestión moral que induce a actuar rectamente; por el contrario, se procede inmoralmente (empeñar algo ajeno) con tal de poder derrochar el dinero para mantener su “honor” intacto. Este joven comprende el honor como se entendía en el siglo XVII la honra, la opinión que los demás tuviesen de él. Por ello, para que continúe en buena estima debe empeñar el accesorio de su amigo. Curioso ejemplo: para seguir valiendo a los ojos de los demás hay que emplear todos los medios, incluso los peores como es el caso. Claro, como nadie —además del tío— sabe el inmoral comportamiento, poco importa actuar así.

Por fin, el tío —voz de la experiencia, recurso contrastante con la inexperiencia del joven— concluye de este diálogo que: “Era claro que la vida de mi sobrino, y su honor [sobre todo] se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos.”²⁰⁰ Aquí hay ironía, enmarcada justamente por los corchetes, que recalcan el sentido irónico de dar a entender justamente lo contrario de lo que se dice.

Una sola mención se halla en “El casarse pronto y mal,” donde se cuenta la desventura y el terrible desenlace a que puede llevar la falta de verdadera educación en los jóvenes. El sobrino del narrador se casa con una jovencita tan inexperta e ingenua como él. Al poco tiempo se percatan de la falta que hace el dinero. Sin embargo, Augusto, el sobrino, jamás aprendió oficio alguno o manera de ganarse la vida por su “ascendencia noble” esta idea, heredada de su madre, quien se esforzó por hacérselo creer al joven. Así lo corroboran estas palabras del narrador:

somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana [madre de Augusto]

²⁰⁰ *Idem*. Los paréntesis son del autor.

este apego a la nobleza, aunque no conservaba los bienes [...] mi sobrino estaba destinado a morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dichos los parientes y la nación entera?²⁰¹

De nuevo el punto de la crítica es el honor mal entendido, aunque tiene más que ver con el qué dirán: la honra. El joven comprende que es más honroso morir de hambre que trabajar en cualquier oficio, pero no es deshonroso pasarse la vida en apuestas, bebiendo en las tabernas, mientras que su mujer y su familia sufren de hambre en la casa. No obstante, la crítica no sólo se dirige a los jóvenes, sino a los padres que debieron educar e inculcar determinados conceptos en los muchachos. Aquellos tienen gran parte de la culpa al no transmitir correctamente determinados valores y, en contra parte, sí inculcar ideas anticuadas como lo son las creencias de que los nobles no deben laborar en ninguna clase de trabajo o que es más importante la apariencia que la esencia; esto es: importa más parecer hombre rico aunque no lo sea. Trescientos años y aún perviven ideas tan absurdas como la sangre limpia y las castas. Una mente ilustrada como la de nuestro autor, no puede comprenderlo.

Por último, la crítica del honor aparece en “El duelo”, artículo donde más se expone sobre el tema. La trama no es compleja: Un amigo suyo se ve inmiscuido en un triángulo amoroso cuando su esposa se ve cortejada y cede a las proposiciones de otro hombre. La única forma de enmendar el menoscabo al honor de Carlos (así se llama su amigo) es mediante un duelo. El narrador es nombrado padrino en el duelo, de allí surge su artículo. Sus reflexiones son las siguientes:

En el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está más fijada la pública opinión es el honor, quisicosa [sic] que, en el sentido que en el día le damos, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este honor de la Edad Media y de la confluencia de los godos y los árabes se ha ido comprendiendo y perfeccionando a tal grado, a la par de la civilización, que en el día no hay una sola persona que no tenga su honor a su manera: todo el mundo tiene honor.²⁰²

En primera instancia hay en este fragmento ciertos contrastes en las ideas expuestas: en pleno siglo de las luces, donde impera la razón sobre las creencias religiosas y la superstición, el honor —reitero, mal entendido— sigue teniendo una importancia tan grande

²⁰¹ “El casarse pronto y mal”, p. 303.

²⁰² “El duelo”, p. 493.

para la sociedad y para el individuo. En segunda, Larra hace un escueto recorrido histórico por el concepto, el cual considera hijo de la Edad Media y de la aportación de godos y árabes. Estas menciones, a mi juicio, tratan de aumentar el contraste entre el Siglo de la Luces y la Edad Media; hay entre ambos periodos varios siglos de diferencia; no obstante, el honor, entendido como en la Edad Media, sigue vigente —¡y de qué modo!— en la época que escribe Larra. La frase final de la cita revela más: “cada uno tiene su honor”, esto quiere decir que hay tantos tipos de honor y, por ende, tantos conceptos como personas, lo que lleva justamente a una paradoja, a desviarse del “verdadero” concepto. Sobre esto Pete Ballart expresa: “El ironista es siempre, a mi juicio, un amante de la paradoja y de la analogía, de buscar relaciones tan inéditas entre las cosas que demuestren que el mundo es tan vario y mudable, como los mismos individuos que lo interpretan.”²⁰³. De tal manera, Larra halla una relación paradójica de los hombres con el honor que, a su vez, tiene una relación temporal con la Edad Media.

Más adelante Larra afirma: “Mientras el honor siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinión pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinión pública, el duelo será consecuencia forzosa de esta contradicción social.”²⁰⁴ La claridad de esta aseveración me sorprende; en ella se mezclan tres conceptos básicos: el honor, la opinión pública y la ley. Este triángulo conceptual debe tener cierta jerarquía que, según nuestro autor, está invertida: la ley debería estar entronizada, el honor debajo y la opinión pública al último. De esta forma habría una interacción más lógica y equitativa entre estos conceptos, lo que derivaría en una sociedad más justa, no basada en falsos valores.

Trato el orgullo junto con el honor porque son temas que comparten la misma línea. Esto es, el orgullo es un exceso de honor, pero con la diferencia de que carece de fundamentos. Uno es orgulloso cuando, sin tener motivos, se cree superior o desdeña a otro. Aunque las ocasiones en que Larra lo menciona son muy pocas, no quería dejar de destacar la manera en que lo aborda, lo cual se relaciona mucho con el honor.

²⁰³Pere Ballart, *op. cit.*, p. 414.

²⁰⁴ “El duelo” p, 494.

Desde el medievo, los códigos de honor se ampliaron, con lo cual permearon otros aspectos de la vida. María Victoria Martínez declara al respecto: “[el honor] fue complejizándose la trama de relaciones sustentadoras del tejido social, el concepto de honor llegó, gradualmente, a implicar otros discursos sociales: política, religión, “pureza de sangre”, moral, fidelidad conyugal, identidad.”²⁰⁵ La existencia de esta “sangre pura” se remonta, según María Victoria Martínez a varios siglos atrás, aproximadamente el siglo VIII ²⁰⁶ante la resistencia de los pueblos ibéricos contra los musulmanes. Sin embargo, al perder la nobleza su función guerrera (recordemos que los hidalgos eran baja nobleza), los códigos de honor comenzaron a modificarse; por ejemplo, el ámbito económico, con lo que se entendía que no hay nobleza sin dinero y viceversa. Tal concepción es el origen de la importancia de tener criados, pues revelaban la capacidad de poder mantener subordinados. Díaz Plaja comenta que el tener subordinados, es básico en el ideario español:

Una marcadísima escala social provee a cada uno con un inferior, al que hacer sentir la propia autoridad y ante el que sentirse jefe. Del mayordomo al mozo de limpieza, del cocinero al pinche, del general al soldado, hay siempre alguien a quien ordenar con la misma voz de ronco mando que ha oído antes en sus propios oídos, alguien en quien satisfacer esa ansia de poder que todos llevamos dentro. El más modesto empleado ve literalmente a sus pies al limpiabotas, y esos muchachos que se arrodillan a dar lustre al zapato tienen siempre la benevolente simpatía del cliente [...] la existencia del mendigo, alguien a quien dar, es esencial para la seguridad interna del español.²⁰⁷

Para el siglo XVII se valoraron la educación y la cultura como medio de ascenso social. Sin embargo, la identidad, es decir, el saberse heredero de una larga tradición de defensores de la justicia y la religión verdadera, alentó el sentido del linaje. “En el trasfondo de este ideario alentaba un profundo sentido del linaje, pues vivir y morir como hidalgo caballero mantenía y acrecentaba el prestigio social y la buena memoria de la familia.”²⁰⁸

Lo anterior aumentó el sentimiento de orgullo, de ser conscientes de que heredaron un pasado ilustre. Esa excesiva valía por uno mismo que, en este caso, venía de antaño, pues

²⁰⁵ María Victoria Martínez, *op. cit.*, p. 2.

²⁰⁶ *Ibidem*. Hay que matizar esta afirmación, puesto que yo contemplo el problema del honor hispánico a partir del siglo XV, quise citar a esta autora para ejemplificar las grandes discusiones al respecto.

²⁰⁷ Fernando Díaz Plaja, *op. cit.*, p.24.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 3.

estos herederos no habían hecho el menor mérito para obtenerlo, es el origen de la nobleza de la sangre. Quevedo criticó estas concepciones del orgullo y la sangre: “Tres cosas son las que os hacen ridículos a los hombres: la primera, la nobleza; la segunda, la honra; y la tercera la valentía [...] Quieren (ved qué ciegos) que les valga a ellos, viciosos, la virtud ajena de trescientos mil años ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia.”²⁰⁹ Por su parte, Larra trata el tema casi de inmediato, en “Empeños y desempeños” hablando sobre su sobrino, nos dice: “Se me olvidaba: no hablemos de su pundonor, porque éste es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia...”²¹⁰ Aunque directamente no habla de orgullo, entiendo que la palabra pundonor (aquel estado en que, según las varias opiniones de los hombres, consiste la honra o crédito de alguno. Dixose de Punto y Honor.²¹¹) está muy ligado al concepto de honra, pero también al de orgullo. El orgullo es una excesiva valía por uno mismo; es decir, la exageración del honor y del pundonor; claro que está bien mantener la dignidad y la valía de uno. Sin embargo, el orgullo es una exageración —que, generalmente, no tiene fundamentos lógicos— en la concepción de uno mismo. Como vemos, cualquier motivo es bueno para defender su “honor”, y no importa cuál sea el medio (así sea matar a un amigo en un duelo) con tal de mantener el honor intacto. Aquí está la paradoja ¿la forma de mantener el honor es matar a alguien o de lo contrario nuestro honor es el que muere? Larra cuestiona este proceder:

En los tiempos antiguos, tiempos de confusión y de barbarie, el que faltando a otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias o su atrevimiento, se infamaba a sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja o mal intencionada le falta a usted, usted es el infamado. ¿Le dan a usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia a usted, no al que le dio. ¿Le falta usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban a usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es hombre decente y caballero. Usted se quedó a pie, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos los de la Ilustración!²¹²

²⁰⁹ Francisco de Quevedo, *op. cit.*, p. 217.

²¹⁰ “Empeños y desempeños”, p. 282.

²¹¹ Diccionario de Autoridades [En línea] <http://web.frl.es/DA.html> consultado el 18 de febrero del 2017 a las 11:37 a.m.

²¹² “El duelo”, p.492.

Estos razonamientos, de nueva cuenta, me parecen excepcionales, muy adelantados a la España del siglo XIX; el breve seguimiento que hace de la evolución del honor y de la deshonra es notable. Resulta sumamente esclarecedor e inquietante, pues suscita una reflexión en el lector para que repiense el concepto de honor. El crítico tiene razón, ¿en qué momento ocurrió el paso de que el injuriado termina sin honor y no al revés? Lo cual queda claro si comprendemos que la honra tiene que ver con el concepto que tienen de nosotros; es decir, es un valor individual pero recae en una colectividad.²¹³ Hay además, una clara alusión de ligar el honor con el dinero: al robarle a una persona queda *ispo facto* deshonrada. Se entiende, por tanto, que una manera de tener honor es tener dinero aunque sea robado. Larra realiza una crítica velada al honor adquirido por el poder económico. El honor ha pasado de ser un valor ganado por las obras que alguien ha realizado en favor de la comunidad a un simple artículo con que cualquiera con el poder adquisitivo puede ostentarlo.

En este artículo, obviamente, hay un duelo. El autor nos plantea lo absurdo del duelo mediante un relato en que una mujer faltó a su marido, amigo del autor, y al verse deshonrado puesto que el honor del hombre recae siempre en la mujer. Se concluye que Carlos, el marido engañado, había muerto pero su honor seguía en pie, ¡Vaya paradoja y estupidez! Vale más tener honor que vida.

Volviendo a “Empeños y desempeños”, escuchemos al sobrino hablando sobre su propio honor. La primera opinión al respecto del honor está dicha por el tío (analizada anteriormente); ahora la del sobrino —usando la técnica de opuestos— contrasta con la suya. Para el sobrino, su honor tiene que ver más con la opinión que tuviera la dama sobre él acerca de su estatus económico [esto también sería honra, pues depende de lo que piensen demás]; pagar un carro, disponer una casa y una comida en el campo. Esto es para él cuestión de honor. Pero considero que esto tiene más que ver, justamente, con el orgullo, con su exagerada concepción de sí mismo como personaje rico y bien acomodado. Probablemente, así se entendía por la juventud el honor en el tiempo en que Larra escribió el artículo. El tío siguiendo el juego, ironiza sobre su honor, *sobre todo* —nos dice— estaba en juego. Larra “nos hace llegar la historia y los comentarios que ésta le merece como verdaderos que no hay

²¹³ Lo cual se entiende perfectamente con las aseveraciones de Menéndez Pidal. Véase p. 83, cita 189.

razón para que sean cuestionados.”²¹⁴ Sobre el proceso de lectura de este tipo de ironía, nos dice: “las ironías poseen un solo sentido válido, reverso del literal [y] solamente cabe leerla dándole un sentido opuesto, ello es prueba de que nos hallamos ante una modalidad concreta de fijeza literaria.”²¹⁵ Aquí sólo se necesita un poco de contexto (solamente el del artículo) para saber que es un sentido opuesto al expresado. Por si esto no bastara, las cursivas no dejan lugar a dudas.

3.2.5 RELIGIÓN

El tema de la religión en la obra de Mariano José de Larra expone, al menos, dos aristas contrarias; es decir, Larra presenta las dos caras de una misma moneda. Esto resulta muy curioso puesto que, dentro de la multifacética obra del autor, sus ideas son tan diversas que llegan a ser contrarias. Ello podría deberse a que a Larra no le molestaba tanto la religión o las creencias en sí mismas; más bien le molestaban las malas interpretaciones entorno a la religión, así como su preponderancia en la vida cotidiana. Las normas religiosas —que en principio eran estrictas y seguidas al pie de la letra— se fueron tomando cada vez más a la ligera por los creyentes, de modo que concluyeron por ser permisivas y muy laxas. En este particular Díaz Plaja comenta que cada español parece adaptar la religión a la medida de cada uno.²¹⁶ Susan Kirkpatrick, hablando sobre la relación entre Larra y la religión, explica:

Sus concepciones sobre la religión no fueron expresadas de forma directa hasta el último año de su existencia, pero, ciertamente, reflejan también los valores del siglo XVIII. Pese a que no era ateo, como muchas figuras de la Ilustración francesa, de su afinidad con las actitudes burguesas y racionales podría extraerse que, en su perspectiva, la relación con la deidad era más un dogma que controlase su vida pública e intelectual.²¹⁷

²¹⁴Pere Ballart, *op. cit.*, p. 175.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 177-178.

²¹⁶ Cf. Díaz Plaja, *op. cit.*, p. 46.

²¹⁷ Susan Kirkpatrick en *Historia y crítica de la literatura español* tomo V, p.121.

Esto que comenta Kirkpatrick (dogma que controla) es a lo que me refiero con la estrecha relación que guardan la sociedad y la religión. La primera vez que habla, someramente, sobre este particular es en “Empeños y desempeños” cuando nos refiere las características del sobrino, de quien apunta: “por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanos y en mozas, en amigos y rufianes.”²¹⁸ La crítica es muy clara. La perífrasis verbal “quiere pasar” nos revela su intención: sólo aparentar ser hombre de luces; no reflexiona en las ideas de la Iglesia ni la religión, simplemente las desecha porque quiere ser reconocido como un hombre de intelecto, culto, moderno, de luces. El problema aquí es que lo que caracteriza al hombre ilustrado, entre otras muchas cosas, es su capacidad de pensamiento crítico, lo que el sobrino precisamente deja de lado para dar paso —simplemente y sin reparos— a no creer en Dios, lo cual conduce a la segunda observación del narrador, que es consecuencia de esta educación a medias: creer en chalanos, mozas, amigos y rufianes. Así, el no creer en Dios, lo que ciertamente es una decisión infundada, lo exonera de ser hombre “común”, le confiere una determinada posición “intelectual”. No obstante, el confiar en personas como mozas y rufianes lo colocan dentro del pueblo inculto, caer en la corriente popular del pensamiento español promedio.

La siguiente aparición del tema ocurre en “El casarse pronto y mal” cuando habla sobre las ideas modernas de su hermana, de quien, a su regreso a España, afirma:

Mi hermana adoptó las ideas del siglo: pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca supo detenerse en el punto medio [...] se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía.[...] Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y que sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la Ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno.”²¹⁹

A primera vista, las ideas de su hermana parecen muy modernas, propias de su convivencia con el entorno francés; sin embargo, el final del artículo demuestra todo lo

²¹⁸ “Empeños y desempeños” p. 282.

²¹⁹ “El casarse pronto y mal”, pp.301-302.

contrario. Parece una contradicción dentro del propio esquema que Larra había configurado: crítica mordaz a todo lo que impide el avance y la educación; la narración de alguna anécdota donde queden en evidencia las fatales repercusiones de los vicios que criticaba: de la pereza, el desinterés, la ignorancia, etc. De tal modo, la carta previa al suicidio del sobrino revela mucho: “Dentro de media hora no existiré; cuidado de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos...Que aprendan en el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora.”²²⁰

Aquí hay una especie de condescendencia, ya que si no pueden tener un país moderno y educado, al menos que tenga una religión consoladora. Esta opinión es sumamente interesante. Nuestro joven autor, quien cifraba grandes esperanzas de progreso en sus connacionales, va dejando entrever en sus artículos el avance de la desesperanza que tenía en su país y en sí mismo. Aunque este texto es relativamente temprano —tenía apenas cuatro años publicando— ya podemos vislumbrar su visión fatalista —tanto— que por ello le concede cierta aceptación a una religión consoladora. En general, creo que a Larra no le molestaba tanto las creencias religiosas sino más bien el no reflexionar por qué se tenían. Además de su seguro cuestionamiento a la inmensa repercusión de la Iglesia en la sociedad española.

Finalmente, habla de la religión en “Un reo de muerte” donde —relatándonos el suplicio del condenado— escribe: “el desgraciado es trasladado a la capilla, en donde la religión se apodera como de una presa ya segura [...] gran consuelo debe ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, o, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno.”²²¹ La ironía está presente.

La primera idea ofrece curiosos matices: la palabra presa juega con el campo semántico del preso. La similitud del creyente con el de una presa y el templo (aunque pudiera entenderse como la religión en general) como una trampa para animales que se apoderará de él. Esta imagen podría ser una metáfora cabal del pensamiento de nuestro autor sobre la religión con las excepciones mencionadas. Sin embargo, el párrafo con que concluyo la cita

²²⁰ *Ibidem*, p. 308.

²²¹ “Un reo de muerte”, p. 478.

apoya mi tesis sobre cierto grado de aceptación, de condescendencia; aprovecha, además, para criticar a la sociedad que ha decidido prescindir de un hombre. ¡Interesante juego de palabras y semántico! Es un consuelo creer en un Dios cuando uno ya no puede creer en los hombres, o mejor dicho, cuando ellos han dejado de creer en uno. Lo mismo le sucede a Larra —quien ha dejado de creer en el avance de su nación—: la resolución presenta una relación directa: la sociedad no cree ya en el reo; el reo, por tanto, ya no puede creer en su sociedad. La ironía es feroz al mencionar que la única opción del condenado es creer en un Dios, pues no se puede ya creer en nada ni nadie más. Macías culpa de este proceder a la religión:

la falta de valor civil que aquí como universal carácter, ya individual, ya colectivo, se advierte en todos los espíritus [españoles] ¡Horrible herencia sin duda de cuatro siglos de absolutismo teocrático, el más destructor de todos los absolutismos, como que tiende a matar la raíz misma de la personalidad humana! ¡El pueblo más despreciador de la vida en el mundo, más feroz, más sobrio y más austero, convertido también en el más pusilánime, cobarde e indeciso [...] para reformarse, para cometer empresas salvadoras de reorganización, trabajo y salud social!²²²

Larra dejará de existir como único medio para librarse de la desesperanza de no ver avanzar a su sociedad, ha perdido toda esperanza de poder ayudarla a mejorar. Su suicidio, como afirmó Amell, es el desenlace esperado para este ser contrario en el mundo.

²²²R. Macías Picavea, *op. cit.*, p. 153.

CONCLUSIONES

Mariano José de Larra incursionó en diversos géneros literarios: poesía, en sus inicios; teatro y artículos costumbristas en su época más prolífica, y crítica literaria en su última etapa. Sin embargo, es en los artículos de crítica costumbrista donde pudo tener mejor cabida su voz, pero sobre todo su pensamiento de ilustrado.

En este género utilizó de manera notable los recursos retóricos y estilísticos para crear textos de crítica, en ocasiones mordaz, y en otras, sutil, pues la ironía le permitía —hasta cierto punto— disimularla. Larra veía lo que para la gran mayoría de personas parecía invisible; ponía siempre en tela de juicio costumbres y comportamientos que sus coterráneos veían con completa normalidad. Procuró hacer conscientes a sus lectores, ya mediante la crítica directa y desenfadada, ya mediante la sutil e irónica.

Es evidente en la obra de nuestro autor la relación que guarda la literatura y la sociedad. Él observaba esa estrecha relación entre una y otra, y se creía que era posible mejorar la vida de sus compatriotas escribiendo artículos geniales y divertidos, pero, sobre todo, útiles. Así “mataba dos pájaros de un tiro”, puesto que la literatura se inspira en la sociedad en que se crea y ésta, a su vez, se nutre de la sociedad. Larra siempre fue consciente de esta relación: cuando la censura impedía todo tipo de crítica al gobierno (durante la Década Ominosa, por ejemplo), los hombres debían callar al igual que los periódicos. No es casualidad que su mejor periódico se titulara *El pobrecito hablador*.

Larra es un satírico irónico; es decir, en él se mezclan ambos conceptos pues su objetivo, tras contarnos una historia verosímil, es el afán educador mediante una moraleja. Esto ocurre en, al menos, cuatro de los siete artículos estudiados. En “El casarse pronto y mal”, “El castellano viejo”, “Vuelva usted mañana” y “El duelo”, en todos estos se critica —

a veces directamente, otras más velada— un defecto muy preciso. De este modo, la ironía abarca todos los rubros criticados en cada artículo (la falta de educación, la pereza, lo nocivo de ciertas costumbres, etc.) Sin embargo, creo que el objetivo ulterior es mantener atento y divertido al lector mientras le “reprende” (enseñar deleitando). Creo que desde muy joven, el autor se percató de que su peculiar sentido del humor podía servirle para transmitir de una manera más eficiente sus pensamientos a los españoles.

No obstante, hay ocasiones donde el uso de la ironía es empleado como fin, no como medio: seis veces ocurre esto. Mientras que generalmente emplea la ironía como recurso para satirizar, en estos seis ejemplos su único objetivo *es la burla soez*, que muy difícilmente podría encaminarse a una reflexión moral. También se vale de otros recursos retóricos: por ejemplo, en tres ocasiones utiliza la hiperbolización. Hay también tres ocasiones donde se juega con el sentido o significado de una frase o de una palabra. Además de metáforas, paranomasia, caricatura y *acomulatio*, usadas no más de dos veces con el fin de burlarse.

Considero que un autor tan rico en matices, perspectivas y temas debe ser estudiado más a profundidad, pues de no hacerlo perdemos de vista la mayor parte de su pensamiento —que es tan variado— tan interesante y lleno de su sólida prosa. Las dos maneras en que nuestro autor utilizó la crítica (la directa y la más o menos velada) persiguen el mismo objetivo: evidenciar los defectos de los españoles, puesto que para corregir cualquier defecto, es preciso, ante todo, saber que está mal. Además, creía fervientemente en que la educación con bases sólidas era el único medio para progresar como individuos, y que sólo con individuos educados se puede lograr el progreso de la nación. Por ello, es necesario más pensamiento crítico y reflexivo, pues en una época como la nuestra, en una sociedad —que como la de Larra— carece de valores y está sumida en profundas crisis de todo tipo, se

requieren mentes que nos revelen lo que está mal; que muevan a la sociedad moderna y nos muestren nuestros defectos, con el único propósito de ayudarnos a corregirlos.

La realización de este trabajo me ha revelado que existen muchos aspectos en la obra periodística de Larra que merecen ser estudiados, tanto por su calidad literaria como por la vigencia que los temas que trata tienen en nuestra época. Mariano José de Larra, *El Duende*, *El pobrecito Hablador* aún tiene mucho que decirnos, mucho que enseñarnos, pero, sobre todo, mucho que cuestionarnos. Hay que prestar oído para escuchar todo eso que quiere decirnos, seguramente sus quejas nos serán de mucho provecho.

Este trabajo pretende rescatar algo más del gran escritor que fue Larra, y contribuir a que sea más conocido. Ojalá logre despertar el interés por su humor, su ironía y, en general, por su pensamiento, que tiene tanto de ilustrado como su espíritu lo tuvo de romántico.

Mayo de 2017

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *Ilustración y Neoclasicismo en letras españolas*. Madrid, Síntesis, 2005.
- AMELL, Alma. *La preocupación por España en Larra*. Madrid, Pliegos, 1990.
- ANES, Gonzalo. “Coyuntura e Ilustración” en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española. T. IV*. Barcelona, Grijalbo, 1993, pp.49-58.
- ARANGUREN, José Luis. *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española del Siglo XIX*. Madrid, Cuadernos para el diálogo S.A., 1974.
- BALLART, Pere. *Eironeia*. Barcelona, Quaderns Crema, 1994.
- BERISTÁIN, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 1998.
- BERMÚDEZ, Viviana. “La incesante disconformidad: Mariano José de Larra” [En línea] <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero42/inlarra.html> , 2009.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (coord.), *Historia social de la literatura española (en lengua castellana) T. II*. Madrid, Castalia, 1987.
- CORREA CALDERÓN, Evaristo. (coord.). *Costumbristas españoles*. Madrid, Aguilar, 1970.
- CANTERO GARCÍA, Víctor. “El perspectivismo como técnica narrativa en los artículos de costumbres de Larra” [En línea] <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3662466> , *Revista de Filología de la Universidad de Laguna*, núm. 29, 2011, pp. 21-36.
- CASTRO LEAL, Américo. *De la edad conflictiva*. Madrid, Taurus, 1976.
- CHAUCHADIS, Claude. “Honor y honra o cómo se comete un error en lexicología” en [En línea] http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/017/017_069.pdf , en *Criticón*, núm. 17, 1982, pp. 67-87.
- DE LA CRUZ, Miguel Ángel. “Panorama del pensamiento español en la segunda mitad del Siglo XIX” [en línea] <http://platea.pntic.mec.es/~macruz/regenta/XIX.html>
- DÍAZ LARIOS, Luis F. “Literatura y sociedad en el Romanticismo” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 215, 1996, pp. 410-419.

- DÍAZ PLAJA, Fernando. *El español y los siete pecados capitales*. Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- Diccionario de Autoridades* [En línea]
- Diccionario de la Real Academia* [En línea]
- ESCOBAR, José. “El café, germen de la sátira de Larra”, en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española, T. V*. Barcelona, Grijalbo, 1982, pp. 115-119.
- . “El pobrecito hablador y su intención satírica” [en línea]
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-pobrecito-hablador-de-larra-y-su-intencion-satrica-0/html/0070f7c2-82b2-11df-acc7-002185ce6064_6.html., sin fecha.
- . “Larra: esperanza y melancolía” [en línea]
http://www.uma.es/aula-de-mayores/navegador_de_ficheros/Apuntes_2015-2016/descargar/PRIMER%20CICLO/3%C2%BA%20CURSO/LITERATURA%20ESPA%C3%91OLA%20III:%20SIGLO%20XIX/VIDA%20DE%20LARRA.pdf , sin fecha.
- FEIJOO, Benito Jerónimo. *Teatro Crítico Universal T. I*. Madrid, Castalia, 2001.
- FLITTER Derek. *Teoría y crítica del romanticismo español*. Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1995.
- GOYTISOLO, Juan y Francisco Umbral. “Presencia de Larra”, en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española, Tomo V Romanticismo y Realismo*. Barcelona, Grijalbo, 1982, pp. 143-148.
- HUGO, Víctor. Prefacio a *Cromwell* [En línea]
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cromwell--0/html/feff3796-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm , 1827.
- HUTCHEON, Linda *et. al. De la ironía a lo grotesco (en algunos textos literarios Hispanoamericanos)*. México, UAM, 1992.
- KIRKPATRICK, Susan. *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Trad. de Marta Eguía. Madrid, Gredos, 1977.
- LARRA, Mariano José de. *Artículos costumbristas*. Edición, notas y prólogo de Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, RBA editores, 1994.
- . *Artículos varios*. Edición de Evaristo Correa Calderón, Madrid, Castalia, 2001.
- . *Artículos*. Edición, notas y prólogo de Juan Bautista Montes, Madrid, Castalia didáctica, 1990.
- LLORENS, Vicente. “El escritor en la época romántica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. CX., 1977, pp. 513- 528.
- . *El romanticismo español*. Madrid, Castalia, 1980.

- LORENZO RIVERO, Luis. *Larra: lengua y estilo*. Madrid, Playor, 1977.
- MACHADO, Antonio. *Juan de Mairena II*. Buenos Aires, Losada, 1957.
- MACÍAS PICAWEA, R. *El problema nacional*. Madrid, Fundación Banco Exterior, 1991.
- MARTÍNEZ, María Victoria. “A vueltas con la honra y el honor. Evolución en la concepción de la honra y el honor en las sociedades castellanas desde el medioevo hasta el Siglo XVII”, [En línea] <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol8-9/pdf/A%20vueltas%20con%20la%20honra%20y%20el%20honor.pdf> , 2008, pp. 1-10.
- MARTÍNEZ RUÍZ, José Augusto. *Rivas y Larra*. Madrid, Espasa- Calpe, 1973.
- NAVAS RUÍZ, Ricardo. “El modo irónico y la literatura romántica española” [En línea] <http://www.biblioteca.org.ar/libros/88675.pdf> , Universidad de Massachusetts, 1996.
- PALACIO, Vicente. *Nosotros los españoles: una breve historia de España*. Barcelona, Planeta, 1991.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. *Las épocas de la literatura española*. Barcelona, Ariel, 1997.
- PEERS, E. Allison. *Historia del movimiento romántico en España*. Gredos, Madrid, 1954.
- QUEVEDO, Francisco de. *El buscón*. Edición de J. M. Blecua. Madrid, Castalia, 1994.
- QUEVEDO, Francisco de. *Sueños y discursos*. Edición de James O. Crosby. Madrid, Castalia, 1993.
- RICO, Francisco. “Larra y Espronceda” en *Historia y crítica de la literatura española. t. V Romanticismo y Realismo*. Barcelona, Grijalbo, 1993, pp. 98-109.
- SARRAILH, Jean. “Fe en la cultura y frutos de la Ilustración” en *Historia y crítica de la literatura española, T. IV*. Barcelona, Grijalbo, 1983, pp. 59-69.
- SAAVEDRA, Ángel. *El Moro Expósito*. Prólogo de Antonio Alcalá Galiano [En línea] http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/prologo-a-angel-de-saavedra-duque-derivadas-el-moro-exposito-o-cordoba-y-burgos-en-el-siglo-xi--0/html/013e3138-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html , 1834.
- SÁNCHEZ, Elizabeth. *Ironía socrática: incertidumbre y sabiduría*. Madrid, Plaza y Valdés, 2012.

SCHWARTZ LERNER, Lía. *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*. Madrid, Taurus, 1984.

VARELA, José Luis. “Quevedo en Larra” [En línea]

https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/5136/1/RHM_02_12.pdf , Universidad Complutense, sin fecha, pp. 319-226.

—————. “Sobre el estilo de Larra”, en Francisco Rico (coord.) *Historia y crítica de la literatura española. T. V. Romanticismo y Realismo*. Barcelona, Grijalbo, 1982, pp.124-130.

VÉLEZ DE GUEVARA, Luis. *El diablo cojuelo*. Edición de Enrique Rodríguez Cepeda. México, Rei, 1990.